



## AMOR VENDADO.

NARRACION, POR SALVATORE FARINA.

VERSION DE MARÍA DE LA PEÑA.

(Continuacion.)

XI.

CREPÚSCULO Y NOCHE.



¿Qué decían aquellas lágrimas? ¿Qué decía aquel sollozo? ¿Qué dijo aquel estremecimiento de las manos juntas? Y el latido acelerado de dos corazones aproximados por la desventura, ¿qué dijo?

Un momento estuvieron como escuchando á la vez: despues Leonardo y Ernesta adquirieron cierta serena gravedad, y por fin ella se levantó mostrando el semblante animado con nueva belleza.

El pobre ciego no intentó detenerla; pero pareció reconcentrarse como para oír mejor el roce del vestido y el paso ligero, y cuando advirtió que aquel roce y aquel paso se aproximaban á la puerta, suspiró. Entónces Ernesta se detuvo en el umbral, dudó un instante y volvió al centro de la estancia. Poco despues, acercándose al quicio de la puerta, llamó á Olimpia, á quien dió órdenes en voz baja: la camarera tornó casi al instante con una bata; la señora se quitó silenciosamente el empolvado vestido de viaje, y se la puso.

Leonardo había seguido con atento oído todos aquellos movimientos. Cuando su mujer llegó otra vez á sentarse junto á él, dudó, y por fin rompió el silencio repitiendo con voz débil:

—¡Ernesta!

La pobre mujer se estremeció, como si hubiese oído la voz de un muerto, y venciéndose y mirando á su marido con expresion de profunda piedad, balbuceó:

—Leonardo, ¿qué quieres?

—Nada, repuso el enfermo inclinando la cabeza, nada. Quería oír tu voz. Ahora estoy contento.—Y calló.

Mal sabía Ernesta vencer cierta repugnancia; sin embargo, lo intentaba mirando el pálido semblante del ciego, su frente fruncida por vez primera bajo el peso de una idea, sus labios sonrientes entónces sin fatuidad, su alto cuerpo abatido, verdadera imágen de la indolencia. Obligado entónces á una inmovilidad desacostumbrada, Ernesta comprendió toda la intensidad de su desdicha, y dijo para sí que el dolor borra toda culpa.

Ella se había impuesto el deber de consolarle; á ella, pues, tocaba borrar el pasado, muro que cerraba el paso á la caridad; pero no encontraba ninguna frase que sin demostrarlo dijese: *Leonardo, pongamos amistad donde nunca hubo amor.*

—¡Ernesta! repitió poco despues el ciego.

—Estoy aquí... á tu lado...

—Lo sé, me ha parecido sentir tus miradas fijas sobre mí... y áun ahora las siento... ¿no es cierto quizá?

—Es cierto.

—Te fastidiarás, soy un compañero tan melancólico...! y luégo debo estar muy mal con esta venda en los ojos.

Y sonreía.

—¿Por qué no me hablas? preguntó variando el tono de la voz.

—Creí que dormías.

—No dormía, meditaba... ¿no sabes? ya no soy el hombre frívolo de antaño... paréceme estar solo, en un mundo despo- blado y oscuro, de tiempo inmóvil, como la eternidad; y si quiero que camine el tiempo, y si algo he de ver en torno mio, preciso es que medite...

En aquel instante se oyó sonar el reloj. Leonardo enmudeció y estuvo atento contando las horas en voz baja.

—¡Las siete!... ¿No es cierto? Justo; ¡las siete!... Es preciso abrir la ventana; esta es la hora... el sol se ha marchado; no hay peligro que la luz demasiado viva me perjudique.

Y por si Ernesta dudaba no sabiendo si complacerle ó no, el ciego añadió:

—Me lo ha concedido Agenor, que es muy escrupuloso: él ha querido las ventanas cerradas y la venda negra y triste... todo para impedir á un ciego que vea la luz...

Ernesta se acercó en silencio á la ventana y abrió.

—Tambien las vidrieras... dijo Leonardo.

Y cuando sintió alentar sobre el rostro la brisa de la noche, intentó levantarse; pero Ernesta corrió hácia él y lo sostuvo.

—Gracias, dijo con melancólico acento; tambien tú pareces asustada como Agenor; estoy fuerte, la ventana está ahí, puedo andar solo... mira... mira...

Ernesta intentó disuadirlo; pero viendo que no lo conseguia, tomó el brazo derecho de su marido, lo puso sobre su hombro, y conduciéndole por la mano izquierda lo llevó hasta el alfeizar de la ventana exclamando:

—Vé un momento solo.

La ventana, como las otras, caia al jardin. Leonardo guardó silencio algunos instantes; despues dijo:

—Hé ahí el viento; me parece verlo arrastrarse por el suelo, curvando las flores y los arbustos, al pié del viejo castaño que responde á sus inclinaciones con cortés dignidad. ¿No es cierto?

—Justamente, así es, repuso Ernesta enternecida.

—¿Y el ruiseñor y las golondrinas, qué hacen?

—El ruiseñor, dijo Ernesta, se mece en lo alto de un sáuce; las golondrinas interrumpen sus rápidos vuelos para detenerse sobre una rama y tomar parte en el general movimiento.

—Y al inmenso susurrar de las hojas, prosiguió el ciego, el ruiseñor y las golondrinas añaden vuelos interrumpidos, gorjeos contenidos y exclamaciones de placer.

Con las manos apoyadas en el alfeizar de la ventana, conti

nuó inmóvil, atento, sin perder una sola nota de aquel concierto. Ernesta no lo habia dejado completamente solo; tenía una mano apoyada sobre el brazo, y con levísima violencia parecia decirle: basta, basta; ¡te hará daño! Pero el ciego no lo comprendió, no la sentia siquiera, abstraído en un éxtasis melancólico que le invadia poco á poco transfigurando su semblante. Despues dijo conmovido, sin cesar de escuchar:

—¿Por qué no habré mirado nunca atentamente mi jardin? Ahora me parece verlo; ¿lo veré realmente? Guardo un confuso recuerdo; veo el castaño en medio, distingo el susurro de un sáuce que está debajo, y lo veo... el resto se borra entre la verdura... tal vez si me quitase la venda...

—No, dijo Ernesta con voz suplicante.

—¿Y por qué no? ¿No podria adquirir la vista como la he perdido? A veces, paréceme que reuniendo todas mis facultades en un solo acto visual, podria romper el velo que me oculta la luz.

Leonardo pronunció estas últimas palabras con extraño acento, mezcla de estremecimiento y de energía; apenas habia pronunciado *la luz*, cuando extraviados los ojos la buscaban y la venda caia sobre su pecho.

—¡Nada, nada, nada! repitió inclinando la cabeza; y sin oponer resistencia se dejó guiar por Ernesta, que con el corazón oprimido de pesar lo atrajo dulcemente hasta sentarlo en el sillón, y le puso de nuevo la venda sobre los ojos.

Declinaba la noche: por la entreabierta ventana penetraba con el vientecillo un rayo de pálida luz. Ernesta permanecia silenciosa, con la mirada fija en el enfermo, lleno el corazón de dulce melancolía; cuando toda luz se disipó y en el oscuro hueco de la ventana brillaron lejanas las estrellas, tiró suavemente de la campanilla. Leonardo, que parecia adormido, estuvo inmóvil; sólo cuando Ernesta se acercó preguntóla con voz doliente.

—¿Es de noche?

—Es de noche.

—¿Estamos á oscuras?

—Ahora traen luz.

El ciego oyó los pasos del criado, el picaporte de la puerta,

el sonido del velon colocado sobre el mármol de la chimenea... y continuó escuchando.

—Por qué se queda Bartolo? preguntó.

Y como tardaban en contestar, añadió:

—Es cierto; he estado levantado más que de costumbre... ¡ay si lo sabe Agenor!... Bartolo, dame la mano... atiende: sopla el viento, se apagará la luz, quiero que no se apague.

Bartolo se llegó á su amo y le ayudó á levantarse, en tanto que Ernesta salia de puntillas.

Leonardo se dejó desnudar y conducir á su cama. Cuando estuvo entre las sábanas, sacó una mano para acariciar la temblorosa cabeza del anciano servidor, y le preguntó en voz baja:

—¿Se ha marchado?

—Vuelve.

En efecto; Ernesta volvía. Había ido á dar órdenes á Olimpia y al cocinero; había tomado de nuevo las riendas de la casa.

—Bartolo, dijo ella, tú dormirás esta noche; tienes los ojos hinchados por la vigilia; yo me quedaré aquí...

—Estará incómoda, la señora...

Sobre el divan estaré muy bien, y despues de todo no tengo sueño: mañana veremos.

El viejo inclinó la cabeza y salió: de nuevo Ernesta y Leonardo quedaron solos.

—¡Qué buena eres! dijo el enfermo.

—Silencio, repuso Ernesta, tomando un acento de graciosa autoridad; es tarde, preciso es guardar silencio, reposar la cabeza, dormir.

Leonardo sonrió y estuvo callado. Una hora despues dormía, y la jóven dama, fatigada por tantas emociones, se arrojó sobre el divan y cerraba los ojos murmurando una oracion.

Era todavía de noche cuando despertó; durante el sueño, su madre había ido á verla, la había besado en la frente con un beso suave, muy suave, la había hablado del porvenir con armonioso lenguaje, y mostrándola un camino sembrado de estrellas, la había dicho al oído:—¡Adios, Ernesta!

La bella soñadora oía aún el eco de su nombre pronunciado

por una voz ténue como un suspiro, y á la débil luz de la lamparilla buscó en derredor aquella cariñosa vision.

—¡Ernesta! repitió una voz ténue como un suspiro.

—¡Leonardo! exclamó Ernesta, y de un salto llegó á la cabecera.

—¿Tal vez te he despertado? preguntó el ciego: te llamaba bajito, bajito para no despertarte.

—No dormia: ¿qué quieres?

—¿Es el alba?

—Todavía no.

—¡Todavía no! repitió Leonardo suspirando: he dormido mucho: sin embargo, hace rato que estoy despierto. ¡Qué larga es la noche!

—Es preciso dormir.

—Es cierto, preciso es dormir; durante el sueño me parece que no estoy ciego; veo caras buenas y risueñas, blancas como la nieve, con ojos más brillantes que las estrellas; veo campiñas de verde esmeralda, aguas de zafiro y un cielo que parece luciente oro, y veo el sol que me hiere y me envuelve en sus rayos, y no me abate y no logra hacerme bajar los párpados.

—¡Pobre Leonardo! ¿lo ves? Es preciso dormir.

—¡Pobre Leonardo! repitió el ciego. Poco despues añadió: ¿Falta mucho para el alba?

—Tres horas.

—Preciso es dormir.

Él reposó sobre las alhomadas; ella volvió lentamente al divan.

Aquel fué el primer momento en que Ernesta se sintió dueña de su pensamiento; hasta entónces habia obrado como cediendo á una inspiracion; hábale dicho una voz: «Tu puesto está á la cabecera de Leonardo que sufre.» Y ella habia corrido á Milan, habíase fortalecido contra la tiranía de amargos recuerdos, y habia comenzado su piadoso oficio.

Luégo, al austero sentimiento del deber, habia sucedido una piedad infinita; habia llorado, habia temblado, habia sentido unirse á la fuerza de la conciencia una atraccion invencible.

Y entónces sola, en el profundo silencio de la noche, á la

pobre luz de la lamparilla amenazando extinguirse, meditaba preguntándose á sí misma cuál era el estado de su alma.

Estaba contenta, casi alegre, á pesar de la melancolía del lugar y de la hora, no obstante la soledad de aquella tenebrosa estancia, ante un hombre dormido, pálido, infeliz... Estaba contenta, casi alegre. Le invadian el pensamiento relámpagos de luz, palpitaban en su corazon torrentes de ternura; no más vacío sin contornos, anhelo sin fin, vida sin ley; tenía ahora una mira ante sí, una mision santa; y aunque apareciese melancólico, tenía un porvenir. La idea de pasar la vida junto á un ciego, de aliviarle las horas de fastidio, de ser para él la luz, de ser el mundo para él, de vivir para animar cada dia una sonrisa sobre sus labios, no le parecia ya superior á sus fuerzas femeniles; el sacrificio se engalanaba tornándose en fiesta.

Despues de pedir en vano á la naturaleza algo que llenase su corazon y su mente hasta el punto de resistir al mundo, á los hombres, á la culpa, encontraba dentro de sí el consuelo buscado, oia vocear en su corazon las palabras mil veces pedidas en vano. Estaba orgullosa, vana de sí misma, pero con una vanidad candorosa, con un orgullo santo.

—¡Ernesta! murmuró la voz del ciego.

—¡Leonardo!

—¿Es el alba?

—Todavía no.

A un prolongado suspiro sucedió nuevo silencio medido por los acompasados golpes del reloj. Ernesta cerró los ojos, pero no para dormir: miraba dentro de sí escudriñando el fondo de su corazon; estaba contenta, casi alegre.

Y cuando despues de larga meditacion abrió los ojos y los giró por la estancia, no vió en torno suyo más que tinieblas y allá en el fondo lejano, en la sombra que no tiene distancia, la espirante lamparilla de azulada luz; fijó su vista en aquella mezquina aureola sin distinguirla, hasta que, más que la oscuridad misma, un imperceptible chisporroteo anunció que la llama habia espirado.

Entónces el pensamiento se trasportó á Leonardo: imaginóse ciega tambien, buscó entre las sombras el contorno de los ob-

jetos por ella conocidos, pero en vano; y entónces pensó que como aquella oscura estancia era el mundo, que estaba condenada á no ver ya ni un rayo de luz... ¡ah! ¡pobre Leonardo!

—Ernesta, murmuró la voz del ciego.

—¿Qué quieres?

—¿Es el alba?

Antes de contestar la pobre mujer, cruzó á tientas la sala y fué á abrir la ventana.

—Amanece, repuso.

Y un rayo de pálida luz mostró á Ernesta el sereno semblante del ciego, el lecho, el divan, las flores de la tapicería, todas las misteriosas fisonomías de aquella melancólica cámara que parecían decirle: *Valor, no estás sola; nosotras estamos aquí para ensalzar la generosidad de tu alma.*

## XII.

### MONÓLOGO.

Aquella mañana el doctor se dijo un monólogo.

«Agenor mio, una mirada á la situacion estratégica: no tienes tiempo que perder; si no, te se escapa Ernesta. Ayer, sin embargo, te jactabas de vencedor que concede una tregua; hoy estás en vísperas de levantar el asedio y de batirte en retirada.

Vaya un poco de lo que te sucede: los Leonardos ciegos fueron desde tiempo antiguo el bello ideal de las Ernestas reducidas á capitular en los brazos de un doctor; pero hé aquí una mujer que parecia dispuesta á hacer una heróica escapatoria fuera del territorio conyugal, y que se detiene porque su marido no vé.

Ernesta es una mujer frívola, que piensa al contrario de todas las frívolas; pero tú no puedes ya variar la contestura de su organizacion, reempastar sus nervios: te conviene atraparla como es ó dejarla, y ¡ay! ¡es más difícil cogerla que dejarla!

Recapitula la idea, reúne tus fuerzas, decide.



La situación todavía es buena, pero amenaza volverse muy mala; lo que hoy es escrúpulo, mañana puede ser afecto: deja hacer á la compasión, y tu bello asedio será nulo; y si luégo estrecha alianza con su marido, lo que has logrado, has logrado...

¿Y qué has logrado?

Haz bien las cuentas; total, cero.

Has sido demasiado generoso, doctor Agenor. Un hombre de tu porte, grande, gordo, guapo, con una cabeza expresiva... quita allá, es una vergüenza; el mismo espejo te escarnece... Al punto que han llegado las cosas, la guerra de astucias no sirve, hay que variarla... el lazo de la corbata no está bien hecho, córrelo hácia la derecha... no tanto... así; ahora está bien... pero no imagines que esto es suficiente: en verdad que has descuidado con exceso estas bagatelas; aunque no basten, tienen importancia. Te has fiado de los atractivos de tu conversacion, de la flaqueza femenina, y tampoco esto basta: lo más y lo mejor debia conseguirlo la audacia...·Confíesalo: has sido tímido como un seminarista...

Hoy no olvides afeitarte: barba recién afeitada es media belleza. Dos golpes de navaja dados prontamente; mas sujeta la corbata, que se ha torcido... así... ponte la levita de mañana; el sombrero echado hácia atrás: una mirada al espejo... estás listo... no te falta nada... empuña el baston de junco, trázate un programa... Hé aquí el junco: hé aquí el programa: llega á casa del amigo Leonardo á las diez de la mañana, y en cuanto veas á Ernesta la estrechas sobre tu corazon sin decir ni una palabra. El silencio es de suma importancia. El resto llegará solo. Todo estriba en abrazarla. La pierdes si no la abrazas.»

El doctor, que se habia detenido un instante á la puerta de su casa, al terminar su idea levantó el picaporte y bajó la escalera con aire enfático.



## XIII.

EN EL QUE EL DOCTOR AGENOR HACE LA GORDA.

A las nueve se anunció la visita de la piadosa Virginia Rinuci, la cual hizo su entrada dignamente en el cuarto de su prima. Ernesta le salió al encuentro, y notó que la bella prima hacia cierto mohin desacostumbrado, indicio infalible de mayor solemnidad. En efecto; era portadora de faustas noticias; nada ménos que del anuncio oficial de la visita de papá y mamá Rinuci.

La corporacion conyugal debia llegar á las doce en punto.

Ernesta logró disimular su propia conmocion por semejante acontecimiento, y se contentó con decir que los tios Rinuci causarian mucho placer á Leonardo.

Entónces fué natural que la amable primita preguntase si Leonardo estaba visible. Estaba visible; en el momento de salir del cuarto de Ernesta, Virginia se impresionó del órden excesivo que reinaba tan temprano.

—He dormido sobre un divan, dijo Ernesta.

—¿En el cuarto de Leonardo?

—Sí.

Virginia contestó al monosílabo con un apretón de manos.

Era imposible con menor número de palabras ni con mayor sosiego decir: *Muy bien, estoy contenta de tí.*

La prima no se mostró lisonjeada por esta tácita aprobacion; más bien alzando la mirada pareció invocar misericordia del cielo sobre aquella cabeza de estopa.

Al hallarse Virginia ante el ciego, su piedad enmudeció; así pasó un buen rato, hasta que preguntando Leonardo quién habia en la sala, esforzándose, logró nombrarse, y repitió el fausto anuncio de la visita de los cónyuges Rinuci: entónces miró en torno buscando argumentos, y no encontrándolos calló, rehizo el mohin, y recuperó el sosiego.

Poco despues, Leonardo dijo que deseaba levantarse de la

cama; Ernesta llamó á Bartolo para que ayudase á su amo á vestirse, é hizo ademán de salir del cuarto siguiendo á su prima; pero cuando ésta habia salido, ella volvió presurosa á la cabecera del enfermo, y le dijo en voz queda:

—¿No quieres nada de mí?

—Nada.

—Estoy en el salon: cuando llames, vendré.

—Gracias, repuso Leonardo.

Al mismo tiempo se oyó un leve grito tras de la puerta, que se abrió dando paso al doctor Agenor que estaba colorado como la grana; no saludó ni á Ernesta, y entró en ejercicio de sus funciones *ex abrupto*, pidiendo al enfermo el *pulso* y la *lengua*.

¿Qué habia ocurrido?

Hélo aquí: El doctor Agenor entraba de la antecámara llena de luz, al salon en donde se declaraba desde temprano guerra al sol: habia llegado á tientas hasta la puerta del cuarto del ciego, cuando ésta se abria apareciendo una figura femenina—¡Abrázala ó se escapa!—y él abrió los brazos para estrechar sobre su corazon á la hermosa; pero la hermosa venía de una sala más oscura, vió la accion, comprendió su propósito, y se hizo atrás gritando como asustada tórtola.

El doctor, reconocido su error, quedó un instante con los brazos abiertos á manera de crucifijo, y en su confusion terminó la escena lo ménos mal que pudo, estrechando con sobrada cordialidad las manos de la amable Virginia Rinuci.

—Perdon... buenos dias... ¿cómo está V.? dijo balbuciente empujó la puerta y se puso en salvo.

Ernesta miró un instante al doctor con maliciosa sonrisa; despues se marchó á buscar á su prima.

Durante todo el tiempo empleado por Bartolo para ayudar á vestir á su amo, Agenor parecia muy ocupado alrededor del amigo Leonardo, pero en realidad nada hacia, meditaba.

¡Habia hecho la gorda!—lo consideraba por todos lados—¡habia hecho la gorda! ¿Qué debia pensar la señorita Rinuci de aquella gimnasia principiada por un abrazo y terminada en un extraño apretón de mano? Una cosa tan sólo; la verdad. Pues si el engaño era evidente, ¿no debió él confesar pidiendo perdon? Ernesta estaba comprometida, pues; su tranquilidad

estaba en peligro, perdida la paz, la reserva del pequeño adulterio preparado con tantas penas... ¡Ah! No, no podía tranquilizarse.

Cuando Leonardo estuvo acomodado en el sillón y las dos señoras entraron en el cuarto, el doctor Agenor tenía la nariz sobre una especie de libro de memorias: temeroso de leer algo peor en los ojos de la señorita Rinuci, leía el manual médico. Por fin se arriesgó á dirigir poco á poco una mirada haciendo como que hojeaba su libro, y vió... Lo que vió, si no le dió tranquilidad, al ménos le permitió levantar la cabeza del todo; vió á Ernesta sonriente y á la amable prima que bajaba los ojos, pudibunda, hácia tierra, y se ponía colorada, ruborosa. Espectáculo de tentacion para un pintor de idilios.

—Buenas noticias, dijo entónces haciendo un esfuerzo para entrar en su gravedad doctoral; buenas noticias, la *inflamacion del bulbo* casi ha cesado, algunos dias más, y confio en que nada se opondrá á la operacion.

Virginia Rinuci, poniéndose de todos colores y mirando á Agenor lánguidamente, se arriesgó á preguntar si la catarata estaba madura.

—Madurísima, repuso el doctor procurando en vano engrosar la voz; y la operacion está *indicada*, muy indicada, en cuanto al estado cataratoso; pero la inflamacion del vulbo, esto es, la inflamacion del bulbo es *una contra-indicacion temporánea*... ¿me explico?

—Perfectamente.

—¡Oh! una vez terminada la inflamacion del bulbo, procederemos á la operacion; hablaré al doctor Q... *especialista*... célebre.

—¿No le operará V? preguntó Ernesta.

La señorita Rinuci intentaba evidentemente la misma pregunta, porque abrió la boca, la cerró de nuevo mirando primero á Ernesta y despues al doctor.

—Señoras, no, repuso Agenor modestamente; no soy para tanto: las operaciones de esta importancia requieren *especialista*; yo seré ayudante.

—Gracias, dijo Leonardo: ¿y cuándo vendrá el doctor Q.?

—Mañana.

Quedaron todos en silencio, imaginando que Leonardo queria decir algo; pero no habló más. La conversacion no prosiguió. Poco despues el doctor, tornando á su primer pensamiento, miraba al descuido á la señorita Rinuci, la cual cada vez inclinaba los ojos púdicamente. Sólo Ernesta no sonreia ya, estaba seria y miraba el melancólico rostro del ciego.

—¡Ah! exclamó el doctor despues de un rato.

—¿Qué hay? preguntó Ernesta.

—Tengo... tengo...

Tenia una idea luminosa: la manera de arreglar su torpeza. Todo se reducía á lo siguiente: decir á la amable primita que el abrazo rudimental de que habia sido víctima, llevaba otro destino, pertenecia como gaje del oficio á la camarera, á Olimpia, y que era un abrazo inocente, reo de una sola culpa, de haberse dado en el salon y no en la antesala.

—Tengo..... añadió Agenor, que casi es medio dia... y á esta hora deberia estar en.....

—Mi padre llegará al instante, objetó Virginia.

—Señorita, le dijo el doctor que se habia acercado aprovechándose de la preocupacion de Ernesta; señorita, poco há yo... es preciso que me explique...

La púdica Virginia bajó los ojos hasta el suelo.

—Hable V. á papá, dijo levantando la cabeza, y repitió más alto: El papá vendrá dentro de pocos momentos.

A las primeras palabras, el doctor dejó caer los brazos cuan largos eran y quedó sin palabra; á las últimas se estremeció, estrechó las manos del amigo Leonardo, saludó á las señoras y apeló á la fuga.

#### XIV.

##### PRIMERAS VISLUMBRES EN LA SOMBRA.

Pasaron los dias, semejantes en su mudo dolor, pero no monótonos ni angustiosos como habia imaginado Ernesta.

Bajo la infinita melancolía de aquella casa habitada por la desventura, se adivinaba entónces inalterable serenidad, una armonía callada, una especie de oculto gozo y de mil suaves sentimientos sin nombre. Los dos corazones, abiertos ántes á

las terrenas influencias, se habian cerrado á lo que no se derivase de lo alto. En las almas, ántes laceradas á porfía por la cólera, reinaba ahora la paz. A las ásperas guerrillas, sostenidas por agudo aguijon, sucedia el santo rito de la piedad bendecida por la gratitud de un infeliz. Se oia en él silencio; se respiraba en el aire la armonía que mitiga los daños de la desventura; la dulce alegría que se une á la más amarga desgracia; la palabra solemne que al descender como del cielo cuando enmudecen las voces de la tierra nos dice *¡valor!* y encuentra en su camino esta otra frase que partiendo del alma dolorida parece como que contesta: *¡Somos desgraciados: amémonos!*

El dolor engrandece, presta á las criaturas humanas algo de la divinidad. . . . .

Ernesta tenía mucho ingenio para encontrar mil recursos que alegrasen la tenebrosa soledad del pobre ciego.

—Paseemos, le dijo un dia Ernesta, te apoyarás en mi brazo, te probará andar un poco.

Leonardo aceptó agradecido, puso una mano sobre el hombro de la gentil dama, y dió una vuelta alrededor del gabinete.

—Cuando ando distraido paréceme á cada paso cruzar distancias enormes; á veces me detengo, pero no basta esto para borrar aquella impresion: el mundo oscuro continúa pasando ante mí; es una especie de paseo en el cáos.

—¿Y te disgusta?

—No, porque estoy contigo, contestaba sonriendo, y tú me prestas valor, me aseguras que bajo mis piés no hay un abismo, y que si me aconteciese perderme en el vacío, tú me detendrias. No, no me disgusta, me parece que he vuelto á la infancia, cuando cerraba los ojos sobre las rodillas de mi madre para ver el vacío que poco á poco se poblaba de confusas imágenes giratorias, hasta que yo mismo llegaba á ser un átomo de aquel cáos y giraba tambien en confusion.

—Otro tanto hacía yo, dijo Ernesta con melancólica sonrisa; algunas veces lo intento aún, pero no acierto: es un juego que sólo se acierta sobre las rodillas de una madre.

Estos breves paseos provocaban siempre una sonrisa en los

dos desgraciados; casi siempre se detenía Leonardo un rato para decir un pensamiento luminoso ó infantil, que le ocurría entónces.

—Hagamos un juego, dijo un día.

—Hagámoslo, repuso Ernesta.

—Tú me conducirás por la mano, me harás dar vueltas por las habitaciones aquí y allí procurando que me pierda: despues nos detendremos, y yo adivinaré.

—Lo recuerdo, lo llamábamos jugar al laberinto: el que no lo adivinaba pagaba prenda.

Leonardo acertó siempre, y no sólo sabía decir en qué cuarto, sino en qué punto y cercano á cuál mueble se hallaba. Ernesta redoblando los artificios, los engaños, las vueltas y revueltas, acababa por exclamar siempre: *¡Bravo!*

Acontecia con frecuencia que á estas pueriles distracciones sucedian desconsuelo profundo, tétricos pensamientos, imágenes melancólicas.

—¿ Es cierto que existen las estrellas en el azul de los cielos, y que se dibuja en las sombras la silueta de las plantas? ¿ Es cierto que á la luz del día lucen las verdes alfombras de los campos y por los reflejos del sol las rosadas y doradas nubes? ¡ Es cierto! Suelo pensar que no estoy ciego, sino que todo se ha borrado para siempre en el espacio, que los colores, los contornos, todo se ha perdido en las tinieblas eternas... Dime que ves tú las nubes de oro y el verde de los campos... dímelo, Ernesta.

—Los veo, los verás tambien tú, balbuceó la pobre mujer con cariñoso acento.

Nada repuso Leonardo; lloraba en silencio, y á la conmovida voz, llena de contenidos sollozos, que le rogaba que se tranquilizara, acabó por responder con nuevo y melancólico ímpetu:

— ¡ Oh! déjame llorar; sólo me quedan ojos para el llanto.

.....

Despues se disipaba aquella nube y reaparecia la única luz de aquella existencia: un pensamiento alegre; la única luz de aquel pálido semblante: la sonrisa.

—Debe ser gracioso verme cruzar por las salas junto á tí: ¡ qué bizarro contraste! Yo tan alto, tú chiquita! qué paran-

gon!; tú llena de viveza, de gracia y de luz; yo apagado, doliente, seco. Debe haber una turba de esos tus espíritus que se apartan hácia atrás ó se ocultan en el hueco de las ventanas para dejarme pasar. ¡Cuánto se deben burlar de mí!

Ernesta leía con mucha frecuencia, era una fiesta para el ciego, el cual indicaba los libros á su modo casi siempre por exclusion. Este no, aquél tampoco... todos los habia leído. En fin, los únicos volúmenes que no conocia eran *Los sabios*, de Montaigne; *Las confesiones*, de San Agustin; *La prosa*, de Leopardi y *Los caractéres* de La Bruyere; confundidos, no se sabe cómo, entre *El vizconde de Foublas*, *El lenguaje de las flores* y las novelas de Paul de Kock.

Ernesta leía bien, sin énfasis, pero acentuando las frases con la voz y con pausas. Tenía una vocecita penetrante, clara, dulce, que agraciaba el ajeo francés de Montaigne, y daba singular agrado á la prosa vulgarizada de San Agustin.

En medio de un período, ó de un epíteto fuerte, ó de un parangon extraño, en una de las mil anécdotas con las cuales el sencillo y profundo pensador francés engalana sus ideas, Leonardo hacia un signo para que la bella lectora callase; se detenía un poco meditando, despues la indicaba que siguiese, y pasada media hora de lectura á lo más:

—Basta, decia, no quiero que te canses... gracias.

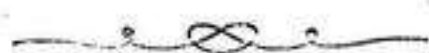
—No me canso.

—Gracias... ahora debo pensar acerca de lo que has leído...

Y meditaba; mucho tiempo despues seguía así inmóvil, apoyada la cabeza en el respaldo del sillón; con frecuencia Ernesta, creyéndolo dormido, se marchaba sobre la punta de los piés por no despertarlo, y se alejaba sonriendo... Pasaban así los dias semejantes en su mútuo dolor, pero no monótonos ni angustiosos.

Se adivinaba una serenidad inalterable, una especie de oculto gozo; sentíase en silencio, se respiraba en el aire la armonía que borra las huellas de la desventura, grata y dulce que se une á los intensos dolores.

¡Oh! ¡Sí! ¡el dolor engrandece, da á las humanas criaturas un reflejo de la divinidad!







# LA CARIDAD LEGAL

Y LA

LEGISLACION SOBRE CARIDAD EN INGLATERRA.

## II.

**H**EMOS expuesto la historia de la caridad legal, y la organizacion administrativa que se le ha dado más allá del canal de la Mancha, y debemos ahora, para terminar este trabajo, poner de relieve sus resultados económicos y su accion moral.

En las últimas cuentas anuales de la distribucion del impuesto para los pobres que se han publicado, y que se refieren al año parroquial, cuyo último dia es la fiesta de la Anunciacion, aparece que lo gastado en la Inglaterra propiamente dicha, y el país de Gales, asciende á la respetable suma de 7.448.481 de libras (707.605.695 de reales). Esta cantidad representa un tributo de unos treinta reales por cabeza, que el pauperismo impone á la riqueza pública. Debe tenerse en cuenta que no figuran en ella los importantes créditos que vota el Parlamento todos los años para la inspeccion, la asistencia médica y otros objetos análogos. No exagera, pues, el autor de la *Dispauperization* al suponer que el total á que asciende, en números redondos, ese presupuesto odioso de la

inmoralidad y de la miseria, es el de 8.000.000 de libras (760.000.000 de reales). Por otra parte, conviene recordar que no tratamos ahora más que de una de las regiones que constituyen el Reino-Unido. En cuanto á las otras, Escocia ha destinado á ese capítulo de su presupuesto, por término medio, 815.575 libras (77.479.625 de reales) al año, é Irlanda, durante el período económico 1870-73, ha gastado cada año también 774.332 libras (73.561.540 millones de reales). La suma de estas cifras da la de 911.000.000 de reales, á que asciende el sacrificio anual que se impone el Reino-Unido; sacrificio que ni es bastante para atender á la necesidad que lo inspira, ni encuentra en sí mismo compensaciones. El Dr. Hawkesley nos informa, en efecto, de que en Lóndres la caridad particular y libre contribuye cada año á la extincion del pauperismo con una suma de 480.000.000 de reales. Hace constar, además, que generalmente la caridad administrativa se declara en quiebra, si es lícita esta frase, en aquellas circunstancias en que su auxilio sería más necesario. Esto ocurrió el año de 1866 en Lóndres mismo, y más aún en el Lancashire, cuando la *Cotton Famine* de 1863. La contribucion para los pobres habia llegado á una cifra de la que no era posible pasar, y que no bastaba á satisfacer las necesidades del momento; fué necesario apelar á la caridad libre; moviéronse á piedad los ánimos con la triste historia de infelices obreros muertos sin pan, y llegó la liberalidad y el desprendimiento de todos á un extremo, que, pasada aquella horrible crisis, todavía los benéficos colectores de limosnas se hallaron con un sobrante considerable.

En 1873, la proporcion en que se encontraban los asistidos respecto á la poblacion, era en Inglaterra de 1 á 31, y en Escocia de 1 á 29. Aún resulta ese cálculo ménos favorable para este último país en relacion con Inglaterra, si se deducen los asistidos válidos, á quienes en Escocia no se socorre. Por otra parte, este término medio no da idea de los intensos males con que el desarrollo del pauperismo afligió á ciertas localidades. Los documentos que hemos leído no dicen cosa alguna bajo este punto de vista respecto á Inglaterra; pero concretan y describen bien lo ocurrido en las parroquias escoce-

sas. En el condado de Vigton los asistidos casi llegaban á la décima parte de la poblacion, y en la parroquia de Stoneykirk la proporcion en que estaban era de 1 á 8,50. En la misma proporcion estaban los de Glenshiel, Rosshire, miéntras que en Kilchrennan y en Dalavich, condado de Argyll, se contaba un pobre por cada 7,25 habitantes. Pero aún hay más: Mr. Mac Neel Caird, á quien debemos estos pormenores, añade que en varios distritos de Irlanda el pauperismo revelaba su existencia en mayor escala. Las parroquias de Onnsblanghan y Mavan, segun dice, llegaron á tener en 1873 dos asistidos por cada siete habitantes (proporcion de 1 á 3,50), dando en el total de sus poblaciones, que era de 11.697 y 19.311 habitantes respectivamente, una suma de 3.356 y 5.517 asistidos.

Un publicista inglés ha pensado que la supresion de la *Poor Rate* arrojaria al mercado las nueve décimas partes de la cifra á que asciende. Teniendo en cuenta este cálculo llegaria á 684.000.000 de reales lo que aumentaria la remuneracion actual del trabajo. Esta cantidad, por su parte, no sería improductiva, y adicionándole un diez por ciento anual al cabo de algun tiempo, representaria un capital considerable á disposicion del trabajo. Ampliando este cálculo á un período de diez años, se podrá evaluar las inmensas pérdidas que la caridad administrativa impone á los recursos nacionales. Puede sostenerse hipotéticamente, como dice muy bien Mr. Pretyman, que en ese período de tiempo la práctica de la ley de pobres costaria á Inglaterra 1.900.000.000 y que evidentemente una buena parte de esta enorme cantidad hubiera contribuido al aumento de los salarios y de las economías de las clases laboriosas. Muy al contrario; fomenta sus hábitos de despilfarro y libertinaje, y á todo coopera ménos á realzar la capacidad productiva de esas clases; disminuye su vigor físico y su voluntad moral, no mereciendo, por los efectos que produce, de igual suerte que por el error original é innegable en que se funda, más que un severo juicio del economista.

Exigir una contribucion á los más ricos en favor de los más pobres, como hace la caridad legal, es ménos inmoral que imponer un tributo á la masa de los consumidores en beneficio de algunos grandes productores como hacen los siste-

mas proteccionistas; pero lo uno y lo otro merece el nombre de comunismo. La única diferencia que existe entre ambos casos, es que en el segundo, llevado el sistema á sus últimas consecuencias, se enriquecerian algunos, arruinándose todos los demas, y en el primero se arruinarian todos. Tiénese á dicha ver que los obreros ingleses, por lo que ha manifestado uno de sus representantes oficiales, no se han dejado coger en el lazo en que cayeron los obreros franceses de 1848, y que léjos de reivindicar el *derecho al socorro* ó el *derecho al trabajo*, que es su equivalente con otro nombre y con otra forma, temen su índole perjudicial y sus desastrosas consecuencias. «Si hoy se aparta de la renta de los ricos una vigésima parte para socorrer á los pobres, puede llegar un dia en que el sócorro de las masas imprevisoras de la poblacion absorban y consuman todas las rentas de las masas previsoras,» decia en la Cámara de los Comunes (sesion del 22 de Junio de 1874) Mr. Macdonald, obrero y diputado por Stafford. Imprevisión y pobreza son términos á menudo sinónimos, y la decadencia de las *Friendly Societies* ó sociedades de socorros mutuos, es una prueba elocuente de ello. Mr. Macdonald las consideraba «como un medio de prescindir de la *Poor Law*;» aquella decadencia mostró bien pronto que ántes bien esta ley ha enseñado á prescindir de esas asociaciones, de las que no se saca provecho alguno si ántes no se ha llevado á sus cajas el fruto de algunos ahorros. Un gran número de *Friendly Societies* perecieron seguramente porque su administracion era detestable; pero otras muchas que durante veinte años ó más habian alcanzado gran prosperidad, tuvieron que disolverse combatidas y deshechas por la idea de que la union caritativa ó la parroquia bastaban para llenar el objeto que se habian propuesto. Esta idea triunfó, segun parece, hasta entre los escoceses, más inteligentes en materias económicas que sus compatriotas del Sur del Tweed.

Respecto á Escocia, se señala tambien como efecto probable de la *Poor Law* el aumento de los hijos ilegítimos, hasta un punto tal, que en ciertas parroquias, como Dalry y Kirkowan, están sus nacimientos relativamente á los de hijos legítimos en la proporcion de 1 á 2,5 y de 1 á 3, proporcion que sólo es menor en Stockolmo, donde pasa de 41 por 100. Mr. Mac Neel,

que expone estos hechos, rehusa deducir de ellos de una manera positiva que exista relacion de causa y efecto entre el pauperismo y la bastardía; pero admite que autorizan á suponer la existencia de cierto influjo del desarrollo del uno en la multiplicacion del otro. El término medio general de los nacimientos ilegítimos en Escocia es de 1 á 10  $\frac{5}{12}$ ; pero en las diez y seis parroquias de que nuestro autor se ocupa con preferencia, las más infestadas de todo el país por el pauperismo, hay un nacimiento ilegítimo por cada seis legítimos. En una de ellas se contaban nueve solteras con hijos que entre todas reunian veintiuno, y que formaban con ellos casi la octava parte de los socorridos por la parroquia. Se hubiese podido, á título de prueba, encerrarlas en la casa de los pobres del distrito; pero recibian en la suya un socorro semanal, y segun Mr. Pretyman, que afirma de una manera más concluyente que el escritor escocés, nada constituye un estímulo tan poderoso y eficaz del impudor y del libertinaje como el *outdoor relief*. En demostracion de este aserto cita Mr. Pretyman, una anécdota que un propietario escocés le refirió como cosa que á él mismo le habia sucedido. Pasó un dia ese propietario á la cocina de su granja, momentáneamente convertida en horno económico durante un invierno friísimo, y notó que daban á una jóven una cantidad de sopa verdaderamente excepcional. Este hecho excitó su curiosidad. Preguntó la causa, y la jóven le contestó con la mayor sangre fria que tenía cuatro hijos y que no estaba casada, añadiendo que no le bastaban para *su comercio* uno ó dos niños, que necesitaba más para que fuese productivo. Esta bribona recibia por cada uno de sus hijos ilegítimos más de dos chelines por semana, unos 190 reales al mes, 2.280 por año, miéntras que una madre de familia apenas puede ganar la mitad de esta suma.

Si es exacto que los casos semejantes á ese se cuentan en Escocia por millares y por decenas de millares, no es posible dudar de que la ley de pobres es perjudicial á los fundamentos de la sociedad civil. Todos los que han leído el notable escrito que un periódico inglés publicó hace tres años bajo el título de *The Poor Law and the Peasantry*, sabrán ya cuánto ha enervado el sentido moral del aldeano inglés la circunstancia

de vivir en todo ó parte á expensas de la caridad pública, hasta qué punto se ha endurecido su corazón y enmudece la fibra de sus sentimientos naturales. Mr. Williams Roberts ha seguido al labrador desde la cuna al sepulcro; ha puesto de relieve cómo la ley de pobres llevándole de la mano desde su adolescencia sigue cada uno de sus pasos durante toda la vida; nos le ha presentado perdiendo en cada una de las etapas de esa vida de la mendicidad legal un poco de su nativa honradez, de su energía personal, de sus afecciones domésticas. En un principio el asistido desempeña su papel con timidez y es torpe en la ejecución de las tentativas fraudulentas que ensaya; poco á poco devora su vergüenza y miente con mayor descaro, mayor repetición y más audacia. Sabe que declarando en las oficinas en que se distribuye la caridad legal su verdadera situación económica corria con demasiada frecuencia el riesgo de que le exceptuaran del socorro; se lamenta de la insuficiencia de la renta, y cuando gana á la semana 15 ó 20 shillings confiesa 10. Llama á todas las puertas y recibe de todas las manos. El palacio le envía los restos de sus festines, y la parroquia carnero, vino y plata. Pero él, con la ingratitude y el astuto espíritu del mendigo de profesion á que se ha asimilado, desprecia junto al palacio los regalos de la parroquia y junto á la parroquia los del palacio. Los helados, las pastas y gelatinas de éste llegan á ser «miserables vituallas», y el vino y la carne de aquélla «pobres migajas de pan.»

Mr. W. Roberts nos enseña asimismo de qué manera los asistidos se portan como hijos y como padres. ¡Cuántas veces no se ha visto hombres y mujeres, jóvenes solteros, que se ganan un pingüe sueldo, 22 ó 25 pesetas por semana, y que no sólo no contribuyen al sostenimiento de sus padres, sino que viven gratuitamente en su casa y procuran sacarles cuanto pueden del subsidio que reciben de la caridad pública! No es extraño ver un hijo que tiene en su casa á su padre, solicitando un suplemento de socorro porque éste haya caído enfermo, y si el suplemento por casualidad se le niega, enviar al inválido padre al Workhouse. Si el labrador inglés ha perdido ese sentimiento de piedad filial que persiste vivo en el pecho de los irlandeses, aún de aquellos á quienes la desdicha reduce al

estado más miserable y abyecto, ya anciano y abuelo no revela hácia sus nietos una sensibilidad mucho más viva. Por regla general, el labrador anciano está enfermo y pobre, y es incapaz de socorrer ni auxiliar á nadie. En este caso, hay razones materiales que justifican su conducta. Pero ¿qué hemos de decir de ese padre que todavía se encuentra en estado de subvenir á sus propias necesidades y á las de sus hijos, y que rechaza el cumplimiento de ese deber y se lo encomienda á la sociedad? ¿Qué pensar de esa madre bien acomodada que envía á sus pequeñuelos al Workhouse, declarando con lágrimas en los ojos que no puede, ni quiere mantenerlos?

Se habla de conceder al labrador el derecho de sufragio, de mejorar su habitacion y de aumentar sus recursos; nada de esto hará de él «un hombre en el verdadero sentido de esta noble palabra, miéntras que se le deje bajo el yugo de la actual ley de pobres.» Imaginarse que dándole más salario y mejor casa renunciará por completo al ejercicio de lo que considera un derecho estricto, es ignorar hasta qué punto influye en su ánimo el espíritu del pauperismo, y le han pervertido sus costumbres. Es cierto que se tiene el recurso de distribuir los socorros exteriores con una severidad tan justa como ha sido imprudente la prodigalidad demostrada hasta estos últimos tiempos, y que ese sistema, puesto en práctica en países donde se ejercita la caridad legal, en Brema, Crefeld, Aquisgran y Elberfeld, revela una eficacia indudable. Prescinde del Workhouse, reemplazándolo por una informacion minuciosa, y digámoslo de una vez, inquisitorial, que no puede aceptarse sin deshonra, y que sólo permite al que, por decirlo así, esté abandonado de Dios y de los hombres, solicitar el auxilio de la caridad pública. Este sistema nació en Elberfeld, cuyo nombre lleva. El año anterior al de su planteamiento habia en aquella ciudad, cuya poblacion era de 50.000 habitantes, unos 4.000 asistidos; tres años más tarde esta cifra habia disminuido, llegando á la de 1.528; los gastos anuales para el sostenimiento de los pobres disminuyeron tambien de 166.250 á 62.392 pesetas. Son elocuentes estas cifras; pero por desgracia el ejercicio del sistema de Elberfeld exige á las personas que lo hayan de intervenir gratuitamente una perspicacia, un celo, una perseve-

rancia y una falta de otras atenciones en que ocuparse, que difícilmente podrán encontrarse reunidas en muchas personas, cualquiera que sea el país de que se trate, y aún incluyendo la *virtuosa* Germania. No nos ha sorprendido, por tanto, leer en Mr. Doyle que en Elberfeld la opinion se inclina á establecer el Workhouse, institucion que empieza á parecerles un complemento indispensable del tremendo *Frage brogen* ó cuestionario, á que se han atribuido con excesiva ligereza los terrores de la espada angélica que custodia las puertas del Eden.

Para mayor abundamiento, Mr. Doyle se declara convencido de que el sistema de Elberfeld no tiene probabilidades de aclimatarse en Inglaterra. Ni es verosímil que los pobres se sometieran fácilmente á sus exigencias demasiado prusianas, ni los administradores de la caridad tendrian el tiempo y el gusto necesarios para atender prolijamente á los múltiples deberes que les impone, y con la constancia y atencion que de ellos exige. Mr. Roberts, fundado en otros motivos, tampoco es favorable á que se realice un cambio demasiado brusco en los viejos usos y costumbres de la caridad legal. Es cierto que los *guardians* no harian más que cumplir con su deber reduciendo y limitando la concesion de los socorros á domicilio, para no darlos sino en los casos en que se acreditara la completa indigencia y desnudez del solicitante; pero como muchos de esos *guardians* son propietarios de tierras, su nueva actitud podria parecer á los ojos de los labradores una medida de represalias. Ya se lamentan con frecuencia de que las oficinas de la caridad no traten con perfecta igualdad á los miembros de la union agrícola y á los que no lo son. Cuando esto sucede, cuando existen tantos gérmenes de discordia entre los arrendatarios y los dueños de los dominios, ¿no aconseja la prudencia política evitar que se arroje en medio de ellos un nuevo elemento de desunion y desconfianza?



## III.

Mr. Roberts concluye afirmando que la *Poor Law* necesita una reforma profunda. Hace cincuenta y siete años que el Rev. Sidney Smith reclamaba su abolicion total, aunque realizada gradualmente: «Dos cosas son de igual manera evidentes para todo hombre de buen sentido, escribia entónces en la *Revista de Edimburgo*, que es necesario derogarlas; derogarlas con lentitud.» Si se le hubiera atendido en 1819, no se pugnaria en 1878 con los términos de este sensible dilema: ó conservar la legislacion actual con su enorme despilfarro y sus odiosas consecuencias morales, ó destruirla con riesgo de costumbres inveteradas y granjearse las enemistades populares. Al cabo se adoptará este último partido como el único eficaz y el que es, en suma, ménos peligroso. El sentimiento público parece inclinado á aceptarlo, y en diversas partes se vislumbran los síntomas de un *Anti Poor Law Movement*, como dirian los ingleses. Mr. Macdonald, el representante obrero de Staffordshire, exclamaba un dia en el Parlamento: «Es necesario propagar entre los trabajadores la repugnancia con que debe ser considerada la ley de pobres; pero esto no ha de hacerse declamando contra ella, sino inculcando en su ánimo los gérmenes de una independencia viril. El profesor Francis Newman obtuvo los aplausos de sus oyentes en un *meeting* agrícola por calificar el sistema inglés de asistencia pública de enfermedad moral. En otra de esas reuniones, uno de los principales oradores le llamó «el mayor azote del país.»

Algunos adversarios de la *Poor Law* en su forma actual, se satisfarian con que desapareciese el *out door relief*, conservándose el *Workhouse* y los socorros hospitalarios. Entre ellos figura un hombre que goza aún á este lado del canal de la Mancha de gran notoriedad por sus estudios económicos. Este hombre es Mr. Fawcett, que en sus *Lectures an Pauperism* se muestra muy preocupado por los irreflexivos arrebatos de la caridad privada, y manifiesta el temor de que la derogacion

completa de la ley de pobres pudiera comunicarle un impulso peligroso. M. Pretyman advierte justamente que planteada la cuestión en estos términos, se reduce á averiguar cuál de los dos sistemas es más perjudicial, si el de la caridad voluntaria ó el de la caridad legal; sin gran trabajo demuestra que este último lo es mucho más. Sin duda de ningun género puede convenirse en que la caridad voluntaria está expuesta á lamentables errores; pero jamás le falta en ninguno de sus actos ese libre desenvolvimiento y esa facultad de enmendarse que nunca se encuentran en la práctica de la caridad legal. Ni es necesariamente ciega en sus liberalidades, ni se ve obligada á hacerlas; puede crear entre el pobre que recibe la limosna y el rico que se la da lazos de afectuosa simpatía. La caridad legal no puede encerrarse en los límites que se han trazado; da con mano pródiga, pero siempre insensible, á quien recibe el auxilio, no como tal, sino como el cumplimiento de una obligación, el pago puro y simple de una deuda.

Por lo que se refiere á los efectos de la supresion del derecho de asistencia, Inglaterra ha podido confiar en el ejemplo de Noruega. Una ley habia sancionado plenamente en 1845 el derecho á la asistencia; durante quince años estuvo en vigor, y en el transcurso de este período aumentó el pauperismo en un tercio, en una mitad los gastos para extinguirlo, y sólo en un tercio la poblacion. Llegó el año 1863. Se publicó una nueva ley, por la cual la asistencia dejaba de ser obligatoria hasta para los enfermos y los ancianos; sólo conservó ese carácter respecto de los huérfanos y los dementes. Al cabo de seis años de practicarse este nuevo sistema, el pauperismo estaba reducido á la proporcion mínima de 10  $\frac{1}{2}$  por 1.000, y los gastos de la caridad á unos 14 reales por habitante. En Dinamarca, por el contrario, la Constitucion de 1866 ha conservado el derecho á la asistencia en la forma en que lo establecía la ley fundamental dada en 1863 por el rey Cristian V, y aunque faltan datos generales respecto á sus consecuencias, pueden éstas apreciarse por lo que se sabe de Copenhague. Los gastos oficiales del pauperismo ascendian en 1859 á la cuota de 24 reales por habitante. Ocho años despues la cuota era mayor de 40 reales, y sólo en el barrio de Frederickharn,

que contenia de doce á quince mil habitantes, habia cinco ó seis mil pobres.

Muchos adversarios de la ley de pobres creen que se daría un gran paso en el sentido de su abolicion, si al cabo se pusiera mano sobre la propiedad territorial, que por un extraño contraste ha permanecido sujeta en la Inglaterra libre á una legislacion feudal, miéntras que es completamente libre hasta en la feudal Alemania. Al mismo tiempo ocurre que, los partidarios de las *Land Laws* lo son generalmente de la *Poor Law*; consideran esta ley parte natural de aquéllas, y en cierto modo su rescate, si es que un mal puede alguna vez compensar otro, y en el supuesto de que los gastos de la caridad pública se hicieran exclusivamente á expensas de los *Landlords*. Pero es lo cierto que sus sacrificios se imponen á todos los contribuyentes, y que entre éstos hay muchos que no ocupan una posicion más desahogada que los asistidos por la Beneficencia oficial. Sea de ello lo que quiera, la ley de pobres, léjos de favorecer las adquisiciones de la propiedad de una parte del suelo que los labradores ingleses trabajan por cuenta de otro, conforme al deseo manifestado por gran número de publicistas del otro lado del Estrecho, ha contribuido á concentrar la propiedad del suelo en pocas manos. Los hábitos de imprevision que fomenta la *Poor Law* entre los aldeanos, no son quizás extraños á la disminucion progresiva de la clase de pequeños propietarios rurales en otro tiempo tan floreciente, á los que la vieja Inglaterra dió el nombre de Yeomen, y que segun Macaulay, formaba todavía la sétima parte de la poblacion en la segunda mitad del siglo xvii; de esa clase no quedan ya más que restos insignificantes. Mr. Pretyman, apoyado en los datos que resumió el *Pall Mall Gazette* en su número del 12 de Febrero de 1876, la acusa de haber despilfarrado los bienes comunales en provecho de esas gentes ricas y codiciosas, cuya pasion se reduce á aumentar el número de tierras ó el número de casas que constituyen su propiedad.

En último término, esa postrera falta nos parecería hartovenial, si Inglaterra fuese como Francia un país de pequeña propiedad y de aldeanos propietarios. Los bienes comunales son entre nosotros muy poco productivos, están tal mal admi-

nistrados y se usurpa su posesion y su dominio con tal facilidad, que una ley que decretase en general su enajenacion pura y sencilla ó su distribucion en lotes, segun las circunstancias, no nos pareceria una mala medida económica. El argumento sentimental que se aduce en favor de la conservacion de la vaca del pobre ó del carnero del pobre, no excita nuestra sensibilidad, porque en virtud de la ley de Octubre de 1791 realmente se aprovechan más de los pastos y de los bosques comunales los vecinos bien acomodados que los aldeanos pobres. Hemos tenido ocasion de confirmar por experiencia propia estos hechos, visitando un departamento de la meseta central de Francia, el del Haute-Loire; allí, como en todas partes, la mano destructora del hombre ha hecho desaparecer los poblados bosques que tapizaban las pendientes de las montañas; pero se encuentran gran número de dehesas vecinales. Se comprenden mejor aún, dada la constitucion de la propiedad territorial en el Reino-Unido, los sentimientos que inspira á Mr. Pretyman ó al escritor de la *Pall Mall Gazette*, la desaparicion progresiva de las *Enclosures* comunales. Los terrenos cedidos así á particulares ricos, no vienen por esto á formar parte en su mayoría de la riqueza agrícola; en ciertas localidades del Reino-Unido, y sobre todo en Escocia, van á aumentar la superficie de los parques de caza y de los *Pleasure grounds*. Pero, por otra parte, admira ménos la inclinacion que muestran los pueblos á abandonar sus propiedades territoriales, cuando se recuerda que esas propiedades están expuestas al otro lado de la Mancha á usurpaciones más audaces y gigantescas que las de nuestro país.

Mr. Pretyman, buscando un medio de transicion entre el nuevo estado de cosas y la actual ley de pobres, parece inclinarse á apoyar un sistema de emigracion, favorecido y alimentado de comun acuerdo por el gobierno y las uniones caritativas. Las colonias reclaman constantemente trabajadores, mientras que en la metrópoli siempre hay un número excesivo de ellos sin ocupacion ni tarea; ¿por qué, pues, no nivelar ese estado económico ofreciendo pasaje gratuito para la colonia en que haya más demanda de obreros á los asistidos de la caridad pública capaces de trabajar? No se ocultan á Mr. Pretyman las

objecciones que pueden oponerse á su plan; á propósito de él recuerda la opinion de M. Fawcett sobre aquel género de emigraciones que á juicio de este economista comparte los vicios de la caridad legal, fomenta la imprevision y obliga á los hombres prudentes á pagar un tributo para auxilio de los imprudentes. Pero esa imprevision no está por crear ni va á crearse; existe ya. La ley contribuye á su florecimiento; prospera bajo la egida de las instituciones vigentes, y rechazar «aquel género de emigracion por favorable á ese mal cuando la ley lo alimenta, produce el efecto de un hombre que temiera engullirse un mosquito y se tragara un camello sin fruncir siquiera las cejas.» Quizás fuera ventajoso, dentro de los límites indicados y como expediente temporal, que se colocara á los pobres en la alternativa de emigrar ó carecer de todo socorro. Falta saber lo que pensarían de este sistema las colonias autónomas de la Gran Bretaña, que son las únicas que reclaman obreros blancos, y si suscribirían fácilmente á la introduccion en su territorio de emigrantes de una energía y una vocacion problemáticas.

Pero así y todo esto no sería más que un paliativo. El verdadero, el gran medio de preparar la anulacion de la ley de pobres, consiste en contribuir á los progresos de la educacion popular, á la difusion de la cultura, como dice un americano ilustre, y en extinguir el espíritu del pauperismo, *Spirit Pauper*, segun el informe del Inspector Clutterbuck, para el año de 1874 á 1875, «inspirando al pobre el respeto de su propia dignidad para que aplique todo su esfuerzo á la realizacion de los planes que se proponen con el objeto de mejorar su suerte. Todo plan de educacion que no le adhiera firmemente á ese fin especial, lleva más ó menos á la impotencia final.» Uno de los efectos de la pobreza permanente consiste en disminuir el respeto á la propia dignidad. «Es difícil, decia Channing, pedir limosna sin que el espíritu se doblegue; la dependencia engendra el servilismo, y aquel que se ha bajado ante otro no puede ser recto é inflexible respecto á sí propio (1).» Degradado á sus propios ojos y á los de los demas, el pobre no conoce

(1) *Œuvres sociales du ministère des pauvres*, trad. por Laboulaye.

el freno saludable de la opinion; sin rango alguno que perder, sin honra que comprometer, se abandona descuidadamente á los más groseros desórdenes. A medida que se enfrasca en esa degradacion lo advierte ménos; no siente necesidades morales; sus necesidades físicas se reducen y estrechan, y toda su energía se concentra al fin en la satisfaccion de la holgazanería ó de su sensualidad brutal.

#### IV.

El gran satírico romano nos ha legado el cuadro de la corrupcion patricia y del envilecimiento plebeyo bajo los emperadores. El pueblo romano no era más que un pueblo de mendigos: un pedazo de pan diario y los juegos del circo fueron bastantes á consolarle de la dispersion de los comicios y de la clausura del Foro:

...Jam pridem ex quo suffragia nulli  
Vendimus, effugit curas; nan qui dabat olim  
Imperium, fasces, legiones, omnia, nunc se  
Continet, atque duas tantum res anxius optat:  
Panem et Circenses (1).

No quiera Dios que establezcamos un paralelo entre la plebe ociosa que circulaba por las orillas del Tíber los dias de distribucion del Congiario (2), con el pueblo activo é industrioso que llena los talleres de la vieja Inglaterra y busca en sus entrañas el carbon mineral. El pueblo inglés no ha abandonado la vida política; esta vida, léjos de extinguirse en sus principios, como sucedió en la Roma imperial, se aviva en el Reino-Unido; la fortalecen y agitan las grandes corrientes de ideas nuevas que han penetrado en la masa del pueblo, que la han conmovido acaso de una manera inconsciente. Por otra

(1) Juvenal, Sat. X.

(2) Dón extraordinario que los emperadores romanos distribuian al pueblo en moneda y comestibles.

parte, ese pueblo no es bastante artista; vive bajo un clima demasiado rudo, y sus apetitos están harto desenvueltos para que jamás se satisfaga físicamente con pan y espectáculos como el pueblo de Juvenal. Los espectáculos le gustan poco y el pan le parecería alimento muy desabrido, careciendo de algunas lonjas de carnero ó de buey con que rodearlo, ó si no tuviera, cuando ménos, un vaso de cerveza con que sazonar su comida. Para decirlo de una vez; le seduce mucho la satisfaccion agradable de las necesidades de su estómago, y á falta de la *purée septembrale* que la naturaleza le rehusa, acude voluntariamente al brandy y al gin, sus deplorables sustitutos.

Y recurre tanto á ellos, que una gran parte de su salario la invierte en el consumo de aquellos licores. Las bestias son mucho más desgraciadas que nosotros, decia una mujer galante del siglo pasado, porque no pueden ni comer sin hambre, ni beber sin sed, ni enamorar en todas las estaciones á su pareja. De esos tres placeres, hay dos por lo ménos que el obrero inglés apenas se niega; ¿y cómo, si ha encontrado hombres inteligentes que le han dicho que ese era el precio de la conservacion de las fuerzas físicas para los hombres del Norte? John Stuart Mill está muy distante de participar de ese criterio optimista; no vacila en declarar que bajo este aspecto sus conciudadanos de las clases trabajadoras son desgraciadamente inferiores á los obreros franceses, porque aunque éstos se dedican demasiado al consumo de las bebidas espirituosas, esta enfermedad moral no ha adquirido en nuestro país las gigantescas proporciones que en Inglaterra, donde han llegado á gastarse 3.200.000.000 y 3.500.000.000 de pesetas por año en aquella clase de géneros.

Aproximadamente esas son las cifras consignadas por monsieur Rathbone, respecto á los años de 1872 y 1875, en el discurso que pronunció en Enero de 1876 en el círculo de obreros de Lóndres. Este círculo se fundó en 1869, con el objeto de suministrar á los *unionistas* el medio de tratar de sus negocios y discutir sus intereses en un lugar más conveniente que la *Public House*, en donde podrian sustraerse á todo género de influencias peligrosas ó mal sanas. El honorable miembro

por Liverpool habia augurado un buen éxito á este ensayo; pero tuvo la pena de verlo fracasar de un modo lamentable: los unionistas, como ha dicho *El Times*, tratando de esto en un lenguaje humorístico, no iban al círculo de *Duke's Street*, «no se cuidaban de sus juegos pacíficos, de sus conversaciones animadas, de sus lecturas instructivas; despreciaban hasta su café, su té, sus tortas y su manteca.» Es necesario convenir en que éste ha sido un triste síntoma, sobre todo en el momento en que las clases obreras de la Gran Bretaña gozan á la vez de mayor salario y de más tiempo que consagrar á sus ocios, y á la vez que aspiran á tomar una parte más importante y ámplia en la vida pública de su país. No hay un hombre de espíritu generoso y liberal que no se felicite de su doble conquista; el marqués de Huntly, que es un magnate, emplea sobre este punto el mismo lenguaje que Mr. Rathbone, que es un armador. Pero, para emplear las mismas palabras de aquél, ¿no será lamentable que mayores salarios y un trabajo más absorbente, no hayan conducido á otra cosa que á aumentar las costumbres de intemperancia, de egoismo y de indiferencia cínica de los obreros respecto de sus mujeres y de sus hijos?

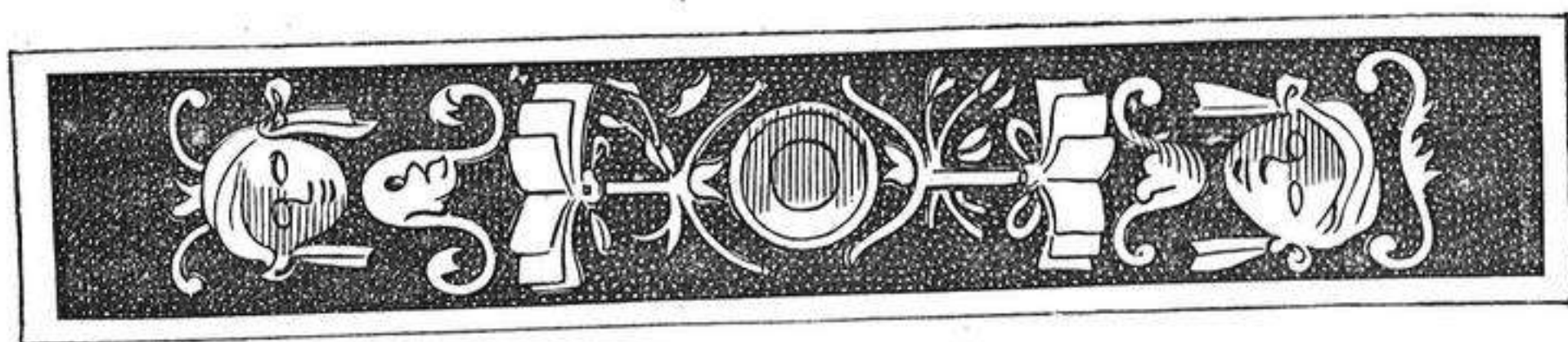
La ley de pobres es, como se ha visto, responsable en gran parte de todo eso. Tiempo es ya de derogarla, tanto por sus vicios intrínsecos, cuanto por el gérmen de discordia que encierra y que el tiempo no hará más que desenvolver. En un país donde, por otra parte, apénas hay pauperismo, y donde las ficticias distinciones que separan á las clases sociales son de hecho desconocidas, Channing se preocupaba mucho del aislamiento de los pobres: no es conveniente, exclamaba, que formen una *casta*. En la Gran Bretaña, donde los rangos sociales están perfectamente señalados y distinguidos, y donde al lado de grandes, de inmensas fortunas, hay muchos que viven en la más humilde miseria, es necesario meditar grandemente sobre eso. En el antepenúltimo congreso de la ciencia social, dijo Lord Huntly que no teme para la Europa contemporánea las grandes invasiones de bárbaros que la perturbaron y trastornaron en el siglo iv; pero que el cuerpo social está constantemente expuesto á la acción de fuerzas disolventes, lentas en



disponerse al ataque, mas prontas y rápidas en hacerlo estallar á una hora y en un momento señalado. Si este momento llega, si esa hora suena, por desgracia, pronto para Inglaterra, Inglaterra lamentaria vivísimamente su obstinacion en haber mantenido la caridad legal y sus leyes territoriales.

AD. F. DE FONTPERTUIS.





## CONTRIBUCION

AL ESTUDIO DE LA CIENCIA SOCIAL.



FILOSOFÍA DE LA ARISTOCRACIA.

ARTÍCULO PRIMERO.

**E**L gran filósofo de la antigüedad, uno de los que podían tratar con conocimiento de causa las cuestiones sociales, porque conocía la verdadera naturaleza de la sociedad humana, cuyo conocimiento depende del más general y más amplio de la naturaleza material, de los organismos que en ella se observan, de las condiciones de medio ambiente en que viven, de la transformación de sus cuerpos y de la evolución de sus afectos y voliciones, etc., etc., al considerar las diversas causas de las revoluciones en su octavo libro sobre la *Política*, señala, entre otras, el deseo de igualdad. En efecto, Aristóteles veía claro, muy claro en la sociedad, porque estaba acostumbrado á observarla con el espíritu de análisis de un buen naturalista. Ayer y hoy, en la edad antigua, media y moderna, en todos tiempos el fenómeno de las revoluciones ha presentado ciertas causas determinantes de un carácter análogo. En la antigüedad los esclavos luchaban contra los libres; en la Edad Media los siervos contra los señores; en la edad moderna los pobres contra los ricos. Los elementos que entran en juego, los factores de este problema social, son idénticos; no han hecho más que

cambiar de forma. Me explicaré por si no me explico bastante claro, pues conviene mucho, muchísimo, el esclarecimiento de esta cuestion primera; conviene la perfecta inteligencia de este primer problema para poder resolver los demas. El hombre esclavo en la edad antigua, era al hombre libre lo que el individuo de la raza dominada al individuo de la raza dominadora en la edad pre-civilizada, lo que el siervo al señor en la Edad Media, lo que el pobre al rico en la presente.

Analizando sobre este fenómeno generalísimo que nos presenta el estudio de la historia, se encuentra: 1.º Que en todo estado social hay una gran masa de poblacion sometida y subyugada por una clase ó por varias clases, que pugna por sacudir este yugo. 2.º Que con el transcurso del tiempo, y merced á sacudidas, revoluciones y transacciones entre las diversas clases, algunos individuos de las inferiores pasen á la clase superior.

Es digno de observacion la manera como los representantes de las democracias (llamémoslas así por ahora) pasan á formar parte de las aristocracias.

Es también digno de observacion la tendencia innovadora que se encuentra formulada en las aspiraciones de las democracias, y la tendencia conservadora, el espíritu esencialmente inmovilista de las aristocracias y los esfuerzos verificados por estas á fin de sostener el órden de cosas vigentes en las épocas que gobiernan. En general este fenómeno tiene una explicacion muy sencilla. Los beneficios que el estado social importa, no pueden distribuirse de igual manera. Los que gobiernan el organismo social, los que dominan ó los que más pueden, disfrutan de estos beneficios; dispútanselos las democracias, las que tienen la fuerza del número. Las aristocracias, por su parte, defienden á todo trance el órden social que les asegura el bienestar y predominio.

Otro fenómeno se observa comparando las diversas fases de la evolucion histórica. A medida que los pueblos progresan, sus revoluciones son menos violentas. Los cambios de la humanidad son cada vez menos bruscos. Hay menos vallas entre una y otra clase, y no hay necesidad de tanta violencia para comperlas.

Otro fenómeno. Las democracias se han aprovechado de todas las teorías, doctrinas, principios, dogmas, etc., que tendieran á su mejoramiento, para de esta manera tener una especie de supremacía moral sobre las aristocracias, ya que no podían tener una supremacía material de momento.

Fenómeno constante: Diversidad de clases, diversidad de categorías. En las edades primeras hallamos castas: mas luégo, libres y esclavos; luégo se proclama que el hombre nace libre; luégo que nace con igualdad de derechos políticos; pero continúan las categorías y diferencias, nacen los unos ricos y los otros pobres. Continúa la lucha, y aunque se proclame que todos tenemos derecho á las riquezas, continúan unos poseedores de los bienes que en la situación económica del mundo actual lo facilitan todo ménos el talento, y continúan otros desprovistos de riquezas. En una palabra, hay siempre desigualdades sociales. ¿Las habrá siempre? A esta pregunta creo que la ciencia moderna debe contestar afirmativamente. ¿Lucharán siempre las diversas clases entre sí? A esta pregunta debe contestarse negativamente.

Considerando con detención el fenómeno de las revoluciones sociales, hallamos como factores indispensables: 1.º Un malestar individual nacido de la mala condición en que se encuentra la clase á la que pertenece el individuo. 2.º Una conciencia de este malestar, el cual formulan algunos individuos de las clases inferiores, eco fiel de las aspiraciones de su clase, y que á consecuencia de que lo experimentan de una manera vivísima, son los primeros en quejarse en nombre de la clase misma. Pueden también formularlo otros individuos que por su especial talento expresan en una forma precisa é inteligible los sentimientos de la mayoría, los males sociales que á ésta afecta. Otros individuos, en presencia del bien de que disfrutaban las clases elevadas, formulan ideales y proyectos de regeneración social para las clases á que pertenecen. Estos individuos, que sobresalen de las mayorías, adquieren gran popularidad, son objeto de un culto especial, que en nuestra época es la veneración política. De ahí nacen comisionados de las democracias para pactar con las aristocracias. Estos comisionados se eligen muy mal con gran frecuencia, pues no son aquellos que

mejor saben formular los males de las democracias, los que mejor pueden promover y cooperar á su remedio y curacion. Esto, dicho sea de paso.

Ademas, en las luchas entre las clases superiores y las inferiores, nótase un fenómeno notabilísimo, y es, que algunos individuos de la clase inferior han pasado á formar parte de la media; con el tiempo algunos individuos de la clase media han pasado á formar parte de la clase más elevada. Se han mezclado las clases y se han formado aristocracias de diversas especies.

¿Cuál es la cualidad que permite á un individuo de la clase ínfima aspirar á los más altos puestos?

En otro tiempo, la fuerza; luégo la maña, la astucia; más tarde, la actividad; luégo el talento, la inteligencia. Ahora bien; segun las épocas, ha sido mayor la fortuna de estas cualidades. En la más remota antigüedad sólo la fuerza atribuía la supremacía; mas luégo la astucia. En nuestra época de industrialismo y mercantilismo, sólo la astucia, combinada con la actividad, se abre paso.

Mañana, á juzgar por la tendencia de nuestro siglo, la inteligencia, y sólo la inteligencia, permitirá alcanzar la superior categoría social. Hay que notar que quien en las épocas primitivas tuvo talento, procuró adaptarse á las condiciones que el estado social le exigía y procuró ser fuerte; y que el hombre que en los tiempos medios necesitó de astucia á fuer de transformar el talento en astucia llegó á experimentar cierta degeneracion en el talento, lo que no sucede hoy, mejor diré, lo que aún sucede hoy, pero no sucederá mañana; más adelante diremos por qué.

Con lo dicho comprenderáse fácilmente la verdadera acepcion en que debe tomarse la palabra igualdad. La igualdad social no puede significar que todos hagan lo mismo, sean de una misma manera, disfruten de iguales derechos. Es inútil proclamar la igualdad absoluta cuando todos los hombres son relativamente desiguales, tienen diferente capacidad, han recibido diversa instruccion, se han acostumbrado á verificar trabajos desiguales en cantidad y calidad y viven en un medio ambiente social diverso.

Más adelante nos detendremos en la ley de la desigualdad orgánica, humana y social. Preguntarán algunos: si somos desiguales en capacidad, educación, etc., ¿en qué seremos iguales? En la relación de la desigualdad. Esta es la única fórmula de la democracia. Explicación de lo que debemos entender por esta relación de la desigualdad.

Condorcet, en su proyecto de Constitución, decía: «La igualdad consiste en que cada uno pueda gozar de unos mismos é idénticos derechos.» Ó lo que es lo mismo, que á cada cual se le trate igualmente, según sus condiciones especiales; en una palabra, que todos puedan gozar igualmente de todas las garantías y derechos sociales, como tengan iguales méritos contraídos y aptitudes. Apliquemos esta fórmula al fenómeno de las diversas categorías sociales. La igualdad política significa que un individuo de la clase ínfima puede llegar á la categoría de individuo de cualquiera otra clase social, merced á su talento, actividad ó especiales condiciones que su época reclame, sin que sea obstáculo el pertenecer á una clase inferior, ni influya en lo más mínimo para llegar á formar parte de una superior. La igualdad política, la igualdad social no puede significar ni más ni menos que esto. En otro tiempo había castas, había clases separadas por barreras infranqueables que las revoluciones han roto por completo. Un tiempo fué que el padre transmitía al hijo la condición social y que ciertas generaciones condenadas á esclavitud y servilismo perpétuo se legaban unas á otras la miseria y la ignorancia. Desde luego que las revoluciones han abierto todos los caminos, han quitado los obstáculos, y que la costumbre ha borrado las preocupaciones de clase; las revoluciones violentas ya no tienen razón de ser, sino cuando los Gobiernos empiezan por infringir toda regla en derecho. En el edificio social hoy, mañana, siempre habrá diferencias sociales. Sólo la libertad, la espontaneidad ha de determinar el lugar que á cada cual corresponde; la ciencia nos dirá quién ha de gobernar y dirigir.

A medida que se vayan aplicando las prescripciones de la sociología moderna, si bien no cesarán las desigualdades sociales, irán desapareciendo las revoluciones, los que estarán debajo no se quejarán de los que tienen encima, la lucha de

las clases sociales habrá cesado, pues ejecutará gustoso quien ha de ejecutar lo que dirija quien ha de dirigir.

El estudio de la division del trabajo en la sociedad me ha sugerido la idea de hacer algunas consideraciones generales acerca de la filosofía de la aristocracia ó razon de existencia, funciones propias y condiciones especiales de las clases más elevadas de la sociedad, para cuyo estudio necesitaba decir algo del sentido en que debe tomarse la palabra igualdad sociológicamente hablando.

I. *Diversidad de categorías entre todos los séres de la Naturaleza.*—Todos los séres de la naturaleza son desiguales como pertenecientes á diversos géneros, especies é individuos. Los diversos géneros, especies é individuos son desiguales entre sí. Atentamente observando la escala general de los séres en la naturaleza, nótese una ley de diferenciacion, de variabilidad y de desigualdad, la más natural, la más lógica, y sin embargo, que no salta á primera vista, sino que se adquiere y comprende despues de maduro y detenido estudio. Es esta ley á que me refiero (y cuando digo ley, digo relacion de identidad entre dos fenómenos naturales) la que expresa la fórmula siguiente: á medida que los séres tienen una estructura y composicion más complicada, más difieren entre sí. Un átomo de carbono parece absolutamente igual á otro átomo, y sin embargo, no lo es; pero es más igual á otro átomo de carbono que dos moléculas de ácido cianídrico entre sí; si pudiéramos seguir la historia de un átomo de carbono, veríamos que presenta más relaciones de identidad con la de otro átomo de carbono, que la de una molécula con la de otra molécula, y verificando la comparacion entre dos individuos distintos de una misma especie, la diferencia ya es mayor. Un átomo de carbono con un átomo de oxígeno presentan más relaciones de semejanza que una molécula de etileno y una de ácido cianídrico. Mayor será la diferencia si hacemos la comparacion con una molécula más complicada, por ejemplo, con una molécula de hemoglobina. Las moléculas tienen más aptitud á la diversidad en razon á las diversas superposiciones y eliminaciones, á las diversas sustituciones, ó como si dijéramos, á las entradas y salidas que puedan efectuar los átomos al venir á constituir

ó al dejar de formar parte de su masa. Las moléculas de los cuerpos orgánicos tienen más diferencias entre sí que las de los cuerpos inorgánicos; una especie de hongo cualquiera, el *cantharellus cibarius*, por ejemplo, este manjar apetitoso que sólo pueden obtener los concurrentes á la Freemason's Tavern, como nos informa el Dr. Badham, difiere ménos de otro *cantharellus cibarius*, que una dicotiledónea cualquiera de otra. Las agaricíneas difieren ménos de los políperos y de las hydneas que dos especies de monocotiledóneas entre sí. Dos ascidias entre sí presentan más caractéres de semejanza que entre dos individuos de la *Apis mellífica*, en cuya estructura hallará el observador distancias imperceptibles á simple vista, pero profundas en realidad. Las costumbres de los briozoarios y de los radiolarios son más homogéneas, más iguales que las de las hormigas y cualquier otro grupo de insectos. La hormiga poliergus rufa difiere más de la sanguinaria y de la rufescens, así en estructura como en relaciones, que los diversos pólipos entre sí. Entre los hombres hay más diferencias que entre los monos. Entre los hombres civilizados hay más tendencia á la diferenciacion que entre los no civilizados. En los séres organizados esta facultad de diferenciarse nace de las condiciones especiales de herencia de medio ambiente, etc., y dá origen á la division de las funciones, que debe estudiarse como parte de la division del trabajo en la naturaleza. Esta creciente diferencia se nota especialmente en las funciones, en los movimientos. La vida de relacion de un salvaje tiene cierta monotonía; la vida de relacion de un hombre civilizado es más variada. La actividad se diferencia, se manifiesta en más diferentes sentidos, y en cada uno de ellos presenta más elementos de complicacion.

En tésis general, la igualdad sólo se encuentra en los términos de las matemáticas; pero en los términos individuales, no específicos. El número treinta y cinco es una relacion de cantidad absolutamente igualitaria por lo que hace á otro número treinta y cinco; treinta y cinco es igual á treinta y cinco,  $35 = 35$ . Lo propio suponemos en mecánica donde una fuerza  $a b$  la consideramos igual á otra fuerza  $a b$  que produzca el mismo resultado. En la física, que estudia la transformacion de las



fuerzas, ya hallamos factores más complejos, y por lo tanto, más desiguales. No podemos asegurar que sean perfectamente iguales dos átomos de carbono entre sí. Hoy conocemos sesenta y siete especies de átomos, cada uno de los cuales tiene diferente peso específico, tomando como á tipo de unidad el átomo de hidrógeno. Las categorías que presentan los resultados de las combinaciones químicas son interminables.

Podemos establecer una ley de las categorías de los seres, y es la de que están en superior categoría los que se presentan con estructura más complicada, y los que tienen estructura más complicada presentan una mayor tendencia á la diferenciación. Podemos, pues, establecer una ley de categorías de todos los seres de la naturaleza, fundándonos en sus diferencias de estructura y diversidad de funciones, y dentro de cada categoría podemos establecer diferencias que serán mayores entre los individuos de cada una de ellas á medida que ésta sea más elevada.

Los antiguos establecían tres grandes categorías entre los diversos seres de la naturaleza: colocaban en primer término el reino mineral, seguía el vegetal y terminaban con el animal. Recientemente Buffon establece la categoría humana, y más recientemente Quatrefages no quiere incluir á los hombres entre los individuos de las especies animales, y crea la especie hominal. La categoría más principal establecida por la ciencia moderna es la de seres inorgánicos y seres organizados ú organismos.

La ley de la desigualdad creciente, según un orden de fenómenos de complicación siempre creciente también, es absolutamente verdadera si se tiene en cuenta que la desigualdad es no sólo en esencia, en materia y en componente, sino en accidentes y funciones.

Las diferencias en los seres inorgánicos, en aquellos compuestos que son del exclusivo dominio de la química, son debidas á las leyes de las transformaciones de la materia, de la afinidad química. La mayor complicación en las diversas moléculas es la causa de la diferenciación. En cuanto á los seres organizados, Darwin, en aquel libro indispensable á todo científico, en aquella obra magna que será eterno monumento

de la potencia intelectual humana, en el *Origen de las especies*, nos señala las principales causas de variabilidad, de desigualdad entre las diversas agrupaciones de organismos y entre los diversos individuos que las componen, Darwin y otros naturalistas señalan las causas de la variabilidad, no sólo de los organismos, sino de cada uno de sus órganos, de sus partes constituyentes más principales.

Los histólogos modernos nos dan las leyes de la diferenciación de los órganos, de los tejidos y de las células.

Dentro una misma categoría nótase una marcada tendencia á la variación. Esta tendencia, inherente á los individuos que constituyen una especie, es el elemento primero de la selección natural, como nos ha demostrado M. Alfred W. Bennet en su notable trabajo sobre la *Teoría de la selección natural bajo el punto de vista matemático*, obra escrita en apoyo de las conclusiones transformistas más generalmente recibidas.

Estudiando la morfología particular de todos los seres que pueblan el globo, nótase que realizan distintas funciones, las cuales son más complicadas, difíciles y de un orden superior, á medida que son más complicados, difíciles y de un orden superior los órganos que los realizan. El estudio de la ley general de la complicación y desigual distribución del movimiento, nos inicia en el de la desigualdad de funciones, en la adaptación de los organismos y sus continuos cambios de forma para practicar la división del trabajo que la naturaleza exige, y como á consecuencia de ello la ley general de categorías de organismos clasificados, según el valor propio de la función que realizan. Toda función es una suma de movimientos acumulados, una concentración de fuerzas y una bifurcación de movimientos, siguiendo una serie complicatriz creciente que determina la evolución. Ahora bien: los seres que realicen los movimientos que pueden expresarse por la fórmula más simple, la fórmula mecánica, serán los que realizarán la función más sencilla. Un cuerpo, cuyas manifestaciones sensibles sólo puedan apreciarse por relaciones físicas, ocupará un lugar inferior en la categoría general de los seres al de sus cuerpos, cuyas manifestaciones sensibles puedan apreciarse por relaciones químicas; y esta supremacía, este orden de ca-

tegoría se explica perfectamente en razon á la funcion general más complicada y de un órden superior que desempeña. Y en tanto es así, que un cuerpo cuyas manifestaciones sensibles sean del dominio de la química, presenta de una manera complicada gran número de fenómenos de un órden físico. Un principio inmediato, producto de las combinaciones del carbono, presenta un sinnúmero de fenómenos químicos, que se descomponen cada uno de ellos en fenómenos físicos, cada uno de los cuales tiene su fórmula mecánica; esto existe, explica y entra como factor en todo problema científico, considerándole como un *movimiento*, una *fuerza en accion*, una célula compuesta de principios inmediatos; es, pues, un resumen, un *subtractum* de las actividades de los movimientos que encierran y acumulan un sinnúmero de moléculas, cada una de las cuales á su vez es un *subtractum* de las diversas actividades que encierran los átomos.

Necesariamente los átomos de éter, que la física moderna considera como la más elemental y simple de toda masa corpórea, han de ocupar en la categoría general de los seres un lugar inferior. Los átomos de materia ponderable, desiguales entre sí, realizando funciones diversas, han de valer más en razon directa de su participacion ó intervencion como factores elementales de las funciones más elevadas; aquellos átomos que parecen tener otro destino que formar rocas ó masas minerales, yustaponiéndose unos á otros, jamás podrán ocupar en la categoría de los seres el lugar que ocupará un átomo de hierro; pues éste, además de la facultad de yustaponerse con otros y formar rocas, tiene una facultad de combinarse con otros de índole diversa, y por el carácter especial de sus movimientos, formar parte integrante en la realizacion de las más elevadas funciones orgánicas. Mayor será, por lo visto, la categoría que corresponderá al átomo de carbono cuyas funciones son más variadas y de un órden superior.

Una célula vegetal es inferior á la del tejido adiposo de un animal. Entre todas las células, la nerviosa es superior y más distinguida; pues á la par que su estructura es más complicada que las demas, entran más elementos en su composicion, tiene una actividad más variada, sus funciones correspondientes son

las más nobles de cuantas en la naturaleza ocurren y se verifican. El funcionalismo de la célula nerviosa es una síntesis del funcionalismo de todas las células orgánicas, es decir, en su funcionar se encuentran reunidos y acumulados ejemplares de todas las especies de las actividades que la naturaleza en sí contiene.

Las plantas de más complicada estructura, y en las que se observa de una manera más clara y patente la tendencia á la diversificación, tendrán un puesto preferente y más distinguido. Serán superiores las que presenten más distintos órganos, más variadas formas en sus hojas, diversidad de flores y frutos.

Las esponjas, los corales, las medusas están clasificados entre las especies inferiores; los radiados, que se distinguen por la disposición coraliforme de sus órganos, ya están colocados en categoría superior; los pulpos, los corales, las almejas vienen después de los insectos cuya estructura nerviosa ya les da un sello de superioridad sobre todos los seres anteriormente citados. Entre los vertebrados provistos de un cordón nervioso protegido por un rosario de vértebras, los leptocardios (Acránios de Haeckel) están ántes de los peces, los reptiles ántes de las aves y de los mamíferos. Fijémonos en una clase de éstos, en la de los primates. Jamás los queironidos podrán verificar tan difíciles y complicadas funciones como los catirinos, y nunca se esperará de un catirino lo que puede esperarse de un hombre; y la razón de la superioridad estriba en que la naturaleza en el último ser, en el más complicado organismo, ha reunido, ha compilado, ha sintetizado la actividad de los organismos inferiores que aparecieron primero; es que en un sólo individuo de una especie elevada la naturaleza ha sabido acumular aquella potencialidad, aquel conjunto de fuerza que tenían los organismos inferiores á costa de quienes viven, cuya sustancia absorbe, cuya vida roba, auna, asimila y acrecienta.

Estudiando atentamente las funciones que realizan los seres que viven, nótese que los más elementales se realizan primero, las más difíciles después. El sistema nervioso bien determinado y con aptitud funcional es el que ha aparecido más tarde: sabido es que desempeña las funciones superiores en el mundo orgánico; en cambio, la nutrición es la que ha aparecido primero.

La supremacía y categoría diversa de las funciones también se determina por el consumo que cada una importa. Los animales superiores consumen mucho más que los inferiores; los alimentos de los organismos superiores son más variados, y las materias que alimentan los seres inferiores son más uniformes. La combustión más rápida en los seres que despliegan mayor actividad, necesita mayor *combustible acumulado* para regenerarse de las pérdidas experimentadas con el calor desarrollado con las funciones y la fuerza perdida con el movimiento.

Estas indicaciones generales dan mucha luz para fijar un criterio estricto sobre la categoría de los hombres en la sociedad.

II. *Diversidad de categoría entre los hombres y elementos de la evolución superorgánica como diría Hebert Spemer.*— Los menocercos de Haeckel, y que aparecieron al comenzar la época terciaria, y los autropoideos que probablemente aparecieron en el período mioceno, son fisiológica y anatómicamente hablando, inferiores al proximo desconocido. El hombre sin palabra, que debió vivir al terminar el período terciario, es notablemente ~~superior~~ al hombre que habla. El hombre primitivo, que carecía de este núcleo de afinidad social, que llamamos un gobierno, era relativamente inferior al mismo pária, al ilota, al esclavo.

En la historia general de los organismos, el que apareció posteriormente en condiciones morfológicas más diversificadas y con mayor facultad de adoptarse á las variadísimas condiciones de medio ambiente, es el que ocupa el lugar principal; así también en la historia general de las sociedades humanas, el hombre ultimamente aparecido que vive en una época civilizada posterior, ha de tener condiciones de superioridad sobre sus antecesores; pues por el mero hecho de no sucumbir en la época en que vive, denota que tiene facultad de adaptarse á las nuevas condiciones de medio ambiente social más numerosas, variadas y difíciles de vencer que en épocas anteriores; en una palabra, triunfa en la lucha por la existencia. Y, ¿cuáles son sus condiciones especiales, las facultades, las aptitudes, por las que vive en época tan difícil? La excesiva variedad de sus órganos, y sobre todo, el inmenso desarrollo de su sistema nervioso.

*inferior*

No existe sociedad ó reunion de séres viviendo juntos como no sea mediante cierto grado de desarrollo del sistema nervioso de estos mismos séres. Nunca jamás comprenderemos bastante la inmensa actividad que se acumula en el sistema nervioso, en virtud del cual la coexistencia de varios séres en un medio ambiente dado, produce la division del trabajo en el organismo social, continuacion de la serie de fenómenos conocidos bajo la denominacion general de division del trabajo en la naturaleza orgánica.

Así como la evolucion del hombre es un resúmen de la evolucion general de los organismos, desde la monera al hombre, cuyas formas de la escala zoológica se hallan en compendio en las de la escala filógenica que atraviesa el sér humano en el vientre materno, de la misma manera el hombre civilizado atraviesa, aunque de una manera abreviada y en compendio, desde que nace, hasta que llega á la plenitud de sus funciones, toda la serie de modificaciones experimentadas en la vida social, desde que apareció sobre la tierra hasta que quedó definitivamente civilizado. De manera que la vida intrauterina es un resúmen morfológico de la vida orgánica de todos los séres que han precedido al hombre, y la vida extrauterina es un resúmen sociológico de la vida de la humanidad. Ocupará un lugar superior en la categoría de los hombres, el que habiendo atravesado todos los períodos embriológicos de la vida social sepa colocarse á la altura de su época.

En una época determinada indudablemente, será colocado en primera línea el que reúna las condiciones de los demás hombres y además tenga una cualidad que le distinga preferentemente; una clasificacion general de las funciones sociales (si es que esta clasificacion es posible en el estado actual de nuestros conocimientos), nos daría una ley categórica de los organismos sociales. Hoy, sólo por medio de conjeturas, podemos estudiar un punto que resuelve el problema de las aristocracias y su razon de ser. Un hombre con una costumbre dada vale más que el hombre primitivo que no habia adquirido el hábito de acudir á la satisfaccion de sus necesidades. El hombre que vive en un pueblo civilizado con instituciones económicas, aunque sean sencillas y primitivas, tiene muchí-

partida  
simas ventajas sobre el salvaje que anda errante por las selvas. El individuo cuyo sistema nervioso se ha educado, puede soportar las incomodidades de la lucha social, y por ello lleva una grandísima ventaja sobre el salvaje ermitaño, á quien le irrita el trato humano ó á quien un exagerado orgullo no le permite vivir en sociedad y ocupar el lugar que le corresponde. Todos estos casos y muchos más podrian citarse en apoyo de la supremacía de aquellos individuos, cuyo sistema nervioso es más importante por su extension, estructura brutológica y educacion acumulada. Los funcionalismos del sistema nervioso en sus relaciones con la vida social, tienen un punto de ~~paridad~~ (las funciones de motilidad), y un término conocido hoy y considerado hasta el presente como el summum bonum del funcionar, esto es, el funcionalismo cerebral. Hé aquí porque en las primitivas sociedades no hay otro predominio que el del músculo, luego sigue el de los centros nerviosos, el de los diversos ganglios y termina el del cerebro que sobrepuja á todos. Entre los individuos de sistema muscular más desarrollado, dominará siempre el que tenga mejor dirigido este sistema muscular por un sistema nervioso mejor educado.

La astucia dominará á la fuerza, porque los nervios mandan á los músculos y les dirigen y les impulsan. La inteligencia prevalecerá sobre la astucia, pues ésta no es más que una derivacion, ó una degeneracion, ó un comienzo embrionario de la más alta funcion del hombre, de la inteligencia cuyo órgano es el cerebro. Sin estas previas indicaciones, tomadas de los principios de las ciencias naturales y sociales, no podemos establecer un orden de categorías entre los miembros de la humanidad; sin este orden de categorías no podemos plantear ni resolver el problema de la aristocracia y de la democracia.

La desigualdad es la ley de la naturaleza, pero no es ley absoluta. Felizmente está tan adelantada la teoría de la evolucion biológica, que nos permite comprender de qué manera el sér más inferior puede formar parte del organismo del sér superior; así tambien la evolucion social explica, por las aptitudes del hombre que vive en sociedad y por la educacion é instruccion de su inteligencia, la posibilidad de que llegue á la cumbre de la gerarquía, brille entre los más distinguidos, so-

bresalga entre los más encumbrados, por más que su nacimiento haya sido humilde y oscuro.

El estudio de la naturaleza y de la sociedad humana nos dan una relación de desigualdad siempre creciente, considerados los organismos y los seres que viven en ella en un tiempo dado; mas si la consideración se hace extensiva al terreno de la dinámica social, vemos cómo la transformación continua de los seres hace cambiar los factores de las jerarquías, pero nunca jamás las jerarquías mismas.

Desde luego que la división del trabajo en la naturaleza y en la sociedad sólo es posible en la desigualdad de órganos y la consiguiente diversidad de organismos; hemos de convenir en que la *categoría* es ley de naturaleza orgánica y social. En la especie humana ocupan el primer término de la categoría los individuos de la raza indogermánica; el último término está destinado sin duda á los primitivos habitantes de la Lemuria. Por lo que respecta á las condiciones fisiológicas que determinan una categoría particular en cada época, estará en primer lugar colocado el hombre cuyas manifestaciones de un orden intelectual sean más diversas é intrínsecamente más importantes y complicadas. El hombre que puramente digiere y secreta, ejercitando el cerebro lo ménos posible, ocupa el lugar inferior en la categoría social. Las autocracias humanas tienen el privilegio de las más altas funciones sociales. Cada época señala una privativa especial á las funciones que mejor satisfacen las necesidades de su civilización. Las necesidades históricas determinan las funciones cuya realización da la supremacía; empero un estudio de las necesidades históricas y de lo que cada época apetece, nos presenta una serie de anomalías y divergencias que permiten por analogía comprender mejor la evolución natural. Para saber diferenciar y distinguir lo anormal de lo normal, téngase presente cuanto hasta aquí se há dicho; no de otra manera se comprende que la aristocracia de la humanidad y de la naturaleza la constituyan aquellos seres en cuya organización acumulan más fuerza nerviosa.

Aristocracia significa el gobierno de los mejores, de los más sabios, de los más dignos (*ἀριστος* y *κράτος*).



Las aristocracias se han ido sucediendo y han ido gobernando eternamente. Lo mejor, lo más escogido, los seres más fuertes han dominado y han vencido siempre en la lucha por la existencia. La supremacía obtenida por los seres más fuertes, es debida á su organizacion superior y consiguiente facultad de adaptarse al medio ambiente. Darwin ha desarrollado estas leyes en su *Origen de las especies*; Bagehot y otros las han aplicado á la ciencia social.

Con esta feliz aplicacion podemos resolver el problema de las aristocracias en sociología, sirviéndonos de los mismos factores con los cuales hemos determinado la supremacía orgánica en biología.

Indudablemente la más alta funcion social, la funcion rectoria, la funcion directiva, el gobierno, ha de practicarse por las aristocracias, lo mejor, lo más escogido. Conocidas que que sean las cualidades que determinan en el hombre la supremacía, el valer, y que le asignan un puesto privilegiado en la categoría social, sabremos quién ha de gobernar; funcion social que no da impulso ni lo crea, sino que transforma la actividad que, en serie convergente y en las más altas esferas, acumula todas las fuerzas vivas de una sociedad. El problema de la aristocracia, en tésis general, se plantea así. Lo mejor, lo más escogido de una sociedad es aquella suma de individuos que tienen más inteligencia; y desde luego que los seres superiores son los que se encargan de las funciones superiores, los hombres de más talento y más instruidos de una sociedad son los que deben gobernarla, dirigirla, encaminarla. Sólo así se hace buena aquella frase que sintetiza en pocas palabras un sinnúmero de fenómenos naturales: «Saber es poder.» ¿Han gobernado siempre los hombres de más inteligencia? Acaso ¿no hay la aristocracia militar ó de la fuerza, la del dinero, y otras que siguen gobernando las sociedades, y que, tomando varias formas y con diversos nombres desde épocas remotas, desde los orígenes de los tiempos históricos, se han puesto al frente de los pueblos? Indudablemente esto es así; pero las aristocracias se transforman, y hoy, en mi sentir, la ciencia social moderna confía el cetro de los pueblos á la aristocracia de la inteligencia.

En el artículo segundo sobre la filosofía de la aristocracia, nos ocuparemos de la fenomenología de esta clase superior que aparece en toda sociedad, de las varias formas en que se presenta en los tiempos modernos, huellas de las que revestía en otras épocas, así como también trataremos la cuestión del medio ambiente, naturaleza propia, rango, jerarquía, razones sociales en pró de una clase elevada, cuestiones de prestigio y necesidad de que se constituya y dé una importancia creciente á la aristocracia de la inteligencia, y á su vez lo vaya perdiendo la que hoy tan injustamente y contra toda ley de naturaleza social nos hace sentir su inaguantable peso, esto es, la aristocracia del dinero.

P. ESTASEN.





## LA ESPAÑA

BAJO LA DINASTÍA AUSTRIACA (1).

---



L poco de iniciada la Reforma protestante, el Catolicismo combatido en toda Europa, derrotado en varios Estados, halló su refugio en España. Aquí, despues de haber sido arrojados los musulmanes en nombre de la fé, las libertades de los antiguos reinos eran ahogadas por el monarca para someter las diversas razas que formaban la nacion á su poder absoluto. El Catolicismo en derrota halló un terreno á propósito para atrincherarse, y la unidad religiosa nos cayó encima como una plaga; miéntras la vida renacia por todas partes, con ella nos entró aquí la muerte.

En España, la Edad media no habia presentado el carácter terrible que en las demas naciones del centro y del Norte de Europa.

La idea milenaria apénas habia hecho prosélitos. La danza de San Vito no habia conmovido con sus trágicos espectáculos las comarcas de la península. El señor y el pechero

---

(1) Debo hacer constar que muchos de los datos que me han servido para hacer este trabajo se los debo á los señores D. Angel Fernandez de los Rios, D. José Pella y Forgas y D. Juan de Arana, á quienes doy las gracias, aprovechando esta ocasion para ello.

vivian aquí en menor lucha que en otras naciones, ya que ambos tenían una aspiración superior en la reconquista. Además, Cataluña y Aragón estuvieron dotadas de instituciones democráticas (1), de sabios códigos mercantiles y de consejos del pueblo que imponían su soberana voluntad á los reyes. Barcelona, más que capital de monarquía, era una república comercial como las repúblicas marítimas de Italia. Navarra y la tierra vasca gobernábanse en su régimen patriarcal; refugio de la patria independencia, allí todos habían luchado por la reconquista; y habiendo luchado todos, todos eran beneméritos y nobles. Ambas Castillas, en guerra continua con los árabes, acabaron por adquirir su galantería y su carácter imaginativo. Y las provincias meridionales, subdivididas en califatos, formaban una confederación árabe, en donde se cultivaban mil industrias y artes útiles, y se enseñaban conocimientos que, por adquirirlos, acudían á sus aulas gentes de todas las ciudades de Europa. La Filosofía griega brillaba de nuevo en la Andalucía, anticipando al Renacimiento de cuatro siglos.

No es todo decir que en España, como en Francia y Alemania, el siervo y el pechero no fueran víctimas de los abominables derechos de señores y prelados, ni que no desolasen sus territorios hambres y pestes, guerras y miserias; pero esto fué en menor escala que en las demás regiones europeas; pues como dijo muy bien Castelar, «aquí la libertad es lo antiguo, y lo moderno la tiranía.»

Pero vino la monarquía austriaca con Carlos V, y con la centralización nos introdujo el negro terror germánico. El absolutismo monárquico importado á nuestro meridional suelo de España, fué cual planta venenosa que, creciendo en el Norte raquítica y sin virus, envuelta por fría atmósfera, desarrollara sus principios tóxicos al arraigar en una tierra ar-

---

(1) La primera Constitución (del siglo XIII) prohíbe al monarca el que se le llame rey en Cataluña; sólo le permite usar el dictado de príncipe.— Se le permite la coronación por ser signo de valía personal, no de supremacía y mando sobre los demás; haciéndose notar en los considerandos, que ha habido tiranos que no se coronaron, y que en cambio se coronan genios y talentos, esforzados caballeros y jefes de república, como el Dux de Venecia.

diente á que se trasplantara. La planta monárquica se convirtió en árbol de muerte; el vegetal del Norte se metamorfoseó en gigantesco manzanillo. Implantado en el centro de la nación, pronto sus raíces se extendieron á todas las provincias para chuparles el jugo y crecer á sus expensas. La dinastía austriaca, para dar fuerza á la monarquía, para consolidar una unidad uniforme, imposible, comenzó por matar las libertades en los antiguos reinos. El monstruo, para comerse sus presos, los mataba primero. La Iglesia empujó luégo á los reyes de la casa de Austria á que impusieran la unidad religiosa absoluta en España, y despues á que con los españoles se la impusiera al mundo.

Antes de los reyes austriacos, cerca de la tercera parte de españoles profesaban el islamismo ó el judaismo. Entre los restantes habia habido durante la Edad media graves disidencias. Si bien todos eran más ó menos cristianos, predominaban primero los arrianos; luégo muchos negaron la obediencia á la Santa Sede. En Aragon y en Cataluña los reyes se reian de las excomuniones é interdictos; y de entre ellos varios se distinguieron por hacer la guerra al papado. Un Pedro provocó las vísperas sicilianas contra el ejército bendecido por el Pontífice (1). Otro Pedro murió combatiendo á los cruzados de Montfort al lado de los albigenses (2). Barcelona fué durante largo tiempo asilo de sabios judíos ó excomulgados; Arnolfo de Villanueva floreció y escribió en ella su teoría herética de que *más vale el bien obrar que la oracion y la misa*. La ciudad de Reus, ántes *Mas dels arreus*, debe su origen á una sublevación contra un obispo. Cuando los antipapas, uno de ellos era catalan y abrió un Congreso en Tortosa, en donde se discutió pública y libremente el judaismo, el cristianismo y el islamismo.

El tan tradicional espíritu católico y monárquico de la España no es más que una teoría forjada en nuestros dias.

No le costó poco al poder teocrático el imponerse, á pesar de que iba apoyado por el Trono. Pedro Arbués, á quien san-

---

(1) Pedro III el Grande.

(2) Pedro II.

tificó la Iglesia, fué acuchillado por el pueblo al establecer la Inquisición en Zaragoza. El Santo Oficio no imperó en Andalucía hasta que se decapitó en Sevilla al marqués del Priego, que se había levantado en contra al frente de algunos miles de paisanos. Cataluña sólo vió autos de fé despues de estar por mucho tiempo subyugada al poder monárquico.

La unidad religiosa y el poder real se imponían en España á un tiempo. La monarquía en ella había venido limitada más bien por el poder popular que por el feudalismo. Las Córtes, y las cartas-pueblas limitaban el poder de la corona en Castilla. Barcelona tenía un Consejo de Ciento superior al Rey. Este no se titulaba tal, sino príncipe, y estaba subordinado por juramento al Consejo. Más tarde las diputaciones catalanas y el Justicia de Aragon representaron lo que hoy se llamaría la *soberanía de la Nación sobre la del monarca*. La fidelidad absoluta al soberano era aquí ignorada ántes de que nos la importaran de Alemania. Sólo destruyendo estas instituciones nacionales, sólo despues de haber muerto sus defensores, pudo aquí arraigar el poder católico-monárquico. Para ello el Rey hizo decapitar en Castilla á los comuneros; para ello el Rey ajustició en Zaragoza al Justicia; para ello el Rey hizo quemar en Barcelona los derechos del pueblo por mano del verdugo; para ello el Rey mandó expulsar de sus hogares en las provincias del Sud á millones de moriscos y judíos.

Despues de esta nefasta expulsion, el monarca dió carta blanca al clero para que mandara en todo y todo se lo apropiara.

La monarquía que vino á dominarnos con Cárlos I es algo que no soñó la Edad media, es la monarquía elevada á Imperio universal, es el Imperio que no surge de la República para plantear los principios que hubiere formulado, es el Imperio por el afán de imperar sin ninguna otra idea, sin otro fin ni otro móvil. No representa el Imperio de la casa de Austria, como el de Alejandro, el predominio del humanismo indogermánico sobre el elemento asiático religioso y absolutista, que se aprestaba á invadir Europa entrando por Grecia: no representa el poder de un pueblo centralizado en un César, como en Roma, para poner por encima de todos los demas

pueblos declarados iguales, la unidad suprema del derecho y la justicia: no representa tampoco lo que el Imperio de Carlomagno, la organizacion del país y de los límites para rechazar las invasiones extranjeras; las bárbaras del Noroeste y la musulmana del Sud: no representa ni siquiera la lucha del poder real, del poder laico en contra del poder religioso, del Pontífice romano, como representaba el Imperio germánico en los siglos XII y XIII; no, nada de esto representa el Imperio de Austria. El Imperio de Austria es una idea muerta personificada por un desatentado. La idea es el cesarismo romano, el desatentado Carlos V.

Carlos V, el gran Emperador, no es un hombre único, es un hombre sincrético; su ser, lo mismo que su Imperio, no es más que una unidad forzada. Reasume en sí razas distintas que aún no están en él bien fundidas. Las diversas sangres de que proviene aún no se han combinado en su persona. En su hijo Felipe II la naturaleza ya ha producido la unificación de los diversos elementos; en Carlos V, estos elementos aún están en lucha por aunarse. Y de esto se resintió todo el Imperio.

El abuelo del Gran Emperador, *Carlos el Temerario*, llevó en sí una triple herencia de tragedias; la de *Juan sin miedo*, que entregó Francia á los ingleses; la de Iork y de Lencastre, en la que dos hermanos en lucha fratricida exterminaron el tercio de su reino, y la de Montiel, en la cual un bastardo fundó una dinastía apoyado por un traidor, clavando alevosamente su puñal en el corazon de su hermano. ¡Cuántas luchas morales no reasumía en sí el temerario! Su yerno *Maximiliano, el gran cazador*, pasó la vida entre el furor y el vértigo. *Felipe el Hermoso* no pudo resistir la herencia de locuras y desórdenes, y un vaso de agua bastó para quitarle la vida en el juego de pelota. Deja un hijo, engendro de su organizacion sobreexcitada, y de una mujer histérica y celosa hasta la monomanía, que á la primera adversidad formal que en su pasion sufre se le descompone el cerebro y pasa á loca. ¡Pobre *Juana*! Fruto del casamiento forzado de los diversos pueblos que forman España, á ella es á quien le toca poner en el mundo al que ha de ser el rey más poderoso de cuantos hayan visto los

nacidos. ¡Cárlos V! Ved aquí el vástago que recopila en sí la ambición de D. Enrique, la insensatez del cazador Max, el temperamento valeroso del Temerario, la frívola frialdad del Hermoso flamenco, la terquedad y doblez del aragonés Fernando, la impetuosidad y fanatismo de la castellana Isabel, la sobreexcitación y el extravío mental de su pobre madre. Este es el soberano que fundó la monarquía absoluta universal, la monarquía que dominó las cuatro partes del mundo, en cuyos dominios jamás el sol se puso. ¡Cuántas herencias de crímenes, de desórdenes, de fanatismos y de locuras! Yo veo en él un alma múltiple en lucha consigo misma, un alma caótica, compuesta de diversas hipostases, un alma á la vez portuguesa, inglesa, borgoñona, walona, flamenca, germana, castellana y aragonesa, cuyos elementos batallan entre sí, y según el que predomina, tal salen los actos, tales son las determinaciones. A veces domina en su carácter la terquedad del *rey Católico*, á veces la astucia de *Trastámara*; ya es la impetuosidad de Isabel, ó la caballerosidad nimia del Flamenco, ó por fin, predominan las temeridades de su abuelo Cárlos, cuando no se arrepiente de lo que hizo la víspera, cayendo en melancolía religiosa que dominara á su madre en sus últimos momentos.

Vedle agitarse y dictar desde su gabinete mensajes que van á decidir de la suerte de los Estados. Vedle correr de Madrid á Túnez, de Flandes á Barcelona, de Valladolid á Viena. Negocia, pacta, guerrea, dicta órdenes terminantes, ineludibles; decapita á los defensores de los municipios; arma tercios y más tercios; tripula flotas; envia capitanes á las Américas y á Africa; derrota á la Francia y á su rey; saquea la ciudad del Pontífice; lega la corona de Alemania á su hermano, y luego se arrepiente, hace contraer á su hijo un matrimonio de razón de Estado, ¿y todo por qué?

¡Sal, oh gran Cárlos de tu tumba, y dí tu secreta idea, si es que la tuviste! Dí, ¿por qué te agitaste de tal manera? ¿Qué vértigo inmenso conmovió tu cerebro y transportó tu cuerpo de un confín á otro de Europa? ¿Por qué dictaste en tantas lenguas sin saber ninguna? ¿Por qué uniste á tantos pueblos ahogándolos en el inmenso abrazo de tu poder? ¿Por qué comba-



tiste los Comunes en Castilla mientras fuiste modelo de [reyes constitucionales en Cataluña? ¿Por qué asaltaste Roma mandando hacer al mismo tiempo rogativas por el Pontífice? ¿Por qué tomaste á Argel? ¿Por qué enviaste la flota de Cortés á las Américas? ¿Por qué te hiciste llamar majestad, cual otro Dios sobre la tierra? ¿Por qué tanto tratado? ¿A qué tanta carta, tanta embajada y tanto pacto? Dilo, ¡oh gran rey! si tú lo sabes, si tu obra no fué sólo un furor inconsciente de actividad acaparadora, si no fué una colosal locura estéril, ya que el nulo desastroso resultado de tu inmenso Imperio así inducen á la posteridad á creerlo.

Con Carlos I la monarquía española adquirió la omnipotencia á expensas de la nación; con Felipe II personalizóse en el monarca, y éste, para mantener su dominio en todos los continentes, esterilizó España, haciendo de ella una nación de frailes y soldados que poco pensaban y nada producían. Desde entonces la teocracia se apoderó de la voluntad del rey, haciendo presión sobre su conciencia, y el rey la transmitió á su vez á todos sus súbditos. Así como los reyes de Babilonia tenían por primer ministro un astrólogo mago que les dictaba lo que el dios solar prescribía que hicieran, Felipe III y Carlos II, estos infelices coronados, tuvieron un sacerdote que en nombre de Dios les imponía la conducta que tenían que seguir en su gobierno.

La monarquía se indentificó con la religion hasta el punto de ser absorbida por ella: hubo más; llegó á ser su instrumento. Pero en cambio la persona del rey fué declarada por la religion, sagrada, y se la rodeó de una etiqueta idólatra, de un ceremonial que rayaba en rito. Se le dió, á semejanza de un Dios, el tratamiento de Majestad, y se le colocó por encima de la justicia. Aquella independendencia del juez castellano sentenciando á su rey D. Pedro, la del *Conceller* de Cataluña declarando la ley superior al rey, hubieran sido un sacrilegio en estos tiempos. El rey podia impunemente apoderarse de la mujer ajena, pues honraba todo lo que tocaba: los mismos autores dramáticos lo hacen constar así en sus producciones. Al rey se le hablaba de rodillas, y podia no dignarse contestar ó hacer contestar por él á su valido. En cambio el

rey no perdonaba sacrificio en favor de la Iglesia. Por ella deramaba generosamente el dinero y la sangre de sus súbditos á raudales. Por ella nos abrió las venas y nos agotó las minas. Por ella quedaron exhaustas las arcas, despobladas las comarcas, incultos los campos y arruinadas las ciudades.

La tendencia católico-monárquica nos llevó á no considerar dignas y nobles sino las profesiones de las armas ó del culto; es decir, á los que se dedicaban á matar ó vivir para fines de otra vida.

Los principales ingenios españoles fueron soldados ó religiosos, cuando no ambas cosas. Calderon, Cervantes, Lope de Vega, Ercilla, Melo, Hurtado, Rojas y Garcilaso habian sido militares. Moreto, y aún el mismo Cervantes, vistieron hábito los últimos dias de su vida. Lope de Vega, Montalvan, Rioja y Villaviciosa eran inquisidores: Tárrega, Tirso de Molina, Góngora, Calderon, Solís y Danvila fueron curas: Argensola y Carrillo, canónigos de Zaragoza: Gracian y Mariana, jesuitas; Zamora y Sandoval, benedictinos. Todo lo que se escribia en esta época era en provecho de la religion. Los asuntos casi siempre eran de ultra-tumba. Jamás la perspectiva del morir se pintó con más negros colores. Hay ascetas de esta época al lado de cuyas descripciones los del Apocalipsis parecen alegres. Los escritores dramáticos pasaban su vida escribiendo autos sacramentales, inspirándose en la muerte y pasion de Cristo ó en el martirio de los santos. La literatura mortuoria alcanzó una fecundidad exorbitante. Llenáronse por religiosos y laicos bibliotecas enteras de infolios para probar que habiamos de vivir mortificados para alcanzar despues la gloria del cielo. Todos los actos de la Iglesia hallaron encomiadores; hasta sus crímenes tuvieron panegiristas. Se apuraron todas las argucias escolásticas, todas las sutilezas teológicas, para ensalzar lo benéfico del expurgo, lo saludable del tormento aún para los mismos atormentados. El espionaje fué santificado hasta en el seno de la familia. A la Inquisicion se la llamó el *Santo Oficio*.

¡Con qué ardor se combatia á las herejías y se exterminaban los herejes! La muerte era el único castigo, pero no la muerte súbita, sino una muerte lenta por el fuego y precedida

de las torturas más refinadas. Los obispos cada día excitaban á aquellos piadosos reyes á que hicieran quemas ó carnicerías. «El cielo airado no permitirá la prosperidad de la patria —le decían— hasta que no hayamos limpiado la España de herejes enemigos de Dios y de la religion santa;» y los más fervorosos, entre ellos un cardenal arzobispo de Toledo, le excitaban á que ni á los niños se dejara con vida, para que con el tiempo los fieles no se vieran expuestos á mezclar su sangre con sangre de moros ó judíos.

Un clero feroz exportó la cruz y la hoguera á todos los países que conquistaban los ejércitos del rey de las Españas. Y las Indias, Flandes, Italia, Lombardía y la costa de África, vieron incensar al Dios de los católicos con el humo de la carne de los que no estaban sujetos á la ley de la Iglesia. Así, para honrar á Cristo, ennegrecíanle de hollin humano. Pronto la purificación por el fuego llegó también á los católicos sospechosos. La sacra hoguera los quemaba á centenares en España. Para salvarles el alma se les tostaba el cuerpo. Para castigar la carne se la carbonizaban. La llama del Santo Oficio desecó el suelo castellano. El ángel exterminador se habia hecho corchete. El quemadero vino á ser una necesidad pública. Allí el pueblo, los hidalgos, y aún las damas, se blindaban el corazón y se petrificaban la conciencia. ¡Singular caso de atavismo! En el castellano reaparecía el semita; al adorar á Jesucristo, rendía culto á Moloch inconscientemente.

Y mientras el fuego purificaba las almas de los malos cristianos, las de los buenos ardian en él de un amor mezcla del divino y del humano. Las manifestaciones amatorias adquirieron un carácter fúnebre. El amor y la muerte se juntaron. En las visitaciones del Viernes Santo citaban las damas á sus galanes para que las vieran lucir sus gracias místicas. Los caballeros celebraban verdaderas justas de disciplinantes, en las cuales el más macerado recibía en premio de tanta devoción los favores de su dama por la Pascua. Para hacerse amar era preciso enternecer. La concupiscencia y la devoción marchaban juntas. La bacanal andaba al rededor del Calvario. La Virgen de los Dolores transparentaba á Mir-militta. La piadosa corrupción de Biblos al morir Adónis reaparecía al mo-

rir Cristo. La Semana Santa fenicia repercutia en España despues de veinticuatro siglos.

En tanto la religion aumentaba y la poblacion disminuia. El clero se enriquecia de una manera exorbitante. Para él los legados hechos al confesor ó á su convento, en la hora de la muerte, despojando á propios y deudos. Para él las haciendas de los herejes y relapsos que morian en la hoguera. En tiempo de Felipe IV llegó á tal extremo la cosa, que se presentó á las Córtes un documento en que se pedia se pusiese coto á esto. En él se declaraba que eran «los religiosos muchos, los mendigantes en exceso y el clero en gran multitud; que habia en España 9.088 monasterios, áun no contando los de monjas, y que iban metiendo poco á poco con dotaciones, cofradías, capellanías ó con compras, todo el reino en su poder (1).» Y el brazo seglar tenía que soportar todas las gabelas del clero y de la corona.

Todo lo provechoso era del rey y del clero, todo lo gravoso de la nacion. Del rey era el patrimonio, del rey eran los museos, los archivos, las armerías, los ejércitos, las galeras, los palacios, los bosques y las minas; del clero las almas, y con ellas las haciendas de los fieles; y del pueblo la deuda, los alojamientos, las gabelas, las levas, las contribuciones, los diezmos, las primicias y toda clase de vejámenes. Cada dia los particulares veíanse desposeidos por el rey ó por la Iglesia. Para los tercios reales se sacaban hijos del pueblo en suficiente número para dar guarnicion á casi todas las ciudades del mundo. Y el clero absorbía tambien por su parte muchos de los hijos de la nacion. En el obispado de Calahorra habia 18.000 curas, en el de Sevilla 14.000; su catedral tenía para su servicio más de 100 clérigos, sin contar con los canónigos. Los franciscanos y dominicanos contaban en España con más de 32.000 profesos (2). La universidad de Toledo en 1620, en un documento, hace constar que «hay doblados religiosos, clérigos y estudiantes, pues que no hallan otro medio de vivir y

---

(1) Céspedes, *Historia de D. Felipe IV*, Barcelona, 1634, lib. VII, capítulo IX, pág. 272 v.

(2) Danvila, *Historia de D. Felipe III*, lib. II, pág. 215.

poder sustentarse (1).» Y se consideró una herejía poner traba ú objecion alguna al crecimiento de la Iglesia y al de sus posesiones.

La Iglesia y la Monarquía de consuno iban eliminando del país todos los caracteres susceptibles de actividad y de progreso. El clero tomaba para sí en las universidades todos los que pensaban algo; y éstos luégo, viviendo en celibato la mayor parte, no se reproducian. De otro lado la Inquisicion, en su afan de exterminar todo lo que fructificara fuera del campo de la fé ciega, condenaba continuamente á la hoguera á los que cometian el sacrilegio de pensar disintiendo del dogma ó de la disciplina de la Iglesia. Todo el que era condenado por tal motivo, por lo regular valia más que los ortodoxos, pues disientia; y el mero hecho de disentir supone ya un raciocinio, supone que la inteligencia del que disiente funciona más que la del que tan sólo cree y se conforma, ya que para disentir es preciso comparar. Así es que la Inquisicion iba eliminando los más inteligentes. En fin, los ejércitos del rey llevábanse lo más fuerte y lo más distinguido de la juventud española; hidalgos que por su posicion habian tenido más medios que los simples plebeyos para educarse. No es necesario decir cuántos se embarcaban y no volvian jamás á las playas españolas.

Gracias, pues, á esta seleccion verificada en provecho del Altar y del Trono, llegó España á no tener más que 5 millones de habitantes, y éstos eran la gran mayoría inteligencias estrechas, cuando no obtusas, y caracteres apocados, los cuales, reproduciéndose exíguamente, daban á la patria generaciones ineptas para el pensar y para el trabajo. El número de los inteligentes disminuia en proporcion geométrica, pues que cada generacion sufría á su vez el mismo expurgo. Así fué quedándose España sin pensadores, sin obreros inteligentes, sin artífices hábiles. Las sedas, los tapices, los brocados, los cueros de Córdoba, las armas de fuego, las industrias de platería y filigrana, todo fué abandonado. Los que las ejercian eran moriscos ó judíos, y habian sido expulsados, destruidas sus

---

(1) Campomanes, *Apéndice á la Educacion*, tomo I, pág. 465, y tomo IV, pág. 219.

máquinas y útiles y quemados sus libros. En Barcelona se pegó fuego al libro de dibujos de los plateros porque eran judíos. Sevilla tenía en la sola industria del arte mayor y menor de la seda 16.000 telares, que mantenían holgadamente 130.000 personas (1), y en tiempo de Felipe IV quedaron reducidos á ménos de 300, y la poblacion disminuyó en tres cuartas partes (2). Madrid, de 400.000 habitantes, quedó reducida á 200.000. Toledo perdió sus industrias de lana y seda, y su poblacion disminuyó en más de un cuarto: más de 40.000 tejedores de velos quedaron sin trabajo. Búrgos, ciudad que contenía más de 6.000 habitantes, quedóse con 600, y Segovia siguió igual suerte (3). Barcelona disminuyó sensiblemente de poblacion, lo mismo que las demás ciudades y villas marítimas de la costa catalana; á sus hijos se les prohibió el que fueran á hacer el comercio con las Américas; los vinos catalanes tenían que ser conducidos á Francia ó á Lisboa (después de la emancipacion de Portugal), para ser conducidos á las Américas cubiertos con un pabellon extranjero.

Los marinos más expertos se consumían de miseria en sus casas ó emigraban á Levante en busca de quien utilizara sus servicios, mientras los buques carcomíanse anclados en los puertos.

En la segunda mitad del siglo xvii las gentes moríanse materialmente de hambre en Madrid y en las provincias. Los campesinos no querían ya vender sus frutos, pues preferían consumirlos á tener monedas y no poder comer. Entónces, por órden de las autoridades reales, salió de Madrid una siniestra comitiva, de la que formaba parte el verdugo y sus corchetes, para hacer á viva fuerza una requisita de víveres en los pueblos de ambas Castillas. El rey y su córte no tenían ni provisiones ni dinero, y debían de traérselo aunque fuera salteando los poblados. En la lucha para la vida, la sacra majestad se comía á sus súbditos.

---

(1) Campomanes, apéndice á la Educacion popular, t. I, pág. 475.

(2) Ustáriz, Teoría y práctica de comercio, pág. 243.

(3) *Memoire du duc de Saint Simon*, t. XXXVII, pág. 230. Confirma además estos datos Campomanes en un apéndice á la Educacion popular.

Los infelices campesinos desposeídos fueron en número de 20.000 á mendigar á la córte, miéntras los restantes andaban á bandadas errantes por las poblaciones, pidiendo limosna cuando no morían de inanición, ya sin fuerzas para andar, dentro de sus casas saqueadas, sin ajuar ni comestibles. Villas enteras quedaron desiertas. En solo Andalucía contáronse 5.000 casas vacías. Un refrán de la época decía que la alondra para atravesar las Castillas debía de llevarse el grano en el pico; los padres ya no podían darles á sus hijos más que las entrañas (1).

Por fin, Madrid llegó á sentir también el hambre con todos sus horrores. Los pobres moríanse literalmente de necesidad en medio de la calle. Muchas eran las familias que no tenían más carne para echar en el puchero que un trozo de tocino metido en una especie de jaula de alambre, que cada día metían en la olla para dar sustancia al caldo.

Frecuentemente las gentes se acuchillaban á las puertas de las tahonas para alcanzar un pan. Quevedo, en vista de tanta miseria, exclama :

*Perdieron su fuerza pechos españoles  
Porque se alimentan de tronchos de coles.*

.....  
*«El anciano pobre y el buen caballero,  
Si enferman no alcanzan á pan y á carnero (2).»*

En Madrid sobraban los caballeros de industria á falta de industrias con que vivir. Los estudiantes, más que á estudiar, se dedicaban á aguzar la astucia para hurtar con que comer, y los soldados, sin paga, robaban sin astucia con solo su arcabuz ó su espada. En 1680 los alguaciles y corchetes, que hacía ya mucho tiempo que no cobraban, asaltaron varias casas de Madrid á la luz del día, robando y asesinando á sus moradores (3). Tanta era el hambre de las provincias andaluzas, que el consulado de Sevilla envió una diputación á la córte para

(1) Fernandez de los Rios, *Guía de Madrid*.

(2) Quevedo, *Memorial al rey Don Felipe IV*.

(3) Alvarez Osorio y Redin, *Discursos* 1686.

hacerlo presente. Pero la córte nada podia darles; vacío el Tesoro, nadie sabia cómo llenarlo. La córte era tan pobre ya como las provincias, y habia llegado al extremo de no poder pagar ni á sus criados. Al mismo rey le faltaba con que pagar los gastos más precisos de su casa. Felipe III tuvo que confiscar varias veces el oro que los galeones traian de América para los particulares, dándoles en cambio un papel cuya renta no se pagó nunca. Felipe IV tenía que pedir, aún cuando prestado, para poder proteger exíguamente á los ingenios que le rodeaban; y con Carlos II llegó á tal extremo la miseria, que en cierta ocasion tuvo que mudar dos pares de mangas á un jubon de terciopelo negro por no tener con que comprar otro. Se habia creído que podíamos vivir del oro que nos venia de las Américas; y como nadie trabajaba y las fincas rurales estaban estancadas en las manos muertas del clero y la nobleza, el oro no entraba aquí más que de paso para las arcas de los holandeses y franceses que hacian el comercio. España era cual un tamiz; por oro que cayera en él, siempre quedaba en seco.

El hambre y la miseria de aquella sociedad no hay que buscarla en los documentos oficiales, de cuya redaccion dice Quevedo:

*«Las plumas compradas á Dios jurarán  
Que el palo es regalo y que las piedras pan (1).»*

Sino en las obras de arte de la época. Leed los escritos de sus poetas, ved los cuadros de sus pintores; sus poetas y sus pintores, los primeros del mundo en su siglo, os retratan con un realismo que espanta la miseria fúnebre de aquella sociedad católico-monárquica. Id al Museo del Prado, subid al de la calle de Alcalá ó al Ministerio de Fomento; dirigíos á Toledo ó al Escorial; visitad todas estas galerías, y allí hallareis frailes de Zurbaran que espantan, santos de Rivera que vivos aterran y muertos dan asco; cenovitas de Carducho tísicos ó paralíticos y monjas anémicas; retratos y ángeles del Greco que parecen desenterrados los primeros y momias con alas los se-

(1) Quevedo, *Memorial al rey D. Felipe IV*.



gundos; personajes de Carreño ante los cuales exclama uno con el Dante: *¡Non raggionar di lor ma guarda é pasa!*

Y si pasamos revista á los escritores, veremos que Quevedo, el más festivo de entre ellos (aunque tal vez tambien el más profundo), escribe libros como el *Gran Tacaño*, en el cual nos presenta personificadas en un solo tipo la truhanería y la miseria; *Las cartas del caballero de la tenaza*, que rebosan indignancia por todos sus cuatro costados; bromas de ultratumba como *El sueño de las calaveras*, en el que se hace un inventario de cohechos; y documentos como el *Memorial* que dirigió *Al Rey Felipe IV*, que mostraba el grito de angustia de la nacion agonizante, lanzado por boca de un hombre honrado. El hombre que campea en los *entremeses de Cervántes* y en las *Cartas de Hurtado de Mendoza*, espeluzna. Varios son los escritores que presentan confundido el tipo del militar con el del bandido y el del mendigo. Hay, de esta época, obras que, como *El escudero Márkos de Obregon*, *El pícaro Guzman de Alfarache*, *Rinconete y Cortadillo*, que son sólo un muestrario de arterías. Proverbial es el hambre del estudiante español. El ilustre manco de Lepanto pone en boca de dos de sus personajes aquello de—*¿Metafísico estais?—Es que no cómo*. De lo cual puede deducirse que aquí no se pensaba sino á impulsos del hambre, ó que el hambre era el único patrimonio y premio de los pensadores. No hay más que ver los personajes que en nosotros presentan los literatos de esta época. Jueces crueles de corazon duro, que confunden la justicia con la persecucion y la tortura, y al acusado con el criminal; bachilleres disputadores, cuyo bello ideal es el puchero; estudiantes encanijados, que ya han olvidado el meterse el pan á la boca; curas de misa y olla, de *bonete de mugre con forros de caspa*; hormigueos de mendigos asquerosos, que sólo vivir pueden de sus llagas y estropicios; galanes de monjas, que lo son sólo para recoger la pitanza; Tenorios para quienes no hay vida ni honra segura; dueñas que venden honras que deben guardar; padres y hermanos que todo lo lavan con sangre; enjambres de alguaciles, corchetes y familiares; plagas de caballeros de industria; ejércitos de aventureros en el exterior, y bandos de salteadores en la Península; frailes tan empedernidos de cora-

zon como obtusos de intelecto; hidalgos honrados pero de capa rota; damas tan devotas como licenciosas; y los grandes pintores, los escritores insignes, los pocos sabios que habia, vémosles cambiar sus obras por unos cuantos escudos, cuando no tienen que mendigar el favor de un grande ó acogerse á la mísera sopa de un convento.

La dinastía que encontró con Cárlos V una España grande, que habia traído á sus puertos un mundo á remolque de sus carabelas, la dejó aniquilada y embrutecida á la muerte del jóven decrepito Cárlos II: hasta la dignidad nacional estuvo á punto de bajar con él al sepulcro, envuelta en los exorcismos de Portocarrero. Toda aquella genealogía de monarcas poderosos, síntesis y retrato cada uno de ellos de su época respectiva, parece herida en el fondo por el soplo de la muerte. Cárlos V ordena hacerse los funerales en vida. Felipe II se encierra en el mausoleo del Escorial, y muere en un camaranchon pegado al altar mayor. Felipe III tiéndese con frecuencia en su sepulcro para probar cómo estará en él despues de muerto. Felipe IV sostiene amores con monjas, en celdas cuyo único mobiliario es un ataúd y una cruz negra. Y por fin, el hechizado, muerto ya en vida, cuya existencia pasa entre espergis y conjuros, revista en la cripta del Escorial los cadáveres de todos sus regios antecesores, y les promete hacerles compañía ántes de un año.

Da horror esa devota España de los Felipes, de esos reyes enlutados que hacian temblar al mundo desde su gabinete. El monumento que perpetúa su memoria y guarda sus restos es un edificio funerario, un mausoleo colosal, de aspecto siniestro, cuyo plano tiene la forma de un instrumento de tortura, con jardines simétricos de sombríos cipreses; un monumento gigantesco que se levanta sobre un terreno árido, como la Arabia Petrea, en el cual parece que la muerte se ha tragado hasta las ruinas. ¡Qué triste grandeza la que nos cupo con el predominio del catolicismo y la monarquía absoluta! Al exterior el robo de los vireyes, el pillaje de la soldadesca, la calamidad de la Inquisicion, y la esclavitud por legado. En América dejamos la raza á cambio del oro que nos llevamos; por lo demas, ¡ni una idea, ni un invento, ni un beneficio! Y en

la Península, una pereza triste nos invadió como una epidemia; la despoblación fué tan espantosa, como si los páramos de África hubieran venido á extenderse sobre nuestras comarcas; el hambre nos dejó tan vacía la cabeza como el estómago; la miseria llevó á los nobles á mendigar y á los reyes á vivir de prestado; desarrollóse una literatura mística sensual que pronto degeneró en grosera (1). La industria, el comercio fué considerado ocupación de extranjeros; el trabajo creyóse propio sólo de villanos; *quien trabaja viene de mala sangre*, decía un refrán de la época. El saber era una herejía; el servilismo una virtud. Y sobre todo esto levantábase la sombría omnipotencia de un clero feroz que intervenía en el hogar doméstico, en los caudales, en los territorios, en las haciendas, en el cuerpo, en la conciencia, en el amor, en el arte, en la enseñanza, en los tribunales, en las compras, en las ventas, en las cosechas, en los temporales, en las sequías, en las epidemias; un clero que os tomaba en la cuna y no os dejaba ni aún en el sepulcro; que daba la unción á los reyes y mandaba en ellos, que levantaba ejércitos, bendecía sus banderas, recorría con ellos los continentes, pasaba con ellos los mares, plantaba la cruz en las tierras conquistadas, purgábalas de infieles y marcaba los esclavos; un clero que os sellaba la palabra en los labios, os quemaba los escritos, os detenía el pensamiento en gérmen dentro de vuestro mismo cerebro con los terrores de ultratumba, y cuando no podía ya otra cosa, enviaba vuestra alma al cielo purificada por la confesión y por las llamas, ó, si no os convertían, os la perseguía aún después de la muerte, con las eternas torturas del infierno.

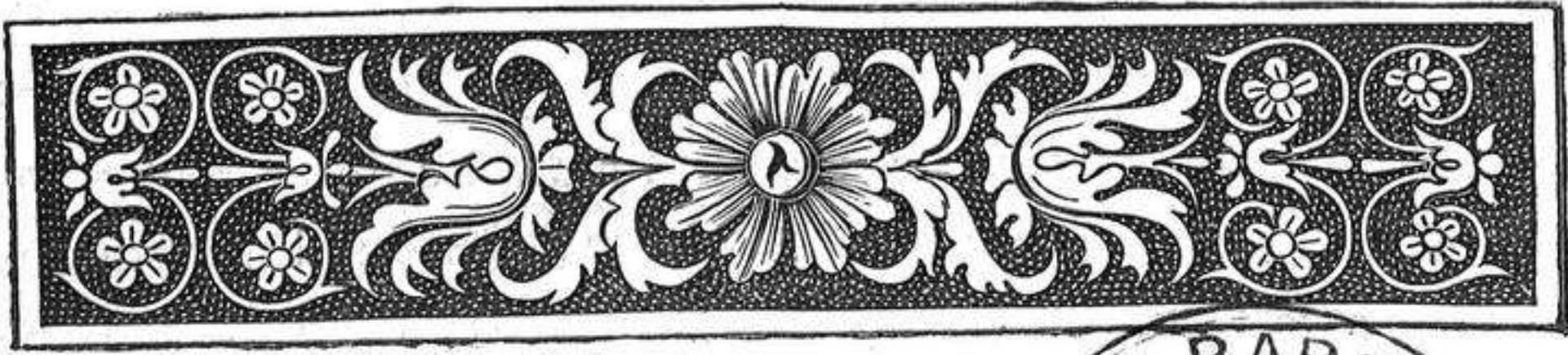
Para propagar la fe extendimos el exterminio; pensando sólo en la otra vida olvidamos por completo la presente, y la miseria desoló nuestras comarcas por completo; para salvarnos el alma nos embrutecimos la inteligencia, y la ignorancia ortodoxa nos caló hasta la médula de los huesos.

POMPEYO GENER.

---

(1) Véanse los comienzos de esta literatura en Santa Teresa de Jesús y la Beata María de Agreda, y cómo degenera en los místicos de fines del siglo xvii.

---



# SOBRE CIERTAS RELACIONES

QUE EXISTEN

## ENTRE LAS PLANTAS Y LOS INSECTOS.

CONFERENCIA DADA EN LA SOCIEDAD DE LAS ARTES  
POR SIR JOHN LUBBOCK.

**L** Consejo de la Sociedad de las Artes ha decidido que en este curso hubiese un cierto número de conferencias leídas, y se me ha hecho el honor de suplicarme que inaugurase yo estas tareas. Además, vuestro Secretario me ha comprometido á elegir para tema de mi discurso la continuación de una Memoria que tuve ocasión de leer ante la Asociación británica en Belfort, y que después he desarrollado en un librito que trata de las relaciones entre las flores y los insectos, y principalmente de la fecundación de las flores por la acción de los insectos.

Es evidente que este asunto no sólo puede ocupar una conferencia, sino también un curso completo, sin que aún así sobrase mucho tiempo para referir todas las ingeniosas particularidades que comprende. Pero hoy debo limitarme á hablar de ciertas relaciones entre las plantas y los insectos, comprendiendo bajo este enunciado las circunstancias de donde resultan las atracciones, los medios de defensa que presentan las plantas y la influencia que éstas ejercen sobre los insectos.

En efecto, ni las plantas ni los insectos serian lo que son sin su influencia recíproca. Sabemos, por ejemplo, que algunas plantas no darian semilla si no fuesen visitadas por los insectos. Sucede en ciertas colonias inglesas que el trébol rojo es infecundo á causa de la ausencia de las modestas abejas, porque el aguijon del enjambre indígena no es bastante largo para alcanzar el necesario objeto. Segun M. Belt acontece lo mismo, y por igual motivo, en Nicaragua con la judía de España.

Pero, áun dado caso que el pólen acarreado de piés diferentes no fuese necesario para llenar este fin, siempre es ventajosísimo á la fecundacion de las plantas, y para cumplir esta funcion los insectos han sido dotados del deseo de libar en las flores, donde recogen miel y pólen; y al mismo fin contribuyen el color y el olor, por medio de los cuales se hacen más patentes las plantas.

La utilidad de la miel parece tan notoria, que no se comprende la diversidad de opiniones como sobre este punto se han formulado. Blair creia que dicha sustancia absorbe el pólen para fecundar el ovario. Pontedera pensaba que la miel servia para mantener húmedo este órgano. Linneo confesaba que le era imposible resolver la cuestion. Otros botánicos han opinado que esa sustancia era inútil y que se hallaba unida á la operacion del crecimiento. Krünitz observó que en las praderas frecuentadas por las abejas las plantas son muy vivaces, y dedujo que estos insectos les prestaban un beneficio quitando la miel, que de lo contrario sería muy perjudicial. Sprengel fué quien primero demostró que el verdadero papel de dicha materia es atraer los insectos; pero las ideas de este naturalista diferian mucho de las generalmente admitidas, y en 1833 fueron completamente rechazadas por Kurr, que vino á deducir que la secrecion de la miel es resultado del desarrollo de la energía, que despues se concentra en el ovario.

Quizá los botánicos no han atinado con la verdadera causa del fenómeno, por la circunstancia de operarse en ciertas plantas la secrecion de la miel bajo la accion de órganos distintos de las flores. Creo que fueron Belt y Delpino quienes tuvieron verdadera idea de la funcion de los nectarios extraños á

las flores. El primero de estos excelentes observadores describe una especie de acacia de la América meridional, á la cual ataca una hormiga que destruye todas sus hojas (si le falta la proteccion necesaria), no precisamente para alimentarse directamente con ellas, sino para provocar el desarrollo de hongos. Además, dicha acacia tiene espinas huecas, y cada hoja arrancada deja al descubierto una glándula que mana miel y cuya base se asemeja á una caja abierta, terminándose al extremo en forma de pera, de un gusto muy dulce. De aquí resulta que la acacia está habitada por millares de pequeñas hormigas, *pseudomyrma bicolor*, que anidan en las espinas huecas, donde encuentran alimento, bebida y lugar acomodado para estos objetos. Tales hormigas son las protectoras del árbol; lo recorren continuamente, y hacen un servicio de vigilancia muy eficaz, no sólo para alejar las hormigas filófagas, sino tambien los mamíferos herbívoros.

Delpino dice que en cierta ocasion cogia una flor de *Clerodendron fragrans*, y se vió repentinamente atacado por un ejército de hormigas pequeñas.

No sé si existirán en Inglaterra plantas de igual modo protegidas contra los cuadrúpedos rumiantes; pero las hormigas del país desempeñan un papel muy semejante, ahuyentando gran número de insectillos que, de otro modo, robarian la savia á las plantas y las despojarian de sus hojas.

M. Forel ha estudiado bajo este punto de vista un hormiguero de *formica pratensis*, y ha notado que las hormigas acarreaban insectos muertos, orugas pequeñas, saltamontes, cercopos (*cercopis*), etc., en gran cantidad, próximamente 28 por minuto, ó sean más de 1.600 por hora. Considerando que las hormigas no sólo trabajan durante todo el dia, sino tambien de noche, en verano, fácil es apreciar cuán importante es la funcion que desempeñan destruyendo tan gran número de pequeños insectos.

Es un hecho bien notorio que entre las especies de insectos más diminutos, tales, por ejemplo, como los *aphis* y *coccus*, las hay capaces de trastornar el régimen de las plantas y que han logrado la *amistad* de las hormigas, proporcionándolas un jugo azucarado muy apetecible para éstas. Todos hemos visto,

por ejemplo, cómo la hormiguilla parda de los jardines pasa de una á otra planta para excitar la secrecion de los pulgones. Gracias á esta idea ingeniosa, los *aphis* y los *coccus* se ven libres de la persecucion de las hormigas, y áun son defendidos por ellas de una especie de parásito que en aquéllos desova; pues Delpino ha observado que las hormigas ponen en esto una vigilancia completamente maternal, separando los icneumones á medida que tratan de aproximarse.

Pero aunque las hormigas sean útiles á las plantas bajo ciertos puntos de vista, no son necesarias á las flores. El gran oficio que ellas desempeñan en este sentido es el de determinar la fecundacion cruzada, ó que se opera por el concurso mutuo de las flores; mas para este fin es casi indispensable la intervencion de los insectos alados, porque vuelan con rapidez de una á otra planta y tienen la costumbre de fijarse durante cierto tiempo en la misma especie. Los insectos que no vuelan pasan de una flor á la inmediata y, segun lo ha hecho notar M. Darwin en su última obra, no hay gran ventaja en que el pólen sea acarreado de una flor á otra de la misma planta; lo que se necesita es que proceda de piés diferentes. Aparte de que, cuando esta clase de insectos dejan una planta, se corren naturalmente á la más próxima, sin reparar en su especie. De aquí resulta que, áun las flores pequeñas (muchas crucíferas, compuestas, saxífragas, etc.), que podrian ser fecundadas por el intermedio de las hormigas, sacan más provecho de las visitas de insectos alados. Además, si las hormigas frecuentan flores grandes, quitan la miel sin proporcionar en cambio otra ventaja, sino más bien daño, porque impiden la accion útil de las abejas. Tocando á una hormiga con una aguja ó un pelo, sucede casi siempre que agarra este objeto entre sus patas; de manera que si la delicada extremidad del aguijon de una abeja se viera cogida por las patas córneas de una hormiga, al tiempo de ir á libar en la flor de una planta, es casi seguro que esta especie no volveria á ser frecuentada por aquella.

Por otra parte sabemos cuánto gusta á las hormigas la miel y con cuán celosa asiduidad se procuran este alimento. Siendo esto así, ¿en qué consiste que no se anticipen á las abejas,

para asegurarse la posesion del codiciado néctar? Kerner ha publicado últimamente una Memoria muy interesante acerca de este particular, y en la cual cita varias é ingeniosas disposiciones que presentan las flores para impedir por sí mismas el acceso de las hormigas.

Entre estas disposiciones, la más frecuente es la que consiste en la interposicion de partes salientes (*chevaux de frise*) que las hormigas no pueden penetrar, ó de sustancias glutinosas que no pueden salvar, ó cualesquiera otros obstáculos que les corten el camino.

Los apéndices salientes (llamados en la traduccion francesa *chevaux de frise*, por analogía) constituyen la proteccion más eficaz, no sólo contra los insectos de patas pequeñas, sino tambien contra otros animales, como los caracoles.

Aquí podemos observar que los pelos que cubren los tallos de gran número de plantas herbáceas están dirigidos hácia adelante. Encuéntrase de este hecho un buen ejemplo en la planta afine á nuestra escabiosa azul ordinaria, la *Knautia dipsacifolia*. Las cabezuelas de la Carlina vulgar (*Carlina vulgaris*) presentan tambien una especie de dientes, que debe ser barrera infranqueable para las hormigas. Algunas especies de plantas son completamente lisas, á excepcion, precisamente, de la base de las flores. La escobilla ó azulejo, tan comun y tan bonita (*centaurea cyanus*), es del todo lisa, pero las escamas que forman la base de la flor terminan en pestañas encorvadas. Ni las ramas ni las hojas presentan apéndices punzantes. En este género el estigma sale por encima de la flor un quinto de pulgada próximamente; de suerte que si las hormigas pudieran tener acceso hasta el interior de la corola, se llevarian la miel sin fertilizar la flor; por el contrario, un insecto alado tocaria probablemente al estigma.

Kerner ha llamado la atencion sobre un ejemplo muy interesante que ofrece el *Polygonum amphibium*, cuyas hermosas flores rosadas son ricas en néctar; tiene los estambres muy cortos, miéntras que el pistilo, por el contrario, sobresale mucho de la corola. La flor no presenta ninguna disposicion especialmente destinada á proteger el néctar, que es accesible aun á los más pequeños insectos. Los estambres maduran án-



tes que el pistilo. Todo insecto alado, por diminuto que sea, puede—abordando la flor por encima—contribuir á la fecundacion cruzada, ó que procede de otras plantas. Por el contrario, los insectos andadores que en la mayor parte de los casos subirian por el tallo, se aprovecharian de la miel, sin ventaja para la planta. El *P. amphibium* crece unas veces en el agua y otras en seco, como su nombre indica; en el primer caso está completamente protegido, y entónces su tallo es liso, en tanto que los ejemplares arraigados en el suelo hállanse provistos de pelos que terminan en glándulas viscosas, y en este caso los insectos pequeños no pueden llegar hasta las flores. Así, pues, la planta no es viscosa sino cuando esta constitucion puede serle útil.

Todas las plantas viscosas tienen, que yo sepa, flores verticales ú horizontales, y además, cuando las superficies resbaladizas cumplen un mismo objeto, las flores son colgantes á menudo, viéndose así libres del acceso de los insectos, á la manera como los nidos suspendidos de la oropéndola (1) están fuera del alcance de las culebras y otros enemigos. Como ejemplo de este género puedo citar la violeta ó el ciclamen (artanita).

Antes de ahora aventuré la idea de que lo que se llama el sueño de las flores es un fenómeno relacionado con las costumbres de los insectos, por la razon de que las flores fecundadas por los insectos que vuelan de noche, no sacarian ninguna ventaja de estar abiertas durante el dia; lo contrario sucede con las que fecundan las abejas, es decir, que nada ganarian con estar abiertas de noche. Declaro que cuando anticipé esta idea, lo hice con toda reserva; pero ahora creo que el hecho puede considerarse como evidente.

La *silene nutans* es una especie que instruye mucho, bajo este punto de vista, y por lo mismo su estudio facilita la explicacion de un gran número de relaciones interesantes que se observan entre las plantas y los insectos. Kerner ha descrito

---

(1) *Oiseau tisseur* dice vagamente la traduccion francesa. Lo mismo puede aplicarse el calificativo á la oropéndola que al *Parus candatus*, al *P. pendulimus* y á otras aves. (N. del T.)

perfectamente no hace mucho tiempo la historia de su vida. La parte superior de la rama florífera es viscosa, de donde procede el nombre vulgar con que se la designa (1).

Esa viscosidad es un obstáculo al acceso de las hormigas y otros insectos no alados. Cada flor dura tres días, ó más bien, tres noches. Tiene diez estambres dispuestos en dos grupos: el uno hace juego con los sépalos y el otro con los pétalos. Es blanco, como las demas flores nocturnas; se abre hácia la caída de la tarde, y entónces es cuando más perfume exhala. El primer día, al anochecer, los estambres que hacen juego con los sépalos crecen muy rápidamente durante dos horas, y acaban por salir de la flor; el pólen madura y queda al descubierto despues de la explosion de la antera.

Por esto la flor es muy atractiva de noche y se ve frecuentada de los lepidópteros nocturnos. Hácia las tres de la madrugada el aroma desaparece, las anteras comienzan á arrugarse ó doblarse, los filamentos giran al exterior para no impedir que la flor pueda cerrarse, miéntras los pétalos envuelven el todo por completo á la alborada, de modo que la flor no presenta á la vista más que su exterior verde-oscuro, arrugándose, además, notablemente. A la entrada del día parece, pues, por su aspecto que está marchita: carece de aroma, y el néctar se oculta bajo los pétalos. En esta disposicion permanece todo el día, hasta que, hácia las ocho de la tarde, los pétalos vuelven á desplegarse y la flor recobra su perfume; el segundo grupo de estambres se desarrolla rápidamente, las anteras se abren y aparece otra vez el pólen. A la madrugada la flor cae de nuevo en letargo, cesa la exhalacion olorosa y los pétalos se arrollan. El tercer día acontece todo del mismo modo, pero esta vez no ya á los estambres, sino al pistilo, toca desarrollarse, y sus largos estigmas espirales ocupan el lugar que ántes ocuparon las anteras; viene á ser, pues, casi imposible que las flores no sean fecundadas por el pólen que las mariposas nocturnas acarrean de otras plantas.

Puede objetarse á la idea de que el sueño floral está rela-

---

(1) No sabemos que en España se de nombre vulgar á esta planta. (*Nota del Traductor.*)

cionado con las libaciones de los insectos, el hecho de existir flores que se cierran temprano en el curso del día, tales como las del *Tragozodon pratense*, bien conocida, ó el *Don Diego de noche* (1); puede citarse además la *Lampsana communis* ó la *Crepis pulchra*, que se abre á las seis y se cierra ántes de las diez de la mañana. Pero sucede que las abejas son muy madrugadoras, mientras que las hormigas salen más tarde, cuando ya ha desaparecido el rocío de las hierbas; de modo que es ventajoso para las flores el abrirse á las abejas y cerrarse cuando las hormigas comienzan sus faenas, pues así conservan la miel para otro día.

Y basta respecto á la primera parte del tema. Paso á ocuparme ahora de la acción de las plantas sobre los insectos, asunto del cual sería quizá lo más propio discutir aquí las modificaciones que la necesidad de buscar miel y pólen ha producido en los insectos: hablar principalmente del alargamiento gradual del aguijón de las mariposas diurnas, nocturnas y de las abejas, provocado para facilitar la succión del néctar; de la adaptación de las patas de las abejas al objeto de extraer el polen menos seco ó el más seco, el ménos ó más pulverulento.

Mas como ántes de ahora he tratado ya este punto, mejor es que me ocupe ahora en otros, que afortunadamente no escasean, ni son difíciles de encontrar.

Hay muchos insectos cuya semejanza con las plantas les libra de peligros en algunos casos: el insecto-hoja (2) y el que semeja un palito andando (3) son ejemplos conocidos de esto y muy notables.

Las larvas de los insectos ofrecen tambien ejemplos análogos muy interesantes.

(1) El original francés traduce al pié de la letra el nombre inglés «John go to bed at Noon;» pero como la propiedad á que se refiere el autor es comun á muchas plantas, nos limitamos á citar una de las más conocidas. (N. del Traductor.)

(2) En España se designa con el nombre vulgar de hoja seca el *Phyllium siccifolium*. (N. del T.)

(3) La traducción francesa dice: «insect baton marchante.» Puede referirse á la oruga geómetra del Aliso ó al ortóptero denominado *Bacillus Rossia*, que efectivamente parece una ramita verde andando. Nosotros le hemos encontrado muchas veces en las retamas y por el suelo. (N. del T.)

Sin embargo, no queriendo limitarme ahora á casos aislados, por interesantes que sean, tomaré un grupo, veré hasta qué punto podemos explicarnos sus diferentes colores y señales, y qué es lo que de este estudio puede deducirse. Nada mejor para tal objeto que elegir las larvas de los *Sphingidos*, sobre las cuales acaba de escribir una excelente monografía el doctor Neissman, sabio profesor de Friburgo.

Suplícoos que dirijais la vista á los diagramas de las orugas que están detras de mí. Notareis diferencias de color: las hay verdes, blancas, amarillas, pardas; algunas son brillantes y están cubiertas de manchas, fajas, placas y líneas muy variadas. Pero ¿son todas estas variedades efecto solamente de un capricho accidental, ó tienen, por el contrario, alguna significacion, algun fin?

En muchos, quizá en la mayoría de los casos, las manchas sólo sirven para ocultar á la vista los objetos. Puede decirse en verdad que, cuando vemos orugas dibujadas en una hoja de papel blanco ó las colocamos encima de una mesa, y dentro del foco visual, las manchas parece que tienen por objeto hacer más visible el insecto, como acontece con el diagrama del *Deilephila Galii*; pero en medio de la confusion de líneas y la variedad de colores del follaje y de las flores, el efecto es por completo diferente, si el insecto se halla algo desviado del foco.

Comencemos por el *Chærocampa elpenor* (ó esfinge-elefante). Sus orugas, tal cual se ven figuradas en la mayor parte de las obras entomológicas, son de dos géneros: casi todas pardas y las restantes verdes. Estos dos géneros tienen una línea blanca sobre los tres primeros segmentos, y dos manchas (1) notables, simulando ojos, en el cuarto y quinto segmentos, además una línea media poco acentuada y otra de más de cuatro pulgadas de longitud. Por el momento llamaré vuestra atencion principalmente hácia tres puntos: ¿Qué significan las manchas en forma de ojos? ¿Qué la línea lateral

---

(1) Las manchas desvanecidas que reemplazan á las de forma de ojos en los otros segmentos, son un ejemplo de la regla general de que un carácter que se desarrolla en dos segmentos, tiende á desarrollarse en cada uno de los demas.

poco marcada? Y ¿por qué unas son verdes y otras pardas, lo cual constituye un contraste notable con las hojas de *Epilobium parvum*, que les sirven de alimento? Otras cuestiones surgirán más tarde por sí mismas; pero quiero decirlos desde luego que, cuando estos insectos abandonan el huevo y salen á luz, ofrecen un aspecto del todo diferente; son entónces, como otras orugas pequeñas, de un color verde brillante, y tienen casi exactamente el de las hojas con que se nutren. Este color no puede ser consecuencia de la alimentacion, porque vemos la prueba en los cuadrúpedos que,—no tengo necesidad de decirlo,—jamás son verdes. Luego sirve para protegerlas; y esto es tan evidente, que la explicacion de la coloracion verde de las orugas pequeñas salta á la vista de todo el mundo. Al cabo de cinco ó seis dias, cuando han alcanzado un cuarto de pulgada de longitud, se efectúa la primera muda. En el segundo período tienen en el dorso una línea blanca que se extiende á lo largo del cuerpo, desde el orificio hasta la cabeza, y despues de algunos dias—no sucesivamente—las manchas en forma de ojos comienzan á marcarse en los segmentos cuarto y quinto, en los cuales tambien hay una segunda línea pálida, que se extiende por el costado.

No hay que perder de vista estas dos líneas. Transcurridos otros cinco ó seis dias, y cuando las orugas han alcanzado media pulgada de longitud próximamente, vuelven á mudar de nuevo. En este tercer período la apariencia de las manchas que simulan ojos se hace más notable, mientras que la línea longitudinal inferior ha desaparecido. Despues de otra muda las manchas-ojos se distinguen aún mejor: á lo blanco rodea poco á poco una línea negra y el centro se vuelve violáceo. La línea del dorso ha desaparecido casi por completo, y en algunos ejemplares se ve que se presentan tenues líneas diagonales, algunas de las cuales—las ménos—toman un tinte oscuro. La cuarta muda tiene lugar al cabo de siete ú ocho dias, cuando las orugas miden ya pulgada y media de diámetro próximamente. Pueden establecerse entónces dos variedades diferentes: unas que permanecen verdes, y otras—la mayor parte—que cambian este color en pardo. Las manchas-ojos se hacen más marcadas y la pupila más distinta; las líneas diago-

nales son más notables, en tanto que la línea sub-dorsal no existe sino sobre el tercero y undécimo segmento. El último período ya se ha descrito antes.

Quiero llamar ahora vuestra atención sobre los siguientes puntos capitales: 1.º, el color verde; 2.º; las líneas longitudinales; 3.º, las líneas diagonales; 4.º, el color pardo, y 5.º, las manchas en forma de ojos. Hay, sin embargo, algunos otros puntos muy instructivos, sobre los cuales también deseo llamar vuestra atención en el día de hoy, porque aclaran mucho el conocimiento de este grupo de insectos.

Pero vuelvo á los cinco puntos citados. Respecto al color verde y al color pardo, entiendo que no necesito decir más. Su utilidad para el insecto joven, la protección que le proporcionan, son evidentes. Todos hemos observado cuán difícil es distinguir las oruguillas verdes, de las hojas de que se alimentan. Sin embargo, cuando llegan á hacerse mayores, su forma les denuncia, y necesitan tener ciertas manchas que desvíen la atención del contorno del cuerpo; y esto se cumple de modo que resulta para ellas una gran protección, por medio de líneas longitudinales, tales como se presentan en el segundo período de su desarrollo. Estas líneas, tanto por su coloración como por su anchura, se parecen mucho á algunas líneas de las hojas principalmente, por ejemplo, á las de las hierbas; aseméjense también á las rayas de sombra que se manifiestan en el follaje. Si esta circunstancia puede explicar la existencia de dichas líneas, no deberá existir de una manera general en las orugas muy pequeñas, sino dominar particularmente en aquellas que comen hierba ó que se alimentan en medio del césped. Pero las tales líneas se observan en un gran número de orugas que pertenecen á grupos muy distintos de mariposas nocturnas y diurnas, como puede compróbarse examinando las monografías de los *Lepidócteros*. Hemos visto que las tienen los esfíngidos, por ejemplo, el *elpenor*; muchas mariposas diurnas, p. ej., la *arge galathea*, que se alimenta de la hierba (cola de gato) (1); y también muchas nocturnas, como la *pyrophila*

---

(1) En España llaman *rabo de gato* al *Lithospermum fruticosum*. (Nota del Traductor.)

*tragopoginis*, que come las hojas del *tragopogon pratense*, cuyo nombre vulgar es barba cabruna. Por el contrario, observamos que las orugas más pequeñas presentan rara vez esas rayas blancas. Además, en lo que concierne al segundo punto, las rayas faltan generalmente en las orugas que se nutren de plantas de hojas anchas. Los satíridos, por el contrario, todos las tienen y todos viven en la hierba. De estos hechos podemos deducir, como regla general, que las rayas longitudinales sólo existen en las orugas que viven sobre las plantas de hojas estrechas. Hemos visto que, en un período ulterior, estas líneas desaparecen de ciertos segmentos y son reemplazadas por otras diagonales. En esta especie particular, las líneas diagonales son poco marcadas; pero en gran número de orugas que pertenecen á familias muy diversas de mariposas diurnas y nocturnas, son muy visibles y tienen ciertamente su importancia. Y estas líneas diagonales se muestran precisamente en el ángulo de los nervios de las hojas y se les parecen mucho con relacion al efecto de conjunto. Encuéntranse tambien, sobre todo, en las especies que se alimentan en las plantas de hojas anchas, y puedo decir que, aunque exista gran número de especie de orugas rayadas con esta clase de líneas, rara vez se presentan, si es que las hay en las especies que viven en el césped. Ved aquí un cuadro en que están representadas tres de estas orugas, que pertenecen á cada una de las tres grandes divisiones de los lepidópteros, á saber: primeramente la (emperador), purpúrea, (apatura iris), que vive sobre el roble; despues la de la esfinge del aligustre; y por último, la de una mariposa nocturna, la gloria del Kentish (*endromis versicolor*), que se alimenta de hojas anchas; y vuelvo á repetir que aunque las tales líneas se presentan en tantas especies, se ven muy rara vez en las que viven en la hierba. Podria, á primera vista, objetarse que hay muchos casos, y particularmente el de la esfinge, en los cuales las orugas tienen los dos géneros de líneas. En las larvas pequeñas estas líneas serian inútiles, porque es preciso que guarden alguna relacion, no sólo de coloracion, sino de distancia, con los nervios de las hojas. Del mismo modo, así como hay gran número de especies que tienen líneas longitudinales cuando jóvenes, y diagonales cuando son de más edad y ma-

yores, creo que no existe una sola que comience por las segundas para sustituirlas despues con las primeras. Observareis tambien que las longitudinales aparecen todavía en la oruga de nuestro ejemplo, sobre los segmentos en que no existen las diagonales. Este hecho se presenta muy á menudo y es de los más notables, cuando las líneas son bien visibles. Hay en ello tambien una ventaja, porque las rayas blancas que se cruzan bajo estos ángulos no tienen ninguna relacion con lo que se observa en las plantas, y harian que el insecto fuese más visible. Es, pues, útil que cuando las líneas diagonales se desarrollan, desaparezcan las longitudinales. Respecto á las primeras, merece llamar la atencion un detalle. En las especies de nuestro país, dichas líneas son blancas; pero en algunos casos, como, por ejemplo, en la bonita oruga de la esfinge del aligustre, junto á la raya blanca se encuentra otra coloreada, y para la mariposa que citamos es lila. A primera vista prodriamos creer que esto era un inconveniente, porque las orugas son más visibles; y si colocamos una de ellas en posicion en que pueda verse bien, por ejemplo sobre una mesa, las líneas coloreadas resaltan mucho. Pero es preciso recordar que los insectos acostumbran á posarse en el borde de una hoja, habitualmente cerca del nervio medio, y en esta posicion las líneas coloreadas semejan con gran perfeccion suaves trazos de sombra, como la que arroja siempre un nervio saliente; y sabido es, al ménos por los artistas, que las sombras de un cuerpo verde-amarillento deben ser purpúreas. Además, todo el que haya visto esas grandes orugas dirá seguramente conmigo, que es admirable la dificultad que hay para distinguirlas, á pesar del color y de las dimensiones tan notables que tienen.

El detalle que debe ocuparnos ahora es el color de las orugas adultas. Hemos visto que algunas de ellas son verdes y otras pardas, y las primeras son evidentemente las que han conservado su color primitivo.

Es indudable que las orugas de color pardo se destacan más sobre las hojas que si estuvieran coloreadas de otro modo. Veamos si las costumbres del insecto pueden explicar este enigma. ¿Qué haríais si fueseis una oruga de gran tamaño? Seguramente, y á semejanza de los demas seres indefensos, busca-



ráis vuestro alimento por la noche, permaneciendo oculto durante el día; y esto es lo que hacen las orugas. Al despuntar la mañana descienden de la planta donde se nutren, y se ocultan entre la hierba espesa, entre las ramillas secas y bajo las hojas que cubren el suelo; y es evidente que en tales circunstancias el color pardo las protege. Podría decirse que las orugas que han adquirido el color pardo se ocultan en el suelo y que hemos invertido los términos de la cuestión; pero que esto no es cierto lo prueba, aparte de algunas excepciones debidas á causas notorias, el que entre las larvas que se ocultan de noche y comen de día, las hay que conservan su color verde; de modo que no deben á este hecho el color pardo. Y podemos, por el contrario, deducir que la costumbre de ocultarse de día ha sido primero, y que la coloración parda ha venido después. Por lo demás, interesa observar que mientras que las orugas que viven en las plantas, vuelven á menudo al suelo y se hacen pardas, las que se alimentan en los árboles y las plantas de grandes dimensiones, permanecen debajo de las hojas y conservan el color verde.

Por ejemplo, en el *smeronthus ocellatus*, que vive sobre el sauce, en el *S. populi*, que se alimenta en el chopo, y en el *S. stiliæ*, que come del tilo, las orugas son siempre verdes; mientras que la esfinge de las (belles-de-jour) Don Diego de día, el *chærocampa nerii*, que en Inglaterra vive sobre la (*Vinca*) (1), el *Ch. celeris*, el *Ch. elpenor* y el *Ch. porcellus*, que se alimenta del *galium* (cuaja-leche), la mayor parte de las orugas se vuelven pardas.

Verdad es que hay algunas que son pardas y que no se ocultan en el suelo, como las del *aspilatis aspersaria*, y de los *geometridæ* en general; pero en cambio adoptan actitudes especiales que, combinadas con su color pardo, las asemejan á tallitos de hierbas ó á ramillas secas.

El último de los cinco puntos sobre los cuales deseo llamar vuestra atención es el de las manchas en forma de ojos, y que en algunos casos, por parecerse á las manchas que hay en las hojas muertas, pueden servir para disimular la presencia de

(1) Hierba doncella ó jazminios. (*N. del T.*)

los animales. Por ejemplo, en los *deilephila hippophae*, que se alimentan del *hippophae* ó del *rhammus*, plantas muy verdes, la larva es tambien de un color verde gris muy parecido, y cuando está completamente desarrollada tiene una mancha rojiza á cada lado, la cual, como dice Neissmann, se asemeja á primera vista, por su color y tamaño, á una de las bayas del *hippophae*, que existen sin madurar en la misma época del año. Asimismo en el *chaerocumpa tersa* se presenta una mancha ú ojo sobre cada segmento, y que imita la flor de la planta en que vive (la *spermacoce hyssopifolia*). Las manchas blancas parecen tambien, en algunos casos, manchas de luz que penetran el follaje. En otros, sin embargo, y por lo ménos en la esfinge-elefante, tales marcas en forma de ojos hacen al insecto más visible, aunque á veces, segun ha notado Wallace, esto es quizá una ventaja y no un inconveniente: supongamos, en efecto, que en virtud de la naturaleza de su alimentacion, ó por otra causa (por ejemplo, hallarse cubierta de pelo), una oruguilla verde sea de sabor amargo, desagradable ó peligroso como alimento, y entónces sucederá que si los pájaros la comen es porque no pueden distinguirla; pero si adquiere un color llamativo y particular, su mal sabor la protegerá, segun Weir y otros han demostrado por la experiencia. Encontramos un ejemplo de este caso notable entre las esfinges, en las *deilephila euphorbiæ*, que se alimentan de la *euphorbiæ*, cuyo jugo lechoso es amargo, y que encuentran una proteccion en sus colores llamativos. Las manchas de nuestra oruga de la esfinge-elefante no entran en esta explicacion porque el insecto es buen manjar para los pájaros, por lo cual es preciso buscar otra explicacion. Creo que Neissmann ha acertado con la verdadera, al decir que esas manchas protegen las orugas asustando á los pájaros.

Todo el mundo debe haber advertido que estas grandes orugas tienen un aspecto astuto y venenoso y que sugieren la idea de una pequeña culebra encogida, ó de cualquier otro animal dañino, contribuyendo á este error las manchas en forma de ojos. Además, el segmento en que se hallan situados los ojos es abultado, y el insecto, cuando se cree en peligro, tiene la costumbre de recoger la cabeza y los segmentos anteriores, lo

que aumenta todavía su semejanza con algun pequeño reptil. Y acontece, como Neissmann ha probado experimentalmente, que los pajarillos se asustan de estas orugas, que, puedo añadir yo, no son quizá del todo inofensivas. Neissmann colocó una de ellas en una cajita donde echaba habitualmente comida para los pájaros; pero al colocarse uno de éstos en el borde para saltar adentro, se contuvo y no avanzó más, limitándose á mover la cabeza vivamente; despues fueron llegando sucesivamente hasta diez ó doce pájaros, que guardaron la misma prudencia que el primero. Uno de ellos entró sin notar nada; pero huyó espantado en cuanto vió la oruga. Pasados algunos momentos de observacion Neissmann la retiró, y los pájaros entraron todos á comer en la caja.

Probablemente habrá otras orugas ó especies afines, protegidas por su semejanza curiosa con las culebras mosqueadas.

Hay otros muchos puntos correlativos con el color de las orugas de esfinge, y de los cuales hablaria si tuviese tiempo. Sólo citaré dos: los colores particulares de la esfinge de la calavera, que se alimenta de las hojas de patata y que presenta un color pardo térreo, unido al amarillo y verde de las hojas y al azul de las flores; este lepidóptero, á pesar de su tamaño se ve con dificultad, á ménos que caiga exactamente dentro del foco visual.

El segundo ejemplo es el *Tanceryx*. Las orugas de esta especie difieren, por la distribucion de los colores, de todas las demas larvas de esfinge, que tienen fajas longitudinales pardas y verdes. Esto consiste en que viven en otras plantas, se alimentan de hojas de pino, y su coloracion particular ofrece en conjunto cierta semejanza con las ramillas y hojas verdes aciculares de la conífera. No hay muchas especies de lepidópteros que vivan en los pinos; pero hay algunas, y hé aquí una copia de dos de ellas, la *achatia spreta* y el *dendrobinus pini*, que, como podeis ver, tienen ambos un modo de coloracion análogo; sin embargo, se advierten en la segunda guedejas ó brochas de pelo de un color verde azulado que imitan perfectamente las hojas del pino. Tengo tambien aquí larvas de una especie de mosca-sierra (una de las cuales procede de un himenóptero), insectos que atacan tambien al pino, y podeis

ver que también su coloración ofrece curiosa semejanza (*lophyrus socia*).

Según Neissmann ha observado, todavía encontramos otro hecho curioso en esta clase de orugas. Cuando abandonan el huevo son de color verde uniforme, como tantas otras y adquieren gradualmente una serie de manchas cuya utilidad he intentado explicar. Las larvas nacientes tienen una forma extraña, y con el tiempo la especie ha pasado por las modificaciones que cada individuo recorre en el transcurso de algunas semanas. Así, por ejemplo, la oruga del *chaerocampa porcellus*, especie que se aproxima mucho al *Ch. elpenor*, pasa casi exactamente por todas las transformaciones de este último, aunque al salir del huevo tiene una línea sobre el dorso. Bajo este punto de vista el *Ch. porcellus* es una forma más nueva que el *Ch. elpenor*. Además, si comparamos las orugas adultas del *Chaerocampa*, hallamos algunas formas, tales como el *Ch. myron* y el *chærilus*, en las cuales las manchas-ojos no se desarrollan jamás y que corresponden al segundo período del *Ch. elpenor*. En esto también hay lugar á admitir una especie que se encuentra todavía en el período que debe haber atravesado hace mucho tiempo el *Ch. elpenor*.

Se saca mucha enseñanza asimismo del género *deilephila*, del cual tenemos tres especies en Inglaterra, á saber: el esfinge *euphorbia*, el *galium* y el rayado. La oruga del primero tiene un color verde-claro al comenzar su vida, sin traza de manchas, que se desarrollan más tarde. No obstante, después de la primera muda, presenta cierto número de manchas negras, una línea blanca y una serie de puntos del mismo color; adquiere así de una vez los caracteres que no se desarrollan sino sucesivamente en el *Ch. elpenor*. En el tercer período la línea desaparece, quedando sólo las manchas blancas. En el cuarto la oruga posee gran variedad, pero generalmente es mucho más oscura que antes y tiene un cierto número de puntos blancos por bajo de las manchas. En el quinto período se presenta una segunda línea de manchas blancas por debajo de la primera. No siendo comestibles las orugas no necesitan ocultarse, según ya he hecho notar.

Si consideramos ahora las orugas adultas de las otras espe-

cies del género, veremos que representan las fases que tienen lugar en el desarrollo de los *D. euphorbiae*. El *D. hippophae*, por ejemplo, aún en su crecimiento completo, es de un color verde compacto, tiene solamente un esbozo de la línea, y corresponde, por consiguiente, á un período de los más primitivos del *D. euphorbiae*; el *D. zygophylli* de la Rusia meridional posee la línea y coincide con el segundo período del *D. euphorbiae*; otro, *deilephila*, tiene la línea con la fila de manchas y coincide con el tercer período; por último, el *D. vespertilio* y el *D. galii* avanzan un paso más, pues han perdido la línea longitudinal; pero jamás adquieren la segunda hilada de manchas que caracteriza el último período del *D. euphorbiae*.

Las larvas de los insectos nos dan, pues, lecciones bien instructivas. Sería gran error considerarlas tan sólo como períodos preparatorios para el desarrollo del insecto hasta llegar al estado perfecto. Y hay más todavía, pues las circunstancias exteriores obran sobre las larvas del mismo modo que sobre el insecto perfecto, y por consiguiente ambos estados están sujetos á la adaptación. Dedúcese de esto que las modificaciones que experimentan las larvas de los insectos pueden dividirse en dos clases: las del desarrollo, que tienden á la forma límite, y las de apropiación ó adaptación, que conducen á establecer armonía entre el animal y su nuevo género de vida.

Independientemente de los principios á que muy justamente va unido el nombre de nuestro esclarecido compatriota mister Darwin, existe un hecho notable, del cual no concibo cómo podríamos darnos cuenta: este hecho es que las formas de las larvas no dependen de la forma del insecto perfecto. Aquí, por ejemplo, presento cuadros en los cuales se ven algunas larvas muy semejantes con las formas muy desemejantes que adquieren en último término. En otros casos análogos, comparativamente por lo ménos, los insectos perfectos proceden de larvas muy desemejantes. Una clasificación de los insectos, basada en las larvas, diferiría completamente de la establecida con los insectos perfectos. Los *hymenopteros*, v. gr., que, en lo que concierne al insecto perfecto, forman un grupo muy homogéneo, podrían dividirse en dos, á lo ménos una

parte de ellos; las moscas-sierra, por ejemplo, deberían agregarse á las mariposas nocturnas y diurnas. Pero ¿por qué las larvas de las moscas-sierra difieren de las de los otros himenópteros y se asemejan á los de los lepidópteros diurnos y á los esfinges? Es porque sus costumbres son distintas de las de los demás himenópteros y porque se alimentan de hojas como las orugas ordinarias.

Bajo este punto de vista las transformaciones del género *Sitaris*, que han sido estudiadas con gran cuidado por Mr. Fabre, ofrecen un interés particular.

El género *Sitaris* (pequeño coleóptero afine al *cantharis*, cantárida, y á las libélulas) es parásito de un género de abeja (la *anthophora*) que practica galerías subterráneas, cada una de las cuales conduce á una celdilla. Los huevos de *Sitaris* que son depositados á la entrada de las galerías, se avivan hácia fines de Setiembre ó principios de Octubre; y Mr. Fabre tuvo la idea, muy natural, de creer que las larvas nuevas, que son pequeños animales de seis patas llenos de actividad, irían á buscar su alimento en las celdillas de la *anthophora*. Y sin embargo, esto no aconteció hasta el mes de Abril siguiente, permanecen sin abandonar el lugar de su nacimiento, y por consiguiente, sin alimentacion; y durante este largo espacio de tiempo no cambian de forma ni de tamaño. Mr. Fabre ha demostrado este hecho, no sólo examinando el terrero de la *anthophora*, sino por observaciones directas sobre algunas larvas nuevas, sometidas á cautividad. Sin embargo estas cautivas acaban por salir de su prolongado letargo en el mes de Abril, y andan errantes acá y allá en sus prisiones. Atribuyendo naturalmente esta actividad á la necesidad de buscar alimento, ha supuesto Mr. Fabre que éste debia consistir, ya en las larvas ó ninfas de la *anthophora*, ó bien en la miel con que reviste sus celdillas. Los tres objetos fueron ensayados sin resultado positivo.

Los dos primeros fueron despreciados, y las larvas, cuando se las colocaba sobre el tercero, ó escapaban ó perecian ante una intentona infructuosa; era evidente que no podian sacar provecho de la sustancia viscosa. Mr. Fabre se desesperaba. «Jamás experimento alguno —decia— ha sufrido tanto con-

tratiempo. Larvas, ninfas, celdillas, miel, todo os lo he ofrecido; ¿qué apeteceis, pues, bestezuelas malditas?» El primer rayo de luz acerca de este punto le llegó de uno de nuestros compatriotas, Newport, quien hizo constar que un pequeño parásito encontrado por Mr. Leon Dufour sobre una de las abejas silvestres, era, en efecto, la larva del méloë. Las larvas de sitaris se asemejan mucho á las larvas designadas por Dufour; en este pensamiento, Mr. Fabre examinó muchos ejemplares de anthophora, y concluyó por encontrar en ellos las larvas de la sitaris. Los machos de la anthophora, nacén más pronto que las hembras, y Mr Fabre ha demostrado que desde que salen de sus galerías, se agarran á ellas las pequeñas larvas de sitaris. Sin embargo esto no dura mucho tiempo: el instinto las enseña que no se hallan todavía en el verdadero camino de su desarrollo, y acechando lo que les falta, pasan de la abeja macho á la hembra. Guiado por estos indicios, Mr. Fabre ha examinado varias celdillas de la anthophora: en algunas el huevo de la anthophora flotaba en la superficie de la miel; en otras las larvas más pequeñas de sitaris reposaban aún sobre el huevo como sobre una balsa. La solución se despejaba. En el momento de la puesta, las larvas de sitaris se colocan encima de los huevos; aún cuando la pobre madre está cuidadosamente encerrada en su celdilla, su mortal enemigo comienza ya á devorar la progenie; así es que el huevo de la anthophora sirve no sólo de sosten, sino de alimento.

La miel, que bastaría para un objeto, no puede alcanzar dos; y entónces la sitaris se libra de su rival devorándolo. Despues de ocho dias el huevo está consumido, y sobre la cáscara vacía, la sitaris opera su primera transformacion y se desarrolla de una manera muy diferente.

La miel, que ántes era peligrosa, se convierte en necesaria; y la actividad, que fué precisa, llega á ser inútil; por consiguiente, al cambiar de piel, las activas y esbeltas larvas se convierten en ninfas blancas, carnosas, organizadas de manera que puedan flotar en la superficie de la miel, con una boca debajo y poros respiratorios por encima de la superficie; «gracias á la robustez del vientre, dice Mr. Fabre, la larva está libre de asfixia.» Permanecé en este estado hasta que la miel

está consumida; entónces el animal se contrae y se despoja de la piel, en cuyo seno se efectúan las últimas transformaciones. En el período siguiente, que Mr. Fabre denomina de pseudo-crisálida, la larva tiene una envoltura córnea y sólida, de forma oval, y por el color, la consistencia y la inmovilidad, recuerda los *pupa diptereus*. El tiempo que permanece en este estado es muy variable. Cuando ha terminado, el animal sufre otra muda y cambia todavía de forma; se convierte enseguida en crisálida, sin particularidades dignas de notarse. En fin, despues de estos cambios tan sorprendentes, despues de estas aventuras, la *sitaris* sale á luz en el mes de Agosto.

Es un hecho que, si en cada grupo encontramos diferencias de forma y de color, van siempre unidas á la diversidad de costumbres.

Vuelvo ahora á mi tema principal, las orugas de esfinge. Convidan particularmente á un estudio de este género las larvas de los lepidópteros, porque tales larvas llevan una existencia expuesta á peligros; las diferentes especies del mismo género viven generalmente en plantas distintas, y por tanto se hallan expuestas á diferentes condiciones de existencia, y si nos parece que estas condiciones persisten, es porque sabemos mucho más de las larvas de los lepidópteros que de las de cualquier otro insecto.

Las larvas de las hormigas viven todas en la humedad y reciben el alimento de las hormigas ya formadas; y como están aquéllas sometidas á condiciones análogas, todas ellas son muy semejantes. Un naturalista experto se veria apurado para determinar la especie de una larva de hormiga, miéntras que, todos lo sabemos, las orugas de los lepidópteros, diurnos y nocturnos, son tan fáciles de distinguir como las mariposas mismas; difieren entre sí tanto como los insectos en estado perfecto.

Cinco tipos principales de coloracion presentan las orugas. Las que viven en el interior del leño y en las hojas, ó bajo tierra, tienen generalmente una línea pálida, uniforme; las pequeñas orugas que roen las hojas son verdes como las hojas que comen. Los otros tres tipos pueden, *si parva licet componere magnis*, compararse con los tres tipos de coloracion que



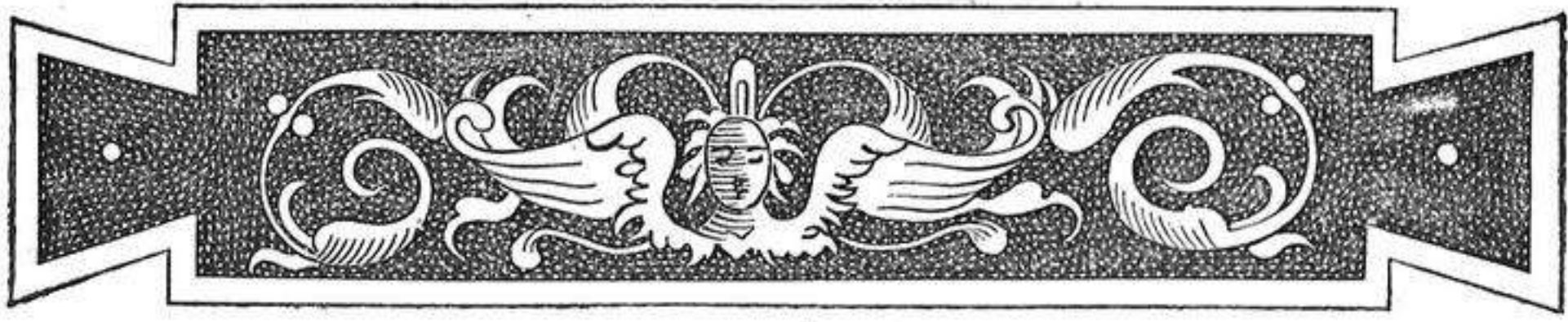
se observa en la especie gato. Hay los gatos del suelo, tales como los leones, que son de un color pardo ó de arena, del color de las localidades que frecuentan. Así son las orugas que se ocultan durante el día en las raíces de las plantas de que se alimentan, y que tienden, como ya hemos visto, á tomar el color de la tierra despues de haber sido verdes. Hay los gatos mosqueados, tales como los leopardos que viven en los árboles, y su coloracion particular les hace ménos visibles por la semejanza con el claro oscuro del follaje que la luz atraviesa. En fin, hay los gatos manchados, cuya especie tipo es el tigre, y que tienen rayas que les hacen muy difíciles de distinguir entre las brozas pardas que frecuentan. Podria decirse quizá que esta comparacion es defectuosa, porque las rayas de los tigres son perpendiculares al eje del cuerpo, mientras que las de las orugas son longitudinales ú oblicuas. Pero este punto, léjos de constituir una diferencia real, confirma la explicacion, porque en cada caso la direccion de las líneas sigue la del follaje. El tigre marcha horizontalmente por el suelo y tiene rayas transversales; la oruga que asciende verticalmente por la hierba, tiene rayas longitudinales, y la que vive en grandes hojas reticuladas, tiene líneas oblicuas como los nervios oblicuos de estas hojas.

Tengo, pues, el derecho de pensar que estos son los motivos por virtud de los cuales existe en las orugas esa variedad de colores y manchas que, á primera vista, parece caprichosa é inexplicable. Y, sin embargo, yo no daria á conocer bien mi propia impresion si os dejase creer que todas estas variedades han sido explicadas ó comprendidas. Muy al contrario, queda todavía mucho que estudiar en el asunto. Diré solamente, que creo haberos expuesto hoy, sino completa, al menos suficientemente, bastantes hechos para justificar la conclusion de que no hay un pelo, una línea, una mancha, ni un matiz que no tenga su razon de ser, que no llene un objeto, que no cumpla una funcion en la economía de la naturaleza.

Por la traduccion,  
E. DEL CAMPO.

(*Les Mondes.*)





## ESTADÍSTICA TEATRAL.

1877.

**S**i hubiéramos de juzgar el estado del Teatro Español por el número de producciones del mismo, forzoso nos sería confesar que nunca como en los años que corren logró inusitado brillo, preponderancia y justa fama. Por desgracia, la calidad en asuntos dramáticos no suele corresponder á la cantidad, y el mismo Lope de Vega, monstruo de fecundidad, no puede hoy sostener ante la crítica la competencia con D. Pedro Calderon de la Barca, D. Agustin Moreto ó D. Juan Ruiz de Alarcon, aunque estos últimos presenten contingente mucho más escaso de escénicas producciones. Y si esto ocurre tratándose de un Lope de Vega, considérese lo que sucederá con los muchos que hoy acosan y maltratan á la pobre Talía, á razon de 15 reales por acto en los teatros de último órden.

Prosiguiendo durante el pasado año las anotaciones estadísticas que acompañan á mis lecturas, he apuntado los estrenos que siguen á continuacion: ¡cerca de trescientos! Si se agrega á ellos las obras cuya existencia no ha llegado á mi noticia, tendremos próximamente el resultado de una comedia por dia desde el 1.º de Enero al 31 de Diciembre de 1877.

Hé aquí mis apuntaciones, desnudas de todo comentario:

## OBRAS EN MAS DE TRES ACTOS.

- BLANC (D. Luis).—El mártir del Gólgota ó la pasion.  
 MADAN Y GARCIA (D. Augusto).—El anillo de Fernando IV.  
 NAVARRO GONZALVO (D. Eduardo).—Sathaniel.  
 PALANCA Y ROCA (D. Francisco).—La cruz de plata.  
 PIQUET (D. Jaime).—Ricardo III, rey de Inglaterra.  
 RAMOS CARRION (D. Miguel).—Los sobrinos del capitan Grant.  
 RODRIGUEZ LOPEZ (D. Antonio).—El cipres de la Sultana.  
 ZORRILLA (D. José).—Don Juan Tenorio (zarzuela).

## OBRAS EN TRES ACTOS.

- ALCON (D. Aurelio).—Amor y amor propio. (Con D. José Fuentes.)  
 ALVAREZ (D. Emilio).—Juana, Juanita y Juanilla.  
 BARRANCO (D. Mariano).—Rendirse para vencer.  
 BLASCO (D. Eusebio).—Los niños y los locos...  
 La rosa amarilla.  
 BORDAS (D. Ramon).—La pageña de Ibiza.  
 CAMPMANY (D. N.).—Lo cant de la Marsellesa. (Con el señor Molas.)  
 CANO Y MASSAS (D. Leopoldo).—El más sagrado deber.  
 CRÁDENAS (D. José).—Ledia.  
 CAVESTANY (D. Juan José).—El esclavo de su culpa.  
 CID (D. Luciano).—El mejor juez es Dios.  
 CUENCA (D. Cárlos Luis).—Entregar la carta. (Con el señor Fuentes.)  
 DIAZ (D. José María).—Trece de Febrero.  
 DRAPEZ (D. Miguel).—Misterios de familia.  
 ECHEGARAY (D. José).—Ó locura ó santidad.  
 Cómo empieza y cómo acaba.  
 Lo que no puede decirse.  
 ECHEGARAY (D. Miguel).—Haz bien...  
 Vanitas vanitatum.

- ESCUADERO (D. N.)—La cadena del crimen. (Con Navarro Gonzalvo.)
- FELIN Y CODINA (D. José).—Lo pont del diable.
- FONT (D. Eusebio).—Los dos ministros.
- FUENTES (D. José).—Entregar la carta. (Con el Sr. Cuenca.)  
Amor y amor propio. (En colaboracion de D. Aurelio Alcon.)
- GARCÍA GUTIERREZ (D. Antonio).—La criolla.
- GARCÍA SANTISTEBAN (D. Rafael).—El tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses.  
Vivir á escape.
- GARRIDO (D. Estéban).—La mancha en la frente. (Con D. Ceferino Suarez Bravo.)
- GOMEZ (D. Valentin).—La dama del rey.
- GRANÉS (D. Salvador María).—La panadera.
- HERRERO (D. Leandro).—Enseñar al que no sabe.
- ILLERA (D. Florencio).—Amor y libertad.
- LARRA (D. Luis Mariano).—Las campanas de Carrion.
- LUXAN (Doña Elisa).—Ethelgira.
- MADAN Y GARCÍA (D. Augusto E.)—Deber y afecto en contienda.  
El puñal de los celos.
- MOBELLAN (D. Sebastian).—Un drama de familia.  
El anónimo.
- MOLAS (D. N.)—Lo cant de la Marsellesa. (En union del señor Campmany.)
- MONTOLIN (D. N.)—Aida.
- NAVAREETE D. Ramon de).—El fénix de los maridos.
- NAVARRO Y GONZALVO (D. Eduardo).—La cadena del crimen.  
(En colaboracion del Sr. Escudero.)
- OORLE (D. Ricardo M.)—Combates de amor.
- PEREZ ECHEVARRÍA (D. Francisco).—La evidencia.
- PINA DOMINGUEZ (D. Mariano).—Amapola.  
El doctor Ox.  
El chiquitin de la casa.
- PINA (D. Mariano).—A casarse tocan.
- PIQUET (D. Jaime).—Turcs y russos ó paga que's gata.
- POZO (D. J. del).—Cecilia.
- SOLER (D. Federico).—Un lance de Calderon.

L'hostal de la Farigola.

Senyora y majora.

SUAREZ BRAVO (D. Ceferino).—La mancha en la frente. (Con el Sr. Garrido.)

VELILLA (D. José).—Reinar para no reinar.

ZORRILLA (D. José).—Pilatos.

ZUMEL (D. Enrique).—Bienes vitalicios.

### OBRAS EN DOS ACTOS.

ACERO (D. Tomas).—La condesa Trifaldi. (Con D. Lope Torés.)

ALBA (D. Juan de).—Las mocedades de D. Juan Tenorio.

ALVAREZ (D. Emilio).—El jornalero.

La buena ventura.

ANDRES Y PASTOR (D. Alfredo).—Los bandidos del Cristo del Otero.

AZA (D. Vital).—Calvo y compañía.

AZCUTIA (D. Manuel).—El mayor mal la vejez.

BARRERA (D. Pedro María).—Verde y madura. (Con D. Enrique G. Bedmar.)

BEDMAR (D. Enrique G.).—Verde y madura. (Con el Sr. Barrera.)

BLASCO (D. Eusebio).—De prisa y corriendo. (Con el Sr. Ramos Carrion.)

BÚRGOS (D. Javier de).—La vuelta á Cádiz en sesenta minutos.

CASTILLO (D. José).—La fiesta de San Isidro. (Con D. Julio Nombela.)

El sombrero del ministro. (Con el Sr. Nombela.)

COELLO (D. Carlos).—La pena negra.

ECHEGARAY (D. José).—Para tal culpa tal pena.

FERNANDEZ RUANO (D. Manuel).—El espectro juez.

FERRER (D. N.).—Quiera V. á mi mujer.

FUENTES MALLAFRÉ (D. Eduardo S.).—Entre dos polos. (Con Rodriguez Moran.)

GARCÍA GUTIERREZ (D. Antonio).—Un cuento de niños.

GRANÉS (D. Salvador).—El Prado de noche. (Con D. Eduardo Lustonó.)

- El Sr. de Manzanillo.  
El laurel de oro. (Con D. Calixto Navarro.)
- GUILLEN (D. Eduardo).—Golpe sobre golpe.
- HERRANZ (D. Juan José).—Los cursis.
- LLADÓS Y RINS (D. Miguel).—Cuerdo y sin luna, ó la selenomanía.)
- LIERN (D. Rafael María).—Bonito país. (Con D. Luis Santa Ana.)  
Matrimonios al vapor. (Con el Sr. Madan.)
- LOPEZ DEL RÍO (D. Rafael).—Cargo de confianza.
- LUSTONÓ (Don Eduardo).—El Prado de noche. (Con el señor Granés.)
- MADAN Y GARCÍA (D. Augusto E.).—Novio, padre y suegro.  
Matrimonios al vapor. (Con el Sr. Liern.)
- NAVARRO (D. Calixto).—Huyamos de ellas. (Con el Sr. Povedano).  
El laurel de oro. (Con el Sr. Granés.)
- NOMBELA (D. Julio).—La fiesta de San Isidro. (Con el Sr. Castillo.)  
El sombrero del ministro. (Con el Sr. Castillo.)
- PINA DOMINGUEZ (D. Mariano).—Los Madriles. (Con el Sr. Ramos Carrion.)  
El empresario de Valdemorillo. (Con el Sr. Ramos Carrion.)
- POVEDANO (D. N.) Huyamos de ellas. (En union del Sr. Navarro.)
- RAMOS CARRION (D. Miguel).—De prisa y corriendo. (Con el Sr. Blasco.)  
El empresario de Valdemorillo. (Con el Sr. Pina Dominguez.)  
Los Madriles. (Con el mismo.)  
Los tres novios de la niña.
- RIERA Y BERTRAN (D. Joaquin).—La majordomna.
- RODRIGUEZ MORAN (D. N.).—Entre dos polos. (En colaboracion del Sr. Fuentes Mallafré.)
- SANTA ANA (D. Luis).—¡Bonito país! (Con el Sr. Liern.)
- TORÉS (D. Lope).—La condesa Trifaldi (Con el Sr. Acero.)
- TORRES (D. Pedro Antonio).—L'alcalde de Vilaplana.

VALDÉS (D. José).—Por un apellido un dote.

VEGA (D. Ricardo).—¡A los toros!

VELAZQUEZ Y SANCHEZ (D. José).—La cigarra y la hormiga.

ZAPATA (D. Márcos).—El solitario de Yuste.

### OBRAS EN UN ACTO.

ALBA (D. Juan de).—Fray Gerundio, Tirabeque y Fray Liberterto.

Lo de arriba abajo y lo de abajo arriba.

ALBA (D. Pascual).—Dos prófugos.

ALVAREZ (D. Daniel).—El enamorado.

ANDRES (D. Remigio).—Amor á la patria.

ANGUITA SAAVEDRA (D. A.).—El toro de la corrida.

APARICIO (D. Bernardo).—Por fiarse de papeles.

ARANGO (D. Enrique).—La suripanta Camila.

Cinco doncellas sin novio.

ARNAO (D. Antonio).—La muerte de Garcilaso.

ASENSIO ALCÁNTARA (D. Joaquin).—Lo cantó,

ANLÉS (D. Eduardo).—Romagosa bis.

Dos carbones.

AZA (D. Vital).—Paciencia y barajar.

BALACIART (D. Daniel).—Casamientos y vice-versa.

BALAGUER (D. Víctor).—Coriolano.

BARCELONA (D. Juan Pedro).—Una página de gloria á los carlistas en Teruel.

BARÓ (D. Teodoro).—Firas y festas.

BARRAGAN (D. G.).—La carabina de Ambrosio.

BARRANCO (D. Mariano).—Skating-Rink.

BARRERA (D. Pedro María).—Una balsa de aceite.

BENAVIDES (D. José).—Concepcion, Concha y Conchita. (Con D. Tomás Infante.)

BIENERT (D. Antonio).—El conde de Olmedo.

BLANC (D. Luis).—Madrid en San Isidro.

La princesa Orosia.

El grito de guerra. (Con D. Alejandro Manzano.)

El anticipo forzoso.

La pena capital.

- BLANCO (D. Gerardo).—Sin jaula, ó sea gran coleccion de fieras.
- BOHIGAS (D. Severo).—Mal haya la levita.
- BÚRGOS (D. Javier).—En la prevencion civil.
- BUSTILLO (D. Eduardo).—Cartas trascendentales.
- CABO (D. N.).—El afan de dar consejos.
- CALLE (D. Adelardo).—Un detalle de la vida.
- CAMPOS Y VASALLO (D. Rafael).—El porvenir de los maestros.  
(Con D. Ricardo Sanchez y Palacio.)
- CARABIAS (D. Casimiro).—Uno de tantos.
- CASTILLO Y SORIANO (D. José).—En Pozuelo de Alarcon. (Con D. Julio Nombela.)  
¡De los toros! (Con D. Julio Nombela.)  
La alegría del hogar. (Con id.)  
Hermanito de San Martin. (Con id.)
- CASTILLO (D. Pelayo del).—¿Qué le faltará á mi marido?
- CANLA (D. Remigio).—Triste ejemplo.
- CHAVARRI (D. Juan José).—Para mi beneficio.  
¡1876!. (Con D. Ramon García Sanchez.)
- COCA (D. N.).—Un garson de con Justin.
- COLL Y BRITAPAJA (D. Luis).—La voz pública.
- COLOM (D. Juan).—Lo que fa la roba.
- COLOMÉ (D. Conrado).—Los bravos de la Hungría.  
Cartilaginotalgía.
- COMPTE (D. Claudio).—Un buen negocio.
- COSTA (D. Fernando).—El polichinela.  
El mayor dolor.
- CUARTERO (D. Manuel).—A la puerta del Suizo. (Con D. Calixto Navarro.)  
El amor propio.
- DIMAS (D. N.).—De rebot.
- ECHEGARAY (D. José).—Iris de paz.  
El gladiador de Rávena.
- ECHEGARAY (D. Miguel).—Echar la llave.
- ESCALANTE (D. Eduardo).—Les tres palomes.
- ESCAMILLA (D. Pedro).—Partida doble.  
Amor quebranta amistad.
- ESCUDERO (D. J.).—La electro-manía.



- Los obstáculos. (Con D. Calixto Navarro.)
- ESTRAÑI (D. José).—Los líos de doña Lola.  
El rábano por las hojas.
- ESTREMEIRA (D. José).—Falsos testimonios.  
Mártes y miércoles.  
Fuerza mayor.  
Hay entresuelo.
- FERNANDEZ BREMON (D. José).—Dos hijos.
- FERNANDEZ (D. Mariano).—El loro y la lechuza.
- FERRARI (D. Emilio).—Quien á hierro mata.
- FUENTE (D. Adolfo de la).—El Dos de Mayo.
- FUENTES MOLLAFRÉ (D. Eduardo).—Donde ménos se piensa.  
El nudo gordiano.  
El que mucho abarca.  
El coprador de cartas.
- FUENTES (D. José).—Un nido de víboras.  
Otro José.
- GARCÍA SANCHEZ (D. Ramon).—El cuento del veterano.  
¡1876! (En union de D. Juan José Chavarri.)
- GARCÍA OSCAR (D. Valentin).—Peripecias conyugales.
- GARRIDO (D. Estéban).—Me caso.
- GARRIDO (D. Francisco).—La vuelta de D. Canuto.
- GASPAR (D. Enrique).—Las sábanas del cura.
- GIL (D. Constantino).—La perla de mi mujer.
- GOMEZ LANDERO (D. Juan).—Ó tonto ó á medios pelos. (Con  
D. Enrique Sepúlveda.)
- GONMEJO (D. Ernesto).—La voz de la sangre.
- GONZALEZ (D. José María).—En un lugar de la Mancha. (Con  
D. Eduardo Palacio.)  
Por un anuncio.
- GRANÉS (D. Salvador María).—Periquito entre ellas. (Con don  
Calixto Navarro.)  
Ni se empieza ni se acaba.
- INFANTE (D. Tomas).—Concepcion, Concha y Conchita. (Con  
el Sr. Benavides.)
- IÑIGO (D. Ildefonso).—Mis celos.
- INZA (D. Eduardo).—Cazar con liga.
- JAKSON CORTÉS (D. Eduardo).—Un pollo fiambre.

JAKSON VEYAN (D. José).—Una casa de préstamos.

El tesoro de los sueños.

La chaqueta parda.

A las puertas del cielo.

LASSO DE LA VEGA (D. Angel).—La enamorada del mar.

LASTRA (D. Salvador).—Un maestro de obra prima.

LIERN (D. Rafael María).—Locuras madrileñas.

Artistas para la Habana. (Con D. Augusto C. Madan.)

LLEDÓ (D. Ramon).—El pañuelo de nípis.

LOPEZ DEL RIO (D. Rafael).—Jaula de oro.

LOPEZ RODRIGUEZ (D. Senen).—Hidalguía castellana.

LOZANO (Doña Asuncion).—Agencia matrimonial.

LUCEÑO (D. Alvaro).—Deme V. calabazas.

LUSTONÓ (D. Eduardo).—Un hombre feliz.

MADAN y García (D. Augusto E.).—Artistas para la Habana.

(Con D. Rafael María Liern.)

Viaje en globo.

¡Cuidado con los estudiantes!

MANZANO (D. Alejandro).—El grito de guerra. (En union de D. Luis Blanc.)

MARCO (D. José).—La fiesta en paz.

MAATINEZ IÑIGUEZ (D. José María).—La redencion ó la feria de negros.

MARTINEZ APARICIO (D. Ramiro).—La futura de mi tio.

MAZA (D. Eduardo).—Do... de pecho.

MEDEL (D. Angel).—Soldados de contrabando.

En San Isidro.

El signo de redencion.

El nuevo mundo.

MOLAS Y CASOS (D. Juan).—Las festas de Barcelona.

Endevan las atxas.

MONTENEGRO (D. José).—La familia de S. E.

La voz de la sangre.

MORENO (D. Pedro).—El hijo de su madre.

Cuarta funcion á las once. (En colaboracion del señor Ruiz.)

NAVARRO (D. Calixto).—Maestro de amor.

Enciclopedia.

A la puerta del café Suizo. (Con D. Manuel Cuartero.)

Frasquito Barbales.

Los obstáculos. (Con el Sr. Escudero.)

Un fenómeno.

Un conspirador. (Con D. Eduardo Navarro.)

¡No llora!

Boda ó muerte.

Periquito entre ellas. (En colaboracion del señor Granés.)

NAVARRO Y GONZALVO (D. Eduardo).—¿Quién anda ahí?

¡Pobre coronel!

Un manicomio.

Los abrazos.

La cuenta del año.

Un conspirador. (En colaboracion con D. Calixto Navarro.)

NESTOSA (D. N.)—Por las nubes. (En colaboracion del señor Sanchez Castilla.)

NOGUÉS (D. Emilio).—Deudas de amor.

NOMBELA (D. Julio).—Una tempestad de verano.

El veranillo de San Martín. (Con el Sr. Castillo y Soriano.)

En Pozuelo de Alarcón. (Con el Sr. Castillo y Soriano.)

¡De los toros! (Con id.)

Una tempestad de verano.

La alegría del hogar. (Con idem.)

OLIER (D. Manuel).—Por cambiar de domicilio.

OLONA (D. Federico).—Un tío como hay muchos.

OVARA (D. N.)—Dimats, 13.

PALACIO (D. Eduardo).—En un lugar de la Mancha. (Con don José María González.)

Callos y caracoles.

La venta del enano.

PALOMINO DE GUZMAN (D. Rafael).—El último clavo.

PAREJO (D. Leopoldo).—La justicia de Dios.

Para el corazón no hay clases.

El mejor juez la conciencia.

PASCUAL Y CUELLAN (D. Eduardo).—Duo conyugal. (Con D. Javier Soravilla.)

Un novio de encargo. (Con Soravilla.)

PEREZ ECHEVARRÍA (D. Francisco).—El violín de Cremona. (En colaboración del Sr. Retes.)

PEREZ BARZANA (D. Luis).—Lo que nunca muere.

PERILLAN (D. Manuel).—Choza y palacio.

PERRIN (D. Guillermo).—El que escupe al cielo.

PICH (Doña Rosa).—Gent del Barrí.

PINA DOMINGUEZ (D. Mariano).—Poner casa.

El año sin juicio. (Con Ramos Carrion.)

PINA (D. Mariano).—Los carboneros.

PI OZZINI Y MARTÍ (D. Felipe).—Plogut del cel.

PONS Y MONTELLS (D. Federico).—Las dos Teresas.

RAMOS CARRION (D. Miguel).—Los tres novios de la niña.

El año sin juicio. (Con el Sr. Pina Dominguez.)

RENTERO (D. N.).—Una hora en el infierno.

RETES (D. Francisco Luis de).—El violín de Cremona. (Con el Sr. Echevarría.)

REY (D. Manuel).—Las dos capitanas.

Por un gorro.

RIO (D. Alfredo del).—Remedio contra un abuso.

RODRIGUEZ SAAVEDRA (D. Manuel).—Joaquinito.

ROMEA (D. Julian).—Almuerzos y comidas.

ROMERO (D. Manuel).—Una rama de laurel.

RUBÍ (D. Eugenio).—Un zapatero de viejo.

RUIZ (D. Julio).—Cuarta función á las once. (Con D. Pedro Moreno.)

RUIZ ARANA (D. Mariano).—El sobrino de D. Blas.

SALCEDO (D. Federico).—El mucho dulce empalaga.

Un beso de casa.

SANCHEZ RAMON (D. Antonio).—El heredero.

La caja de música.

Los antípodas.

SANCHEZ CASTILLA (D. Eduardo).—Caiga el que caiga.

Por las nubes. (Con el Sr. Nestosa.)

El Conde Patricio.

SANCHEZ MADRIGAL (D. Ricardo).—El año que pasó.

El porvenir de los maestros. (Con D. Rafael Campos y Vasallo.)

SELLÉS (D. Eugenio).—La torre de Talavera.

SEPÚLVEDA (D. Enrique).—Ó tonto ó á medios pelos. (En union del Sr. Gomez Landero.)

SERNA Y MARTINEZ (D. José de la).—Un ministerio por dentro.

SOLER (D. Federico).—Lo ret de la Sila.

SORAVILLA (D. Javier).—Duo conyugal. (Con el Sr. Pascual.)

Un novio de encargo. (Con el Sr. Pascual.)

SORIANO BERNAR (D. N.).—Vaya un lío.

TORROMÉ (D. Leandro).—Tenorio y Mejía.

TRINCHANT (D. José).—Receta contra la bñlis.

TRESERRA (D. Ceferino).—La llave en el ventanillo.

VAZQUEZ (D. Leopoldo).—Loa á Cervántes.

VEGA (D. Ricardo).—Vega, peluquero.

El café de la Libertad.

Música celestial.

VELAZQUEZ Y SANCHEZ (D. José).—Dios aprieta...

ZAMORA Y CABALLERO (D. Eduardo).—Dos enemigos íntimos.

Durante el año de 1877 se han representado, pues, en los diferentes teatros de España las siguientes obras:

En más de tres actos.....	8
En tres actos.....	52
En dos actos.....	38
En un acto.....	191
	<hr/>
TOTAL DE OBRAS NUEVAS....	289

Los autores que mayor número de obras han dado al teatro figuran por el orden siguiente:

D. Augusto Madan, que tiene una en cuatro actos, dos en tres, dos en dos y tres en uno. Total, 17 actos.

D. Mariano Pina Dominguez, autor de tres comedias en tres actos, dos en dos y dos en uno. Total, 15 actos.

D. Calixto Navarro, con dos obras en dos actos y diez en uno. Total, 14 actos.



D. Miguel Ramos Carrion, con una obra en cuatro actos y cuatro en dos. Total, 12 actos.

D. José Echegaray, autor de tres dramas en tres actos y dos en uno. Total, 11 actos.

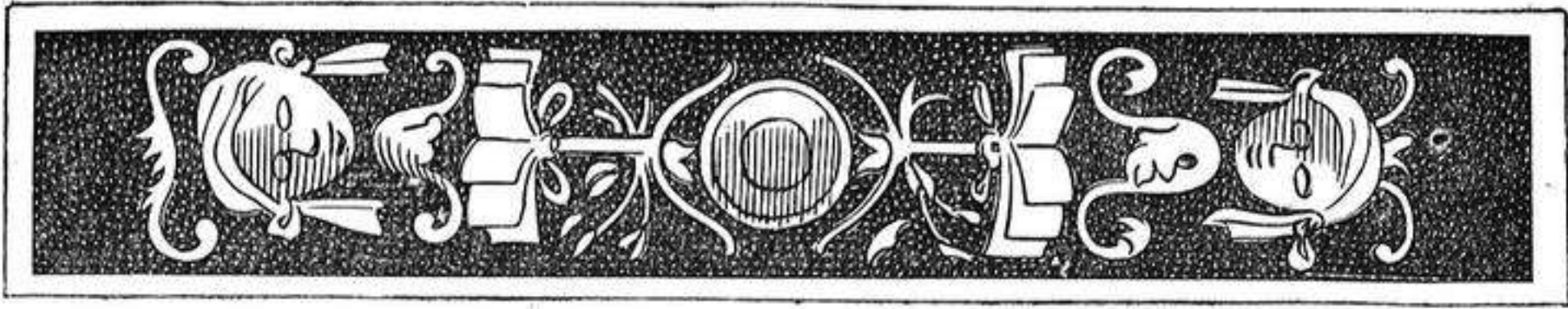
D. Federico Soler, tres obras en tres actos y una en uno. Total, 10 actos.

Con nueve actos aparecen los Sres. Fuentes (D. José), Nombela, Blanc y Navarro (D. Eduardo), y con ocho los señores Blasco, Castillo y Soriano y alguno más.

En la anterior estadística figuran indistintamente las obras originales y las traducidas. En un principio pretendí establecer la separación conveniente; pero bien pronto hube de renunciar á ello. Era empresa imposible.

M. OSSORIO Y BERNARD.





## EL ATENEO DE MADRID (1).

---

### II.



**H**AY algo más vergonzoso, más sombrío, más horrible que la reacción española de 1814, y es la reacción de 1824. Aquel Rey *deseado*, aún después de Valencey, que vuelve á los amantes brazos de sus heroicos vasallos, para ceñir las sienes de los inmortales legisladores de Cádiz con la corona del martirio, y restaurar los Señoríos, la Inquisición, el espionaje y la camarilla, con su secuela de humillaciones, tormentos, intrigas y dilapidaciones, acentuando ferozmente el cuadro de miserias que había hecho viable, siquiera por un instante, el pensamiento napoleónico de la invasión y dominación de España; aquella aristocracia, que aún más dócil que la portuguesa, había asistido á Bayona, y aquel Consejo de Castilla y aquella Sala de Alcaldes que tan blandos se habían mostrado ante el *intruso*, y que ahora se prestaban con no menor mansedumbre, aunque sí mayor vergüenza, á renunciar la alta dirección social, que por ley de naturaleza y de tradición les correspondía, resignándose á dar con su cortejo y su sombra mayor realce á figuras como la del delator Ostolaza, el esportillero Ugarte, el

---

(1) Véase la REVISTA del 30 de Marzo de 1877.

grotesco Chamorro Alagon, el galanteador, el nuncio Gravina y el ruso Tattischeff, verdadero consejo áulico del astuto é implacable Fernando VII; aquel clero mundano, concupiscente, rabioso, á cuya cabeza figuraban el fanático Obispo de Orense, traidor á las Córtes de Cádiz, el sanguinario Padre Castro, redactor del horrendo periódico *La Atalaya*, el iracundo Creux, que como diputado habia frecuentado la nave circular de San Felipe y contribuido al movimiento gaditano, y en fin, aquel grupo de clérigos ignorantes y furibundos que por su exageracion política y apoyados por la *camarilla* habian hecho presa de las mitras y las prebendas; aquellas universidades que, como la de Cervera, protestaban contra la «fatal manía de pensar,» ó como la de Alcalá, conferian la borla al infante D. Antonio, dando pasto á las cáusticas aficiones del Rey, que á todas horas, maliciosamente, invocaba la autoridad de «su tío el doctor;» aquel ejército de cuyo frente habian desaparecido Palafox y Mina y Lacy, y los más populares y afortunados soldados de la guerra de la Independencia, dirigido y aterrorizado ahora por el intransigente y reaccionario Eguía y el violentísimo Elío, personajes poco felices hasta entonces en sus campañas, de mediana representacion y escaso nombre, destinados á adquirirlo por la disolucion *ab irato* del Congreso gaditano el uno, y el otro por iniciar con la rebellion absolutista de Valencia la era de los *pronunciamientos* militares españoles, y ambos por la sangre de liberales que derramaron en el funesto período del terror realista; aquella muchedumbre desarrapada, que sobre los calderos vacíos de la sopa boba y bajo la direccion del *lego* restaurado, ensordecia los aires con el grito de «¡Vivan las cadenas y muera la Nacion!» aquella sociedad condenada al mutismo por la prohibicion absoluta de la prensa, entregada al espectáculo de la Plaza de Toros en funcion permanente, amenazada á todas horas por las grandes partidas de salteadores que infestaban los campos, amedrentada con sentencias de muerte, como la dictada contra el *Cojo de Málaga*, por el inmenso delito de haber capitaneado en la época constitucional á los voceadores de la tribuna pública del Congreso, ó con las pesquisas del siniestro comisario Negrete en Andalucía y del cruel Echavarri



en Madrid, ó con las ejecuciones de Polier, Lacy, Vidal y tantos otros verdaderos mártires de la libertad española; aquel órden político y social en que ni Eguía, ni Elío, ni Escoiquiz, ni Echavarri, ni Ostolaza vivian seguros y fuera de la delacion de sus rivalidades y de la ingratiud del Rey, y en el cual todo es monstruoso, repugnante, maléfico, hediondo, todo perjurio, traicion, crueldad, tiranía, degradacion, concupiscencia, oscuridad y miseria; aquel torbellino, en fin, de infamias y brutalidades, es, en su género, de lo más acabado que puede darse en la Historia de la decadencia y la perversidad humanas, y quizá de lo más peregrino y más imponente que se ofrece en la vida de los pueblos modernos.

¡Oh! como aquello no habia habido nada en la Historia de España. ¿Qué tenía que vengar la reaccion de 1814? ¿Qué respetos no la imponian los altos merecimientos de los hombres ilustres á quienes brutalmente persiguió, encarceló y desterró? ¿Qué ejemplos no la daba Europa entera, la vecina Francia, en los primeros dias de la restauracion sobre las pasiones mal apagadas de la República y del Imperio? Pero, en fin, aquello era la obra de un rey ingrato y torpe, para quien la posteridad, con ser terrible, nunca será bastante justa; en último caso era un *salto atrás*, un salto en las tinieblas y en el cieno, de un pueblo que se espanta y ciega ante la luz vivísima del espíritu moderno que de repente se ofrece á sus ojos. Mas la reaccion de 1824 es más que eso: afrenta más, repugna más, sube más en la escala del oprobio y de la tiranía.

Iniciase con la intervencion extranjera, con la fuerza de aquellos 100.000 hijos de San Luis, que ahora en vez de encontrar á los capitanes de Bailén, Tarifa y San Marcial, dan con un Estado Mayor ó traidor, ó incapaz; con Morillo, Labisbal y Ballesteros, cabezas de tres de los cuatro ejércitos que se organizan frente á la invasion y que franquean el paso al extranjero y acatan la obra del invasor en el momento crítico de la lucha, en la hora angustiosa en que el honor de España se refugia bajo las banderas de los bizarros batallones de Mina en Cataluña y de los heroicos milicianos del Trocadero. Las primeras medidas de la reaccion son el decreto de muerte en horca contra los regentes de Sevilla y los diputados que ha-

bian votado la traslacion de la córte á Cádiz; la subida del feroz clérigo Saez, despues mitrado de Tolosa, á la direccion del ministerio apostólico; el monstruoso proceso y la horrible ejecucion de Riego, arrastrado en inmundo seron por las calles de Madrid y la instalacion de la famosa sociedad *El Angel exterminador*, de las *Bandas de la fe* y de los voluntarios realistas. Vueltos los ojos al pasado, no sólo se da por nulo cuanto habia sucedido en la segunda época consti tucional, no sólo se *suprime el tiempo* como en la Reaccion del 14, sino que se declaran fuera de la ley á cuantos directa ó indirectamente hubieran tomado parte en los anteriores acontecimientos; se afirma como uno de los fines de la política imperante, «el exterminio de los liberales, de los *negros*, hasta la cuarta generacion;» y sólo como prueba de benevolencia se inician las *purificaciones* y los *espontaneamientos* que hicieron pasar por el tamiz de la más brutal intolerancia á toda la generacion del 20 ó determinaron nuevas y cruentas persecuciones llevadas á efecto por aquellas *Comisiones militares y ejecutivas* que hicieron atrocemente célebre al innoble Chaperon. El fanatismo del clero no tuvo límites: hecho obispo de Málaga Fr. Manuel Martinez, la pluma maratista del *Restaurador*; influyente el obispo de Leon que escribia en una pastoral: «no olvideis lo que dice Isaías; que con los impíos no tengais union ni aún en el sepulcro;» premiado con el báculo de Tolosa, Saez, el confesor del Rey, cuando sus brutales exageraciones le hicieron caer del ministerio, por exigencia de Francia y Rusia escandalizadas; acariciado el obispo de Osma, el alma del *Angel Exterminador*; restaurada—subrepticamente con el apellido de *Jun-tas de la fe*—la Inquisicion en Orihuela, Valencia y Tarragona; declarados «sospechosos *de vehementi* de herejía é inductivos al trastorno del altar y del trono» los antiguos masones, y consagrados, en fin (¡apénas se concibe!), la prision y asesinato de Riego por la gran fiesta religiosa instituida en la ermita de Santiago de Torre de Pedro Gil y que, en honor de aquellos sucesos, habia de verificarse anualmente con asistencia de dos cabildos y de los infames aprehensores del infortunado caudillo. El crimen perpetrado en la persona del Empecinado, que muere luchando con el verdugo; el enalte-

cimiento del delator Regato casi convertido en una institucion política; la apertura del *Indice de la policia*, registro de todos los antecedentes y de los actos más menudos de los tenidos por liberales; la creacion de la Escuela Oficial de Tauromaquia; las pesquisas de los obispos en las librerías públicas y privadas, despues del decreto ó bando del superintendente general de policia para la entrega al párroco de todo libro, folleto ó papel impreso en España ó introducido del extranjero desde 1820 á 1823 ó prohibido por la Iglesia ó la Inquisicion; y por último, la aparicion de D. Tadeo Calomarde en las alturas del poder y la próroga de la ocupacion francesa que, accediendo á los ruegos de Fernando VII, acordó hasta fin de 1827 Cárlos X, en vista de aquella campaña que, como francés y como padre (así decía refiriéndose al jefe de la expedicion, duque de Angulema) *podia llamar gloriosa (!)*, tales son algunos de los hechos salientes del primer período de la Reaccion del 24, bastante para caracterizarle como uno de los períodos más vergonzosos y sombríos de nuestra historia, y que justifican las observaciones y las protestas, ineficaces casi siempre, del mismo Gabinete de París, del de San Petersburgo, y de los hombres todos de la Santa Alianza.

Pero tales horrores y tales indignidades no eran suficientes á calmar la rabia de los *apostólicos* (que con este nombre más que con el de *serviles* son conocidos los realistas de aquella época), y luégo aparece el Rey dominado por la muchedumbre clerical y fanática y eclipsado en su mismo odio á todo lo grande, lo espléndido y lo generoso. A partir del año 26 comienzan el descontento respecto de Fernando VII y las conspiraciones de los *agraviados* de Cataluña en favor de D. Cárlos; movimiento más ó ménos contenido por un redoble de persecuciones y violencias contra los liberales, que sobrecogen el ánimo y están representadas todas en un solo nombre: el Conde de España.

El casamiento de Fernando VII con María Cristina primero, y su misma enfermedad despues, y sobre todo la disposicion de las cosas en Europa, estremecida por las auras regeneradoras de la revolucion del 30, pusieron un cierto límite á aquel órden de cosas hácia 1829, en lo que tampoco dejó de influir

el cansancio y debilitacion de la fuerza *apostólica*, que por el camino de la intolerancia, del oscurantismo y de la violencia habia llegado casi á extirpar la generacion liberal del 12, á atrofiar la nacion y á producir la inminencia de la demagogia *blanca*. No era posible ir más allá. En lo sucesivo la reaccion absolutista no podria constituir nada imponente ni dominante. Tenía que reducirse á un puro elemento de discordia, por desgracia más duradero de lo que el estado actual de la cultura europea daba base para esperar y temer.

Cuando uno vuelve los ojos á aquellos períodos; ¡cómo no irritarse ante las declamaciones y los aspavientos que á los oscurantistas y reaccionarios provoca el espectáculo de las revoluciones contemporáneas! No soy yo de los amigos del procedimiento; lo he combatido siempre, con más ó menos reservas, reservas que mantiene el pueblo ménos revolucionario y más feliz, políticamente hablando, del mundo moderno: Inglaterra. No se me ocultan los desmanes, los errores, las transgresiones de varias clases que las masas liberales han cometido. Pero ¡por Dios! ¡Cómo hablar de esto, cómo aproximarlos siquiera á la historia horrible de las reacciones absolutista y apostólica! ¡Cómo prescindir de las provocaciones sin tasa de la *gente oscura*, en períodos repetidos y de un modo constante é implacable, á todas las pasiones, ¡qué digo pasiones! á todos los sentimientos más dignos y nobles de los liberales, atropellados, perseguidos, confiscados, encarcelados, ahorcados sin ley ni forma, no ya en un momento de vértigo, no ya en los dias de la explosion, si que en un largo espacio de tiempo más que suficiente para calmar los arrebatos populares (que cuando de la libertad se trata, terminan muy luégo) y no ya realizados sólo por las muchedumbres ébrias de furor ó comprometidas en excesos quizá por los mismos que, como el Regato de 1822, han de sacar partido de tales desaguisados, si que por autoridades, por hombres que presumen de serios, por gentes que visten toga ó aparecen con carácter sagrado, por los dueños, en fin, de las alturas del poder y del gobierno del Estado! ¡Cómo comparar el rencor, la saña de esos reaccionarios; cómo comparar la ingratitud misma de aquellos frenéticos al dia siguiente de la victoria, y la impiedad de los que

tienen reservado siempre el *Te-Deum* para despues de las dragonadas... cómo compararlos con el olvido, la generosidad, el abandono mismo que sucede en los períodos revolucionarios al fragor del combate y á los excesos fugaces de las multitudes desbocadas!

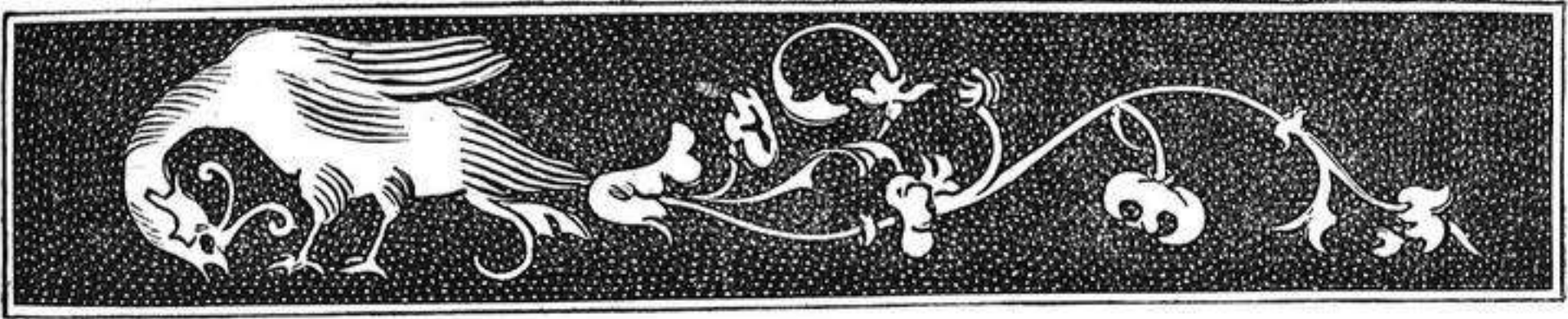
Y el *quid* está, á mi juicio, en el contraste de las ideas á que respectivamente sirven la Reaccion y la Revolucion. Estos procedimientos indudablemente son malos; pero la libertad tiene tal virtud que enfrena y corrige la misma bestia que á las veces toma para salvar los abismos.

Pero si la reaccion del 24 aterra por sus crímenes y abochorna por su oprobio, aflige y casi desespera por sus tinieblas, por el estado de postracion, de ruina intelectual y material á que trajo al país. Nunca como entónces era apropiada la doliente frase de Job á la podredumbre: ¡Tú eres mi madre! ¡Qué silencio el del pensamiento nacional! ¡Qué aleteo tan siniestro el de aquellos cuervos que ennegrecian nuestro cielo!

RAFAEL M. DE LABRA.

(*Se concluirá.*)





## CORRESPONDENCIA DE PARIS.

---

8 Febrero, 1878.

**A** está en calma la política, y podemos esperar que por mucho tiempo. El ministerio y la mayoría parlamentaria marchan de acuerdo, y los partidos hostiles á la República se reconocen hartos vencidos y abandonados por la opinion pública para poder realizar pronto una nueva intentona. La actividad del gobierno se reconcentra principalmente en dos puntos: por una parte, el desarrollo que hay que dar á nuestra riqueza nacional por medio de los grandes trabajos de utilidad pública y la extension de los caminos de hierro y los canales; y por otra, el desenvolvimiento de nuestra instruccion popular, por tanto tiempo abandonada. Los amigos que Francia ha conservado en el mundo, en medio de sus desdichas, no pueden ménos de regocijarse ante este doble movimiento que, no sólo debe aumentar nuestra prosperidad interior, sino acrecentar tambien (en este siglo en que las relaciones de los diversos países se multiplican diariamente) la prosperidad general del mundo.

La literatura, la ciencia, el arte, han sido, como era natural, las que primero se han aprovechado de la paz que reina en los ánimos. Nuestros editores, que durante muchos meses habian publicado lo ménos posible, se dedican ahora con afan á recobrar el tiempo perdido, y si alguna dificultad encuentro hoy, es la de escoger entre las obras interesantes que llenan mi mesa de despacho.

Mencionemos ante todo dos obras póstumas de dos franceses ilustres: la *Vida y muerte del genio griego*, de Edgar Quinet, publicada por la librería Dentu; y la primera serie de las *Cartas de Sainte Beuve*, publicada por Calmann Levy.

Desgraciadamente la obra de Edgar Quinet no es más que un fragmento. A principios del año 1875, Edgar Quinet, entristecido por los acontecimientos políticos, á que asistia como miembro del

Parlamento, pedía á la historia, su antigua amiga, distraccion para sus dolores. Siempre había amado á Grecia; jóven aún, había solicitado y obtenido en 1829 formar parte de la expedicion científica francesa á Morea, y el tomo que publicó á su regreso (*La Grecia moderna*) fué su primera obra importante. Al fin de su vida consagróse de nuevo á Grecia, y precisamente estaba escribiendo estas páginas, que acaba de publicar su viuda, cuando vino á herirle la muerte. Esas líneas son las últimas que ha escrito; no sin emocion se llega á la última frase que había empezado, y que no le fué dado acabar. Dejó la pluma, porque se sentía fatigado, el 20 de Marzo de 1875; ya no volvió á cogerla, y algunos dias despues 50.000 parisienses le conducíamos á su última morada, al cementerio Montparnasse, donde Mr. Gambetta pronunció sobre su tumba un magnífico discurso.

Aunque está sin acabar el último libro de Edgar Quinet, merece la atencion del lector. Las cincuenta y nueve páginas de que consta bastan para revelar el pensamiento de la obra, que es noble y elevado. Lo que ha constituido la vida del genio griego, lo que le ha permitido producir tantas obras admirables en la literatura y en las artes, es el heroismo de la raza griega, el patriotismo y el amor á la libertad, que en los dias de la invasion meda le hicieron emprender valerosamente una lucha desigual, en la que venció. La noble fiereza, la aficion á las empresas generosas, el sacrificio á las grandes realidades morales, superiores á los vulgares intereses, la confianza en sí mismo que la victoria infunde, hé aquí lo que Edgar Quinet halla marcado en todas las obras de la civilizacion ateniense y helénica, en las esculturas de Fidias ó en la filosofía de Platon, como en las poesías de Esquilo y Sófocles ó en la política de Pericles. El dia en que aquel ideal sublime desapareció del alma del griego, el dia en que la Hélade, abdicando de su fiereza, se resignó á sufrir un dueño, macedonio primero, romano luégo, el genio griego se extinguió. La hora de su muerte había sonado; su libre y fecunda iniciativa y su originalidad desaparecieron. Puede decirse que Demóstenes fué el último de los griegos.

Ya veis cuál es el pensamiento de la obra, y cómo Edgar Quinet no era uno de esos espíritus serenos é indiferentes que olvidan el tiempo presente y se encierran, como en torre de marfil, en la contemplacion exclusiva del pasado. Fácilmente comprendereis tambien, sin necesidad de indicároslo, qué leccion queria dar á sus compatriotas con este libro; la de que las *guerras medas* de la Francia, el período de emancipacion de su raza y de su genio es la gran revolucion de 1789, y que el único medio de que no degenerare, de que no pierda su rango ante las naciones y su influencia en el mundo, es permanecer fiel al espíritu que la animaba en aquellos dias en que promulgó la declaracion de los derechos del hombre y rechazó el asalto de los reyes coaligados.

Un espíritu que se parecía todo lo ménos posible al de Quinet, era el de nuestro gran crítico Sainte Beuve: el uno era ardiente, siempre apasionado; el otro, por el contrario, lo comprendía todo; pero hay que confesar que muchas veces era indiferente á las doctrinas, y con frecuencia escéptico. Era el uno un carácter fiero é indomable, que nunca varió y soportó sin flaqueza la proscripción y el destierro; el otro cambiaba sin cesar, no gustaba de ser perseguido, estaba muy dispuesto á inclinarse ante los hechos consumados, y hasta era muy capaz de ser bastante buen cortesano; amaba la tranquilidad, cuidaba de su bienestar, y lo era, en suma, todo, excepto un carácter firme y soberbio. Se puede admirar más el talento de Sainte Beuve; pero es difícil no preferir la vida y la persona de Quinet.

Dudo de que la publicación de las *Cartas de Sainte Beuve* aumente en mucho la simpatía (bastante moderada) que había logrado inspirar á sus contemporáneos. Allí se ven los numerosos cambios de su pensamiento, y las variaciones, todavía más numerosas, de sus aficciones. Allí se ve cuán fácilmente se inclinaba á toda idea y persona nueva, cuánto temía entregarse á cosa alguna, y cómo huía de cuanto pudiera encadenar su inteligencia ó su corazón, tan pronto á enfriarse como á enamorarse. Cuando hay tanta necesidad de independencia, hay gran predisposición á ser ingrato. Si Sainte Beuve ve desde más allá de la tumba lo que pasa, no sé si le gustará mucho esa publicidad dada á tantos pensamientos, sinceros cuando los escribía, y escritos para un solo lector. Creo que él hubiera preferido que cayesen en el olvido y no le sobrevivieran gran número de esas páginas. En todo caso, si alguna indiscreción se comete al reunir y dar al público todas esas confidencias íntimas, fuerza es decir que nadie compadecerá á la víctima. Sainte Beuve ha registrado tantas veces las confidencias de los demás y las más íntimas de las suyas; ha usado con tanta frecuencia, para despojar de sus aureolas á los semi-dioses de aquí abajo, de notas escritas para ellos y por ellos, de cartas dirigidas á los más caros amigos ó de ellos procedentes; ha sido tan indiscreto, en una palabra, que bien se puede ser indiscreto con él. Ha desnudado tantas reputaciones, que es lícito desnudarlo también; y este es el caso de repetir el axioma latino: *Patere legem quam ipsa fecisti*.

En un solo punto sale con honra Sainte Beuve de esta correspondencia, y es su respeto á la verdad literaria. Era capaz de muchas flaquezas, y él mismo conocía bien las suyas, y casi puede decirse que de antemano les daba su parte con largueza. Pero, cuando ménos, se juzgaba digno de respeto como crítico literario, y para merecerlo, nunca decía nada que no creyera conforme á la verdad. Crítico severo, más inclinado á buscar el mal que el bien en los hombres, complaciéndose sobre todo en señalar las pequeñeces de los que por más grandes se tenían, era, cuando ménos, incapaz de faltar á su conciencia de escritor, y de alabar ó censurar sin creer que el elogio ó la



censura fuesen merecidos. Sabido era ya que era un trabajador infatigable, que no excusaba esfuerzo alguno para aclarar un punto oscuro, ni sentenciaba sin haber estudiado por sí mismo el proceso. En esta correspondencia se le ve negar, á los mismos á quienes nada hubiera negado, tal artículo que se le pedia, pero que no hubiera podido escribir sin menoscabo de su conciencia ó de su honor de literato. Tan cierto es que un gran espíritu, aunque en todo no sepa ser consecuente consigo mismo, guarda siempre en algun rincón la altivez y la dignidad, y no puede ser grande sino con esta condicion.

Sabido es cuánto trabajo costó á Sainte Beuve librarse de sí mismo. Sus primeras obras, enredosas, sutiles, llenas de refinamientos, de misticismo, de frases interminables, apénas dejaban adivinar que un día llegaría á ser uno de nuestros más francos, atrevidos y despiertos escritores. El periodismo fué el que, obligándole á escribir de prisa y á hacer cosas breves, le ayudó principalmente á desembozarse de su fraseología enredosa; y puede decirse que si la prensa (como se afirma) ha echado á perder tantos escritores de nuestro tiempo, cuando ménos ha formado uno. En el volúmen de sus cartas se sigue este movimiento del ingenio y del estilo de Sainte Beuve; tan vivas y picantes son las últimas como alambicadas, atormentadas, trabajosas de leer, y á veces difíciles de entender las primeras. Obsérvase en ellas tambien otro movimiento: se ve á Sainte Beuve, humilde y modesto al principio, caminando á la sombra de las grandes reputaciones, resignado á estar en segunda fila y pareciendo que nada más desea; despues, y poco á poco, á medida que su reputacion aumenta y su nombre crece, elevándose á sus propios ojos, comprendiendo que se hace un poder, queriendo tener las ventajas de su situacion, alzándose en frente de los mismos ante quienes se encorvó tanto tiempo, y declarándoles que en adelante quiere ser tratado de igual á igual. Sobre todo, una carta dirigida á Víctor Cousin, es muy significativa bajo este concepto. Despues de todo, si la humildad en los comienzos fué un poco excesiva y falta de altivez, el motinillo posterior de la dignidad era excusable, sobre todo respecto á aquellos contra quienes se dirigia, que eran personas harto arrogantes.

Paso á los libros de los que viven. El primero que debo mencionar es los *Recuerdos y misceláneas*, del señor conde de Haussonville, miembro de la Academia francesa, yerno del duque Víctor de Broglie, y por consiguiente cuñado del duque Alberto de Broglie, el jefe del gabinete del *orden moral*, el hombre político que ha dirigido la aventura del 16 de Mayo. El Sr. D'Haussonville fué liberal en otro tiempo; en estos últimos años él tambien riñó con la República, pero al ménos no se halló en situacion de hacerla daño. En todo caso, aquí no tengo que hablaros del hombre político. El nuevo tomo del Sr. D'Haussonville consta de diversos artículos sueltos: los dos principales son un estudio sobre el Congreso de Viena y

otro sobre el conde de Cavour. Pero los dos que alcanzan mayor éxito, son el discurso pronunciado en la Academia francesa hace tres años, en contestación al de M. Alejandro Dumas, hijo, y los *Recuerdos de la vida de su padre*, que encabezan el tomo; se lamenta que estos últimos no estén más desarrollados, defecto raro en nuestro tiempo. No conozco lectura más agradable y atractiva. En los grandes asuntos históricos, M. D'Haussonville es con frecuencia austero hasta la exageración; pero cuando quiere dejar correr la pluma, es el narrador más agradable del mundo. Tiene un talento despierto, alegre, *buen muchacho*; la misma *gauloiserie* (1), como decimos, no está hecha para asustarle. Es legítimo hijo de esa buena provincia de Lorena, donde la vida es fácil, abundante, pingüe. Su padre emigró en la época de nuestra revolución: peleó contra Francia en el ejército de Condé, y luego se retiró á Londres, esperando que se le volvieran á abrir las puertas de la patria. Después, y sin que pareciese que le costaba mucho trabajo la transformación, llegó á ser uno de los chambelanes de Napoleón I. Con arreglo á las anécdotas que su padre le contara, M. D'Haussonville traza un picante cuadro de la vida de los emigrados en Coblenz y en Londres, donde puede verse cuán vana era en el fondo aquella aristocracia de fines del pasado siglo, y cuán incapaz de vivir para lo que no fuera el placer. Es un relato que debe leerse entero y que se echaría á perder si se intentara resumirlo.

Llamo vuestra atención sobre un tomito de M. Paul Janet, miembro de la Academia de Ciencias morales y políticas. Se ha publicado en la librería Germer-Baillière y se titula *Saint-Simon y el sansimonismo*. M. Janet es un espíritu honrado y excelente, más apto para los estudios morales y políticos que para los trabajos filosóficos, aunque es profesor de filosofía en la Sorbona. Este tomito es el resumen de un curso dado hace tres años en la Escuela libre de Ciencias políticas, uno de nuestros más notables establecimientos de enseñanza superior, debido á la iniciativa privada, y del cual os hablaré con más detalles algún día. La utopía sansimoniana, que hizo tanto ruido en los años posteriores á 1830, que entonces excitó tanto entusiasmo y tantas iras, hoy no es más que un recuerdo que ya pertenece á la historia. M. Janet la ha juzgado sin prevención. Juntamente muestra las nobles aspiraciones que encerraba y las razones por las que era incompleta y estaba condenada á abortar. La lectura de este librito es á la vez instructiva y útil. ¡Qué cambios se han operado en los espíritus en cincuenta años, y cuán léjos estamos hoy de las vastas ambiciones, de los sueños y (hay que añadirlo) del charlatanismo de nuestros padres! ¡Qué historia tan fecunda en transformaciones y en súbitas vueltas será la del siglo XIX para el que intente escribirla!

(1) Palabra intraducible en castellano.

Permitidme recomendar tambien á los que se interesan por los estudios de fisiología y psicología un libro igualmente publicado por la librería de Germer Bailliere, titulado: *Los tres primeros años de la infancia*, y escrito por M. Bernardo Perez (1). Durante mucho tiempo se ha cometido el error de estudiar al sér humano, observándolo únicamente á partir de la edad adulta, de la época en que ya está formado. Pero si se quiere sorprender los secretos de nuestra organizacion intelectual y moral, es evidente que hay que comenzar por el estudio de la infancia. En el niño es donde se sorprende la personalidad en vía de formacion, por decirlo así, y se puede descubrir cómo se verifican las asociaciones de ideas, cómo se despiertan la sensacion y el pensamiento, cómo aparecen las facultades y nace la conciencia intelectual y moral. De todos los misterios, no hay uno más atractivo ni complicado que la infancia. Y sin embargo, la infancia, tan admirada por todos y tan amada y celebrada por los poetas, puede decirse que no ha sido estudiada por los filósofos. En el siglo XVIII, un aleman, Tiedemann, el padre del célebre fisiólogo, fué el primero que tuvo la idea de llevar un diario de todo lo que en su propio hijo descubria desde el nacimiento de éste hasta que cumplió dos años. Este diario no se ha publicado hasta 1861. Despues M. Taine ha hecho observaciones análogas en su familia menuda, que se han publicado el año último en la *Revue philosophique* de M. Ribot. El libro de M. Perez no es una coleccion de observaciones personales, cosa que quizá debe lamentarse. Acaso no ha llegado el momento de hacer generalizaciones en esta materia delicada, y la ciencia exige que ántes se reúnan hechos particulares. En todo caso, venga ó no algo pronto, el libro de M. Perez está lleno de interes. Ese pequeño sér que entra lloron é inconsciente en el mundo y que al cabo de tres años posee el movimiento y la palabra, tiene despiertos todos los sentidos y formada su personalidad, se halla en relacion con el mundo que le rodea, siente, habla y piensa ya, quiere y obra, y tiene un carácter propio que cambiará apénas, ¡qué admirable asunto ofrece á la meditacion de todos! ¡Ojalá este primer ensayo excite á otras inteligencias y les haga fijar en esto su atencion! Debo añadir que este estudio no tiene un mero carácter especulativo; es incontestable, con efecto, que cuanto mejor conozcamos la infancia, mejor sabremos cómo hay que instruirla y por qué medios podremos ponernos á sus alcances y apresurar su desarrollo. De esta suerte el progreso de la instruccion, esa cuestion que tanto preocupa (y con razon) á nuestro siglo, se relaciona estrechamente con la observacion de la infancia y de la primera juventud.

Aquí me detengo, y dejo á un lado muchas obras de que hubiese querido hablaros tambien. Tales son las *Cartas de Madame de Pom-*

(1) Así aparece este nombre en el original francés.

(2) Tambien las hizo Darwin, y se han publicado en nuestra REVISTA.

*padour á su familia*, que un erudito acaba de descubrir, y que ha publicado la librería Baur; *La Casa Vidalin*, de M. Alfonso de Lannay; *Los Seis barones de Sept-Fontaines*, de M. Duranty, novelas, ó mejor, cuentos agradables, editadas por la librería Charpentier.

Nuestros teatros continúan feliz y fácilmente su carrera. Cada uno tiene su éxito, y no necesita envidiar el del vecino. El teatro Francés ha encontrado en *Hernani* una obra de repertorio más fecunda que novedad alguna. Acaba, sin embargo, de poner en escena con gran lujo *El Misántropo*, de Moliere. Lo notable en esta representación ha sido el papel de *Arsinoé*, interpretado por Madame Favart. Este papel, que generalmente queda relegado al segundo término, ha pasado de repente al primero, gracias á esta gran artista. Esto es una prueba admirable de que en las obras de los maestros no hay segundos papeles, sino actores de primero ó segundo orden.

La única novedad que merece mencionarse es *El Duquecito* (*Le petit Duc*), opereta del maestro Lecoq, autor de *La Hija de Madame Angot*, *Giroflé-Giroflá* y la *Casadita* (*Le petite mariée*). Hace tres semanas que todo Paris acude al teatro del Renacimiento y acudirá por largo tiempo. Me apresuro á añadir que el éxito es muy merecido. Nada más vivo, más alegre y más francés que esta música, que, á decir verdad, es más de ópera cómica que de opereta. Desde los mejores tiempos de Auber y Halevy, la escuela francesa no habia hallado inspiracion más fresca. No es perjudicar á la obra decir además que en el éxito cabe alguna parte á Mademoiselle Juana Granier, que desempeña el papel de duquecito.

CHARLES BIGOT.





## REVISTA CRÍTICA.

---



UNA serie de traducciones constituyen el movimiento bibliográfico de esta quincena. Tales son, entre otras, la del célebre libro del P. Curci, hecha por la casa editorial que publica esta REVISTA; la del libro de Bonghi, titulado *Pio IX y su sucesor*, debida á D. Hermenegildo Giner; las de los *Viajes al Africa*, de Schweinfurth, Mauch, Baines y Rolfhs, por el Sr. Ayuso, y la del discreto y ameno *Libro de una madre*, de Mme. Pauline L. Respecto á trabajos originales, ninguno podemos mencionar.

No ha rayado á mayor altura el movimiento de las asociaciones científicas, exceptuando la Institucion libre de enseñanza, que continúa brillantemente su gloriosa carrera. En el Ateneo sólo ha habido de notable la inauguracion del *Curso de fisiología elemental*, del Dr. Cortezo, persona de gran autoridad en esta materia, que con general aplauso ha comenzado sus doctas é interesantísimas explicaciones. Un discurso no mal pensado, pero difuso y lánguido, pronunciado en la seccion de Ciencias morales y políticas por el señor Rodriguez San Pedro, y un insignificante tiroteo de rectificaciones en la seccion de Literatura, que sigue agonizando, han sido las únicas muestras que de su actividad ha dado aquella corporacion.

\* \* \*

En nuestra última Revista no nos fué posible examinar el drama del Sr. Cano: *Los laureles de un poeta*. Pasó, en cierto modo, la oportunidad de hacerlo, pues dicha produccion ya ha desaparecido de los carteles; pero la indudable importancia que tiene y la obligacion en que nos hallamos de cumplir lo que hemos prometido, nos mueven á ocuparnos, siquiera sea brevemente, del drama del nuevo discípulo del Sr. Echegaray.

¡Discípulo singular por cierto! Imita fielmente al maestro, pero con el objeto de censurarlo; póstrase ante el ídolo para asestarle el

golpe mortal; y tanto se posee de su papel, que acaba por olvidar su primitivo propósito y trocarse de encarnizado adversario en admirador tan ferviente y discípulo tan entusiasta, que ninguno más fiel y decidido cuenta en su nueva escuela el Sr. Echegaray. Hále acontecido al Sr. Cano lo que á aquel actor pagano que, ridiculizando el cristianismo, tanto se poseyó de su papel, que acabó por adorar á Jesus y recibir el martirio; lo que á aquellos cardenales que empezaron de burlas, y sin darse cuenta de ello, realizaron de véras la eleccion del Papa Pio V. Inconscientemente se ha hecho discípulo del mismo á quien (segun cuentan) queria combatir.

Sucede con el drama del Sr. Cano lo que con el poema de Ariosto. Si el *Orlando* es una parodia burlesca de los poemas caballerescos (como creen muchos críticos), la burla está en él tan disimulada, que se han necesitado siglos para adivinarla. Que *Los laureles de un poeta* son una embozada crítica de la dramaturgia del Sr. Echegaray, lo sabemos sólo por el dicho de los amigos del autor, y del autor mismo, y por un breve pasaje de su drama. Pero la crítica está tan velada que, léjos de comprenderla el público, ha creído de buena fe, y no podia ménos de creerlo, que el Sr. Cano es admirador entusiasta y fiel discípulo del Sr. Echegaray.

Y de no ser así, ¿qué calificacion merecería un drama en que los más sombríos personajes, las más patéticas escenas, las más terribles situaciones, no serian otra cosa que juegos y burlas? ¿Cómo suponer que por procedimiento tan inaudito se hiciera la crítica de un género dramático? Eso no puede ser: si es cierto que el Sr. Cano ha querido parodiar, con exageracion tal que engendrarse lo ridículo, el sistema dramático del Sr. Echegaray, le ha acontecido, sin duda, lo que ántes hemos dicho; ha concluido en serio lo que comenzó en broma, y sin darse cuenta de ello, se ha encontrado convertido en sectario de la escuela que trató de censurar.

¡Y qué sectario! Cuanto hay de bueno y de malo en la nueva escuela se lo ha asimilado de maravilloso modo. Poeta de indudable talento y de inspiracion no vulgar, ha sabido dar á su obra aquel sello de fascinadora cuanto falaz grandeza que á las suyas imprime su maestro; como éste, ha explotado los efectos y ha deslumbrado al público con el falso brillo de amañadas, pero sorprendentes situaciones; y con igual maestría que su modelo, ha manejado el arte de edificar sobre arena soberbias construcciones y hacer pasar por diamantes las piedras falsas. No faltan en su drama situaciones magníficas y levantados pensamientos, ni tampoco aquel interés palpitante que en toda produccion del Sr. Echegaray se advierte; ni ha dejado de causar en los espectadores aquellas terribles emociones, más dolorosas que gratas y más físicas que espirituales, que tan mal se compadecen con la verdadera emocion estética y tan seguro efecto producen en estos tiempos de perversion de la sensibilidad y del gusto.

Pero si las innegables cualidades del maestro se hallan en el discí-

pulo, encuéntranse también, elevados al cubo, los defectos de aquél, adicionados con otros que son propios del segundo. El tinte melodramático de la concepción, la falsedad y exageración de los caracteres, la atrocidad del desenlace, la ausencia total del sentimiento, sustituido por estados patológicos de la pasión, el repugnante realismo de algunas escenas, los efectos rebuscados y artificiosos, el amaneramiento del lenguaje, cosas son que claramente demuestran el abo- lengo de la obra. Acaso estos defectos son fruto de un deliberado propósito y constituyen la parte de parodia que se afirma que en el drama existe; pero el fracaso de este intento crítico deja todo su valor positivo á tales imperfecciones.

Pero, indudablemente, no se deben á tales miras el profundo dualismo que en la acción se observa y el notorio descuido con que están pintados los caracteres, defectos que, á nuestro juicio, son los mayores del drama. Tampoco puede achacarse á tales causas la falta de originalidad que el autor revela al reproducir en el acto primero (y aún en el segundo) la situación capital de *un drama nuevo*, haciendo coincidir una acción ficticia con otra real. Méenos se explican de esta suerte el exceso de acción que embaraza la marcha del drama, las numerosas imperfecciones del diálogo y la carencia de sentido estético que se manifiesta en aquella deplorable escena en que el protagonista comete la fea acción de poner la mano en el rostro de su hija, detalle repugnante y de mal gusto que no se concibe en poeta de tan relevantes condiciones como el Sr. Cano.

No hay en este drama un solo carácter bien pintado. Error insigne ha sido hacer del protagonista un personaje inmoral y perverso. Si el Sr. Cano se propuso mostrar los malos resultados que en el seno de la familia produce la propagación de doctrinas inmorales, el efecto hubiera sido mayor y la lección más eficaz si el poeta fuera digna y honrada persona, ofuscada por erróneos pensamientos, que sin darse cuenta de ello, y amando sinceramente el bien, labrara su propia desdicha y lanzara á sus hijos en caminos de perdición. Por otra parte, en tal caso, la perversión de la familia del poeta nacería principalmente de las doctrinas de éste, y no de su ejemplo personal, y el personaje del protagonista interesaría y conmoviera más de lo que interesa aquel miserable asesino, cínico y grosero, desprovisto de todo sentimiento humano, que ni aún en los momentos en que más padece, logra conmover al espectador.

Inexplicable es el carácter del hijo del poeta. Desprovisto de todo sentimiento honrado al comenzar la acción, truécase de pronto en caballeresco paladin del honor de su familia, para descender luego al papel de ladrón doméstico, sin causa suficiente que lo justifique. Semejante á él en un todo es aquel Ernesto que venga su honra de es- poso con el más villano de los crímenes, y á la vez se entretiene en falsificar billetes de banco. Nunca hemos visto bandidos más suscep- tibles ni rufianes más caballerescos.

Ninguna necesidad habia de que Ernesto fuera ex-presidiario y falsificador, ni de que lo fuere el criado del poeta. Para el fin moral de la obra es inútil esta aglomeracion de crímenes y de bandidos, que hace de la casa de D. Pablo un presidio suelto. Tampoco se justifica que el hijo del poeta aprendiera á ser un perdido en las obras de su padre, ni es creible que haya autores dramáticos que hagan en sus producciones la apología del juego y de la estafa. Al ménos entre nosotros no los conocemos.

Holgaba tambien en el drama aquel tipo de *Celestina*, ridículo y repugnante á la vez, que para nada sirve; y no parece muy necesario tampoco aquel D. Justo, personificacion glacial de la virtud, que no hace otra cosa que prender criminales y predicar de vez en cuando. La hija del poeta es, en cambio, el único carácter simpático y regularmente pintado que hay en el drama.

La accion camina holgadamente en el primer acto, se complica con exceso en el segundo, no sin dar lugar á situaciones de grande efecto, y se desenlaza en el tercero de un modo artificioso y melodramático y segun el estilo del Sr. Echegaray, esto es, cayendo aplastados bajo el peso de la fatalidad todos los personajes sin distincion. La larga escena en que despues de aparecérsele al poeta su antigua víctima convertida en hermana de la caridad, le roba y se suicida á su vista su propio hijo, es de indudable efecto, pero revela demasiada preparacion y notorio artificio. La catástrofe final es horrible, pero grandiosa y eminentemente dramática.

La segunda accion, que se enlaza con la principal del drama, infringe una regla fundamental del arte dramático, y no se justifica ni es necesaria para el fin moral de la obra. El personaje de Magdalena parece creado únicamente para producir efecto en el desenlace, pues el rapto de la hija de D. Pablo podia explicarse sin necesidad de atribuirle á una vil venganza, y el carácter del protagonista no necesitaba mancharse con aquel oscuro crimen de su vida pasada. De aquí resulta la existencia de dos acciones perfectamente distintas en la obra del Sr. Cano, y un aumento innecesario de crímenes y horrores que á nada conduce.

En resúmen; negar que *Los laureles de un poeta* son obra de un ingenio de poderosos alientos y grandes esperanzas, fuera injusticia notoria. Desconocer que abunda en imperdonables defectos y que no cumple el fin moral que evidentemente se propone, ni el fin crítico que, segun se afirma, envuelve, fuera tambien dar prueba insigne de ausencia completa de sentido crítico. Aconsejar á su autor que se aparte de tan extraviados caminos y dé más sana y acertada direccion á sus notables facultades, es tambien el mejor favor que podemos dispensarle.

La ejecucion de este drama ha sido notabilísima por parte del señor Valero. Distinguíéronse tambien la señorita Contreras, que cada dia adelanta más, y el Sr. Rodriguez que, á pesar de su des-



agradable voz, llegará á ser un buen galan jóven. Cumplió perfectamente el Sr. Parreño, y los demas actores hicieron todo lo posible por salir airosos de su empeño.

\*  
\* \*

*Juan García*, juguete cómico del Sr. Blasco, estrenado en el teatro de la Comedia, es una de esas obras sobre las cuales no puede tener jurisdiccion la crítica. Reimos tanto y de tan buena gana al escuchar aquella inagotable serie de donosos chistes; gozamos tanto al ver aquellas graciosísimas caricaturas á que llama personajes el Sr. Blasco; nos deleitaron de tal suerte aquellas situaciones, tan cómicas como inverosímiles, que no nos sentimos con fuerzas para examinar seriamente una obra que no resiste al menor embate de la crítica. Hay que perdonar mucho al Sr. Blasco porque nos hizo reir mucho, y fuera crueldad insigne descargar mortales golpes sobre el autor que nos deparó uno de los mejores ratos que hemos pasado en el teatro.

En la ejecucion de *Juan García* se distinguieron todos los actores, principalmente la señora Valverde y los Sres. Mario y Zamacois, dignamente secundados por todos los restantes.

\*  
\* \*

Ocupémonos ahora del acontecimiento literario de la quincena; la representacion del drama del Sr. Echegaray *En el pilar y en la cruz*.

Nuestras previsiones se han cumplido. El genio del Sr. Echegaray, divorciado de la realidad, rebelde á toda disciplina artística, extraviado por un sistema falso, más amante del fácil aplauso de la indoc-ta muchedumbre que de la aprobacion razonada de la crítica, ha caido al cabo en el profundo abismo que hace tiempo venia costean-do. Con rapidez vertiginosa se ha derrumbado desde las alturas de la concepcion trágica al melodrama de tumba y hachero, desde las cimas en que se cierne el genio hasta el fangoso pozo en que se revuelcan los poetas melenudos.

Si nuestro público no hubiera olvidado las más elementales nociones del buen gusto, si la importancia política y las simpatías de que goza el Sr. Echegaray, y el prestigio singular que va unido á su nombre no le depararan en todas las ocasiones tan fácil como pasajero triunfo, su último drama no hubiera pasado de la primera noche, y una severa y tremenda leccion habria castigado los desafueros del genio atrevido que con tal desenfado conculca los principios del arte y tales monstruosidades engendra. *En el pilar y en la cruz* no es, con efecto, un drama tolerable, y el público, que no lo ha tratado como merecia, se ha hecho reo de un verdadero atentado contra el arte y el buen gusto.

Y sin embargo, materia habia en el pensamiento que lo inspira para hacer un buen drama. Pintar las horribles y perturbadoras con-

secuencias del fanatismo religioso; mostrar cómo, gracias á él, se olvidan y atropellan todos los sentimientos humanos y el hombre se trueca en fiera salvaje; poner de relieve la espantosa perversión del sentido moral que la intolerancia entraña, por cuanto, merced á ella, pasan á los ojos ofuscados del fanático por heroicas virtudes los más atroces crímenes, y por graves pecados ó indisculpables flaquezas los más nobles y puros sentimientos del corazón humano,—empresa digna del genio potente del Sr. Echegaray. Terrible y conmovedor conflicto de pasiones, tragedia patética y espantosa pudo llevar á la escena eligiendo asunto semejante; y no le hubieran faltado grandes y dramáticas figuras que poner en acción, desde el grandioso y sombrío carácter del fanático que, á impulsos de elevadas ideas y poderosos, pero extraviados sentimientos, llega al crimen, permaneciendo puro en el fondo y excitando á la vez horror y respeto, espanto y simpatía, hasta la noble figura del campeón de la libertad que vierte su sangre por la emancipación de la conciencia humana. ¡Qué lección tan admirable hubiera resultado en tal caso! ¡Qué drama tan verdadero, tan conmovedor y tan humano hubieran presenciado los espectadores! ¡Qué triunfo tan legítimo y envidiable habría alcanzado el Sr. Echegaray!

Nada de esto ha hecho, por desgracia. El verdadero tipo del fanático no aparece en el drama. Sustitúyelo un miserable de la peor especie, á la vez hipócrita y supersticioso, de alma ruin y torpes sentimientos, incapaz de nada noble, sin un sólo rasgo que lo realce, sin el menor elemento de belleza, juntamente odioso, ridículo y repugnante. Nada hay en él que sea verdadero ni humano. Libertino en sus juventudes, sólo abriga su alma supersticiosa aversión á la mujer que le entregó su honra; ciego é injusto en sus afectos, no ama más que á su hija, y esto con tal insensatez y torpeza, que para amarla necesita aborrecer y maltratar á una niña inocente y desgraciada, y para hacerla feliz tan fácilmente olvida su decoro como falta á la verdad y atropella todo afecto y toda justicia. Su fe religiosa no es más que vulgar y miserable superstición, mezclada con vil cálculo, amalgamada con absoluta carencia de sentido moral y con inexplicables rebeldías contra toda ley divina que contraríe sus malas pasiones. Si eleva sus plegarias á Dios, en ellas rebosan su egoísmo, su superstición y su vil hipocresía; si se humilla ante la Iglesia, sólo es para buscar en ella el instrumento de sus venganzas. Nunca vibra en aquella alma perversa un verdadero sentimiento humano; pues más ama á su hija como los tigres que como los hombres. No hay un momento en que interese ni conmueva; sólo aversión y repugnancia inspira siempre que en escena se presenta.

No es ese, no, el tipo del fanático tal como lo presenta la historia y tal como el arte debe concebirlo. No es esa, sobre todo, una figura que quepa en el arte. Cuando el mal aparece sin idealidad ni grandeza, presentado bajo sus más ruines y repugnantes aspectos, el arte

lo rechaza. No hay realismo que justifique exhibiciones tan contrarias á la belleza y al gusto. Llevar á la escena tales figuras, vale tanto como pintar en un paisaje los montones de estiércol y los restos infectos de animales muertos que pueden afearlo en la realidad.

Ni es cierto tampoco que esa sea la verdadera y artística representación del fanatismo. Aquellos hombres implacables que, á nombre del principio religioso, cubrieron de sangre el mundo, no eran ciertamente malvados tan ruines y despreciables como ese personaje. No pocos de ellos eran varones íntegros y virtuosos, modelos de austeridad y de grandeza, que llegaban hasta el crimen impulsados por un sentimiento extraviado, pero respetable, que á sus ojos excusaba las mayores enormidades. Obraban de buena fe y con recta intención, persuadidos, por ofuscación lamentable, de que era meritorio lo que es horrible, y de que un deber, superior á todo afecto humano, les mandaba proceder de aquella manera. Inspiran horror, sin duda, pero á la vez infunden respeto, y la historia imparcial debe perdonar sus extravíos en gracia á la intención, y reservar su acerba censura para los ideales que así los pervirtieron, para las instituciones que así los precipitaron en el crimen.

Habia entre ellos, á no dudarlo, tipos como el Conde D. Pedro; pero ni eran la mayoría, ni en ellos debió inspirarse el poeta. Es más; para el fin moral y político de su drama, era más oportuno presentar el fanatismo honrado y sincero que el torpe y criminal; porque así resultaría mejor probado lo que hay de odioso en ese fanatismo que arrastra al crimen las almas más puras. Hágase de D. Pedro una conciencia noble é intachable y la lección será tremenda; píntesele como abominable monstruo, y el poeta habrá probado, no que el fanatismo engendra crímenes, sino que los engendra la maldad de las almas viles.

¿Y qué decir de la figura de Gonzalo? Gonzalo representa la causa que defiende el Sr. Echegaray: es la libertad del pensamiento luchando contra la intolerancia, el sentido humano peleando contra el fanatismo que lo desconoce y atropella. Debió ser, según esto, la más noble y simpática figura del cuadro; debió representar la luz enfrente de las tinieblas, personificadas por el conde. Nada de esto es, sin embargo; Gonzalo,—que ni siquiera tiene la disculpa del fanatismo—es otro miserable tan odioso como D. Pedro, y está completamente fuera de la humanidad.

Aquel hombre que, por respetos de familia, perdona en tres ocasiones la vida del asesino de su madre y no vacila en vender cobardemente á su amada; aquel hombre que por vengarse de su tío mata fría y despiadadamente á una niña inocente que le ama con delirio, y se complace en contemplar la agonía de su víctima, sin prestarle socorro siquiera; aquel hombre, cruel en sus venganzas, cobarde en sus decisiones, tan frío para amar como ardiente para aborrecer, tan mal caballero como infame asesino, no tiene en su corazón una sola

fibra humana, ni en su alma un sentimiento digno. Suponer que un hombre vende á su amada para salvar á su padre, en vez de dar muerte al que le hace las más viles proposiciones y le coloca en el más horrible de sus conflictos, ó de dársela á sí mismo ó á su propia amante, ántes que consentir, como villano y cobarde, en tan infame alevosía;—es desconocer y ultrajar la naturaleza humana, y olvidar á la vez lo que el arte y la belleza exigen. El horrible final del acto segundo y la repugnante catástrofe del último, son manchas indelebles que ha arrojado sobre su historia literaria el Sr. Echegaray.

Crueldad insigne para con el público ha sido la de pintar aquellos angelicales tipos de mujeres, destinadas al más horrible de los sacrificios. ¿A qué fin responde ese afán de herir el sentimiento público que se observa en todas las obras del Sr. Echegaray? ¿Por qué en todas han de sucumbir los ángeles y triunfar los demonios? ¿Por qué ha de salpicar siempre la escena con sangre inocente? ¿Lo hace para excitar la sensibilidad de los espectadores?

Pues no lo consigue. Las dulces lágrimas que la verdadera emoción arranca, no brotan de los ojos de éstos; el sentido moral y el puro sentimiento, sublevados ante tales horrores, retuercen, en cambio, sus nervios y hacen circular el frío del espanto por sus venas. Horror, aversión, repugnancia, protesta irresistible del sentimiento ultrajado; tales son las únicas consecuencias de esas concepciones atroces, dignas de ser representadas por una tropa de demonios más que por una compañía de actores.

Nada tenemos que decir de los demás personajes del drama. Insignificantes ú odiosos, ni interés ni simpatía inspiran. Harta desgracia han tenido los apreciables actores que se han visto en la dura necesidad de interpretarlos.

Respecto á la acción, toda censura es poca. Inverosimilitudes, absurdos, recursos falsos ó de mal gusto, situaciones horribles y violentas, de todo se encuentra en ella. Dos solas pasiones, el odio y la venganza, la animan. Los personajes (con excepción de los dos femeninos) se agitan desesperadamente y se lanzan de crimen en crimen, cual si los movieran furias del infierno. Aquello no es un drama, sino la colección de Mr. Bidel en el momento de repartirse la comida. Nadie está allí en la plena posesión de sus facultades; el que no está loco, le falta poco para estarlo; hasta los personajes secundarios son fieras del desierto.

Por lo demás, allí se encuentran todas las extravagancias que forman el conocido arsenal de recursos y efectos falsos del autor: inquisidores que entierran á sus víctimas en el hueco de un pilar del palacio de éstas, con copia del proceso; caballeros que entran en una plaza fuerte, se apoderan nada ménos que de un inquisidor, sin que nadie los estorbe, y se entretienen en darle tormento en un campo, cual pudiera hacerlo una partida de secuestradores; castillos inexpugnables que toman por asalto un puñado de aventureros; gentes

de doble vista, que ven todos los detalles de un combate en medio de la oscuridad de la noche, y son á la vez tan miopes, que matan por equivocacion nada ménos que dos mujeres, y otras amenidades por el estilo.

Fuera inútil buscar en el drama situaciones verdaderamente bellas.

No lo es el final del primer acto, donde Gonzalo insulta á su tío delante de toda la servidumbre de su casa y le arroja á la calle como á un lacayo, en vez de vengar en su sangre la muerte de su padre. No lo es el del segundo, donde entrega, cobarde y alevosamente, á la mujer que le ama y de él se fió, en lugar de matar á su tío, ó matarse él, ó matar á Margarita, todo lo cual sería más noble, más humano y verdadero, y más dramático. No lo es tampoco aquel espantoso y anti-artístico desenlace, en que una serie de lamentables equivocaciones produce la muerte de dos inocentes y angelicales criaturas, apareciendo Gonzalo como el más precipitado é inhumano de los hombres. No hay nada, en suma, que sea conmovedor ni bello en ese drama, á excepcion de los personajes de Margarita é Irene, y de algunos soberbios é inspirados trozos de versificacion.

El lector no será tan cruel que nos pida un resúmen de nuestro juicio. Si quisiéramos formularlo, no podríamos hacer cosa mejor que repetir aquellas palabras en que la doña Mariquita de *La Comedia nueva* expone su opinion acerca de la obra de su cuñado: *Y á mí me parece que comedias así debian representarse en la plaza de los toros*. Si el arte ha de ir por esos caminos; si ha de restaurarse el antiguo melodrama aumentado en tercio y quinto; si la belleza no ha de ser requisito esencial de las obras dramáticas; si el sentimiento, la poesía y la verdad han de ser sustituidos por una serie de horribles y repugnantes cuadros, sólo comparables á los que en *Tito Andrónico* nos ofrece Shakespeare; si los personajes dramáticos han de ser fieras del desierto ó furias del Averno, y la emocion estética ha de reemplazarse con un ataque general de nervios, vale más que el teatro se cierre y acudamos á buscar esparcimiento en las plazas de toros, que allí al ménos veremos algo grande y bello: la fuerza inteligente y el valor del hombre en victoriosa lucha con el brutal y ciego instinto de la fiera.

De la ejecucion de *En el pilar y en la cruz* nada tenemos que decir. Que, exceptuando á la señorita Contreras, esperanza brillantísima de nuestra escena, distó mucho de ser perfecta, es indudable; pero ¿cómo exigir á los actores que interpreten con acierto papeles que están fuera de toda realidad y absolutamente nada tienen de humano?

\* \* \*

No terminaremos esta Revista sin tributar un recuerdo al sabio catedrático y literato ilustre, D. José Amador de los Rios, recientemente arrebatado por la muerte á las letras patrias. Escritor fecundo

é infatigable, erudito distinguido dotado de vastísimos conocimientos, á Amador se debe la renovacion de nuestros estudios crítico-literarios y artísticos, y sus notables obras son insignes monumentos de nuestra cultura. La ciencia y la literatura españolas le deben inapreciables servicios, y la patria pecaria de ingrata si no consagrara respetuoso homenaje de admiracion á su memoria.

M. DE LA REVILLA.



# ÍNDICE DEL TOMO XIII.

## 15 DE ENERO.

	PÁGINAS.
Amor vendido.—Narracion.— <i>María de la Peña</i> .....	5
Descartes.— <i>M. de la Revilla</i> .....	20
La libertad de la ciencia en el estado moderno.....	47
Lucha gigante.—Poesía.— <i>M. Arenas</i> .....	61
Contribucion al estudio de la evolucion de las instituciones religiosas.—Artículo I..... <del>litaseen</del> .....	62
El discurso inaugural del presidente del Ateneo Barcelonés.— <i>Pompeyo Gener</i> .....	75
Bocetos literarios.—D. Juan Valera.— <i>M. de la Revilla</i> .....	88
Un buen libro de arqueología publicado en España.....	97
Correspondencia de Paris.— <i>Charles Bigot</i> .....	107
Crónica musical.— <i>J. Estéban y Gomez</i> .....	115

## 31 DE ENERO.

Amor vendido.—Narracion.— <i>María de la Peña</i> .....	129
El moderno disentiimiento entre la Iglesia y la Italia.— <i>C. M. Curci</i> .....	147
* Gallegos ilustres.— <i>Lopez de la Vega</i> .....	164
El mecanismo de la naturaleza y la libertad del espíritu.— <i>J. Camó</i> .....	180
El amor de los amores ó la fe cristiana.— <i>Luis Cortés Suaña</i> .....	195
La libertad de la ciencia en el estado moderno.— <i>Virchow</i> .....	202
La exposicion general de Bellas Artes.—Apuntes críticos.— <i>E. Rouget</i> .....	217
* Mariano Fernandez.— <i>Eusebio Blasco</i> .....	245
En la muerte de Víctor Manuel , rey de Italia.—Soneto.— <i>M. del Palacio</i> .....	551
Revista crítica — <i>M. de la Revilla</i> .....	252

## 15 DE FEBRERO.

Amor vendado.—Narracion.— <i>Salvatore Farina</i> .....	257
La Caridad.— <i>Ad. F. de Fontpertuis</i> .....	274
#Gallegos ilustres.—II.— <i>Lopez de la Vega</i> .....	288
#Rembrandt van Rihn.— <i>Juan Fastenrath</i> .....	321
Algunas observaciones sobre la decadencia del Teatro Español contemporáneo.— <i>Cárlos Peñaranda</i> .....	333
Un sistema de educacion nacional.— <i>Francisco de Asís Pacheco</i> ..	344
Diálogos científicos — <i>Federico de la Vega</i> .....	351
A un amigo en sus días.— <i>E. Silió</i> .....	369
Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i> .....	372
Revista musical.— <i>J. Estéban y Gomez</i> .....	376

## 28 DE FEBRERO.

Amor vendado.—Narracion.— <i>Salvatore Farina</i> .....	385
La Caridad legal en Inglaterra.— <i>Ad. F. de Fontpertuis</i> .....	401
Contribucion al estudio de la ciencia social.— <i>P. Estasen</i> .....	418
La España bajo la dinastía austriaca.— <i>Pompeyo Gener</i> .....	435
Relaciones entre las plantas y los insectos.— <i>Sir John Lubbok</i> .....	452
Estadística teatral.— <i>M. Ossorio Bernard</i> .....	474
Ateneo de Madrid.— <i>Rafael M. de Labra</i> .....	487
Correspondencia de Paris.— <i>Charles Bigot</i> .....	494
Revista crítica. <i>M. de la Revilla</i> .....	501

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO XIII.

Madrid 28 de Febrero de 1878.

Propietarios gerentes: *PEROJO HERMANOS*.

TIPOGRAFÍA-ESTEREOTIPIA PEROJO

Mendizabal, 64.